

# Jenny Erpenbeck

## Una casa en Brandenburgo

se



Lectulandia

Un hombre con cuatro hijas se ve obligado a dividir los terrenos que posee en la región de Brandenburgo cuando la menor, Klara, pierde la razón y no puede hacerse cargo de la parcela que le corresponde, un bosque junto al lago en el que, tras adquirir el terreno, un joven arquitecto construye una casa y un jardín llenos de detalles destinados a complacer a su segunda esposa.

Llega la segunda guerra mundial, los vecinos del arquitecto y su mujer sufren las consecuencias del régimen nazi y la victoria aliada convierte el terreno en refugio temporal de las tropas rusas. Los soldados acaban marchándose y quien ocupa la casa, oficialmente ahora en territorio de la RDA, es una escritora de firmes ideas comunistas y su familia, aunque también ellos acabarán abandonándola...

Con el jardinero de la casa como único testigo inmutable, se suceden, en un mismo espacio, los instantes cruciales de doce vidas y también doce instantes de la historia de Alemania durante el siglo xx. Erpenbeck une la gran historia a este pedazo de tierra, a modo de memoria colectiva del siglo pasado encarnada en una literatura que perturba, deleita, hiere, desconcierta y reconcilia.

**Lectulandia**

Jenny Erpenbeck

# **Una casa en Brandenburgo**

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2017

Título original: *Heimsuchung*  
Jenny Erpenbeck, 2008  
Traducción: Javier Salinas  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Doris Kaplan.*

«Dado que el día es largo y el mundo es viejo, muchas personas pueden estar en un lugar, una después de la otra».

Marie en *Woyzeck*,  
de Georg Büchner

«¿Me prometéis,  
bosques de mi juventud, cuando regrese,  
otra vez la tranquilidad?».

Friedrich Hölderlin

«Cuando la casa está terminada, llega la muerte».

Proverbio árabe

## Prólogo

Hace unos veinticuatro mil años, el hielo se deslizaba hasta el macizo rocoso que hoy se ve tan sólo como una suave colina por encima de la casa. Ejercía tal presión que los troncos congelados de los robles, alisos y pinos quedaron destrozados y triturados: parte del macizo estalló, se partió en pedazos, se desmenuzó. Leones, guepardos y félidos de dientes de sable huyeron hacia las regiones del sur. Pero el hielo no atravesó del todo el macizo rocoso. Todo se fue tranquilizando, y el hielo comenzó a hacer su silencioso trabajo. Durante miles de años sólo extendió o movió su grande y frío cuerpo unos centímetros, puliendo lentamente los pedazos de roca que tenía debajo. En los años, decenios o siglos más cálidos, se derritió un poco la superficie del bloque, y en los lugares donde la tierra que estaba bajo el hielo era menos compacta, ese cuerpo, pesado y gigantesco, se deslizó. Así el hielo comenzó a retirarse de los lugares en los que una elevación impedía su avance, deshaciéndose en forma de agua y fluyendo hacia abajo. En los años más fríos, el hielo sencillamente permanecía allí, inmóvil y pesado. Y donde, en esos años más cálidos, se derretía, excavaba unos surcos bajo el suelo, unos surcos que en los años decenios y siglos fríos volvían a cubrirse de hielo compacto.

Hace alrededor de dieciocho mil años empezaron a fundirse las lenguas de los glaciares, y conforme la Tierra seguía calentándose, sobre todo en las regiones del sur, fueron quedando únicamente pequeños sedimentos en la profundidad de los cauces, islas de hielo, hielo huérfano, hielo muerto lo llamarían más tarde.

Separado del cuerpo al que una vez había pertenecido, aprisionado en los cauces, este hielo se derritió mucho más tarde. Alrededor de trece mil años antes del comienzo de la Era Cristiana se convirtió de nuevo en agua, se filtró en la tierra, se evaporó en el aire y volvió como lluvia. Como agua comenzó a circular entre cielo y tierra. Donde no podía penetrar con más profundidad porque el suelo ya estaba colmado, se acumulaba sobre la arcilla azul y subía, cortaba con su superficie de espejo la tierra oscura y se hacía visible en el cauce como un claro lago. La arena, que el agua había arañado de las rocas cuando todavía era hielo, resbalaba ahora aquí y allá por las orillas de ese lago y se hundía en sus profundidades. Así se formaron en algunos lugares montañas sumergidas, y en otros el agua quedó tan profunda como lo era el

cauce originalmente. Durante un tiempo, el lago de la región de Mark Brandenburg, en medio de las colinas, sostendría su espejo mirando hacia el cielo, liso entre robles, alisos y pinos, que ahora crecían de nuevo y, mucho más tarde, cuando hubo seres humanos, éstos incluso le pusieron un nombre: Märkisches Meer, el mar de la Mark. Pero un día también volverá a desaparecer, porque como cualquier lago, también éste es pasajero, como cualquier forma cóncava también este surco existe únicamente para que algo lo llene. También en el Sáhara hubo agua alguna vez. Sólo al comienzo de la Edad Moderna comenzó lo que la ciencia llama desertificación, y la lengua coloquial devastación.

## El jardinero

Nadie sabe en el pueblo de dónde ha venido. Quizá siempre ha estado ahí. Echa una mano a los agricultores con los injertos de los árboles frutales en primavera, implanta árboles silvestres por San Juan a ojo velando, o en la segunda brotación, a ojo durmiente, une las ramas de los árboles que hay que injertar o las amarra según su grosor, prepara la mezcla necesaria de resina, cera y trementina, y cierra la hendidura con papel o rafia. Todos en el pueblo saben que los árboles que él mejora tienen las coronas más regulares según van creciendo. En verano los campesinos lo llaman para la siega y para hacer los tresnales. También les gusta pedirle consejo para la desecación del oscuro suelo de las parcelas a la orilla del lago. Él sabe hacer trenzas con las ramas verdes de pino y ponerlas a la profundidad adecuada en los agujeros por los que se desvía el agua. Ayuda a los del pueblo en la reparación de arados y gradas, en invierno corta madera con ellos y sierra los troncos. Él no tiene ningún terreno ni ninguna parcela de bosque, vive solo en una cabaña de caza abandonada al lado del bosque, desde siempre vive ahí. Todo el mundo en el pueblo lo conoce y a pesar de ello, todos, jóvenes y viejos, solamente lo llaman el Jardinero, como si no tuviera otro nombre.

## El terrateniente y sus cuatro hijas

Cuando una mujer se casa, no debe coser ella misma el vestido de novia. Ni debe hacerse el vestido en su propia casa. Se coserá fuera y no se deberá romper ninguna aguja cosiendo. La tela para el vestido de novia no ha de ser jamás rasgada sino siempre cortada. Si mientras se está cortando la tela se comete un fallo, el trozo no ha de ser reutilizado, sino que habrá que comprar otra pieza de tela. La novia no debe dejar que su novio le regale los zapatos para la boda, debe comprárselos ella misma y además con las monedas que haya ido ahorrando durante mucho tiempo. La boda no deberá ser en la época más calurosa, es decir, nunca ha de tener lugar en la canícula, pero tampoco en el impredecible mes de abril. Las amonestaciones para la boda no deben hacerse la semana antes de Pascua y, para el día de la ceremonia, debe haber luna llena, o por lo menos en cuarto creciente. El mejor mes para una boda es mayo. Unas semanas antes de la fecha prevista para la ceremonia, las amonestaciones se expondrán en una vitrina que las amigas de la novia decorarán con guirnalda de flores. Si la novia es querida en el pueblo, entonces se darán tres o más vueltas de adornos. Una semana antes del enlace se deberá comenzar con la matanza y con los pasteles, pero la novia no deberá, bajo ningún concepto, ver ni una sola llama del fuego del horno. Un día antes de la ceremonia por la tarde, irán a su casa los niños del pueblo a hacer ruido. Tirarán vajilla, aunque ningún vaso, en el camino hacia el portón de la casa y recibirán pasteles de la madre de la novia. En la fiesta de despedida de solteros, los adultos llevarán sus regalos, leerán poesías y tomarán parte en el banquete. Las luces no deben temblar durante la fiesta porque trae mala suerte. A la mañana siguiente, la novia deberá recoger los trozos rotos de la vajilla y arrojarlos en un hoyo que habrá excavado el novio. Luego, la novia será engalanada para la boda por sus amigas y llevará una corona de mirto y un velo. Al salir la pareja de novios de la casa, dos niñas sostendrán a sus pies una guirnalda de flores y la pareja nupcial pasará sobre ella. Entonces partirán hacia la iglesia. Los caballos llevarán en la parte exterior de las bridas dos cintas, una roja, para el amor, y una de color verde, para la esperanza. Los látigos llevarán también las cintas. El carruaje de los novios estará adornado con una rama de boj y a veces también de enebro. El carruaje de los novios saldrá el último, tras los carruajes de los invitados, y no podrá detenerse ni volver atrás. El carruaje de los novios deberá evitar, si es posible, pasar por delante del cementerio. Los novios no deberán mirar atrás durante el trayecto. Podrá llover en el camino, pero nunca nevar. *Tantos copos de nieve, tantos problemas y penas.* Y la novia tampoco deberá dejar caer ante el altar su pañuelo, porque, si no, en ese matrimonio habrá muchas lágrimas. En el camino de regreso, el carruaje de los recién casados saldrá el primero, y deberá ir deprisa para que no les alcancen las dificultades en el matrimonio. Al traspasar la pareja nupcial el umbral de la casa de la boda, deben hacerlo sobre hierro, es decir, pisando un hacha o una herradura. Durante el banquete de boda, la pareja de recién casados se sentará en una esquina, la esquina

de los novios, y no se moverá de ahí. Las sillas de la pareja estarán engalanadas con adornos de hiedra. Después del banquete, un chico se meterá a escondidas debajo de la mesa y le quitará un zapato a la novia, que se subastará y que finalmente adquirirá el novio. El dinero obtenido será para las cocineras. A las doce de la noche, entre canciones, se cortará el velo de la novia y se le dará a cada uno de los invitados un trozo como recuerdo. Después de la boda, los recién casados se instalarán en su nueva casa. Allí habrán dejado sus amigos íntimos un pequeño paquete sobre el horno, con pan, sal y dinero, para que nunca les falte alimento ni pasen necesidades. El paquete deberá permanecer sin tocar, en el mismo lugar, durante un año. Las dos palabras más importantes que hay en un matrimonio son: poder y deber, y poder, y deber, y poder, y deber. El primer trabajo para la joven esposa en su nuevo hogar es ir a por agua.

El regidor tiene cuatro hijas: Grete, Hedwig, Emma y Klara. Cuando el domingo va con sus hijas a la iglesia a través del pueblo, les pone a los caballos medias blancas. El padre del regidor era regidor, y el padre de éste era regidor, y a su vez el padre de éste era regidor, y había sido así desde 1650. El rey en persona nombró regidor al padre del padre del padre del padre del regidor y por eso, el regidor les pone a sus caballos las medias blancas cuando los domingos atraviesa el pueblo con su carruaje, cargado hasta arriba con sus hijas. Grete, Hedwig, Emma y Klara se sientan en el carruaje que conduce su padre, los caballos van a un trote suave y, cuando la tierra está todavía húmeda, las medias de los caballos no llegan limpias ni hasta la carnicería. Domingo tras domingo, después de misa, el padre lleva a sus cuatro hijas desde la iglesia por la calle principal, pasando por delante de la carnicería, de la escuela y de la fábrica de tejas y ladrillos, y después de ésta gira a la izquierda, siguiendo la ribera en dirección norte, hasta el terreno que se encuentra a media altura del montecillo Schäferberg, conocido por todos en el pueblo como El bosque de Klara, por ser su parte de herencia. Allí, el padre da la vuelta al carruaje, y mientras lo hace, cuando es verano, las chicas saltan rápidamente para coger frambuesas en el lado derecho del camino. Pero Wurrach, como se le llama en el pueblo al padre de las cuatro chicas, en cuanto ha dado la vuelta hace restallar su látigo, igual que lo hace restallar en los días de diario, cuando, con el carruaje vacío, cruza el pueblo a toda velocidad para llamar al trabajo a sus peones y sirvientas. Y, en cuanto restalla el látigo, saltan las cuatro hermanas de nuevo a sus asientos para continuar el viaje, ahora en dirección a casa. Otra vez por delante de la fábrica de tejas y ladrillos, la escuela y la carnicería, hasta la otra punta del pueblo, hacia Klotthofstelle, la granja que heredó el padre de su padre y éste del suyo, y éste del suyo, y así sucesivamente desde que el rey, hacia 1650, se la diera en arriendo al tatarabuelo de los Wurrach junto con unas tierras de labranza.

Si una doncella quiere saber si se casará pronto, deberá golpear la puerta del corral en

la noche de fin de año. Si lo primero que oye es a una gallina, no se casará; pero si es un gallo, entonces sus deseos se harán realidad, y en esa misma noche podrá ver a su prometido. Si quisiera casarse con un marinero, deberá sentarse sobre un carro. Para casarse con un albañil, se acomodará sobre un tajo, cogerá una paleta y una espátula, y él pronto llegará. Si quisiera a un granjero, deberá tomar una guadaña y una pala. La madre de una hija casadera ha de intentar atraer a los pretendientes a casa. Eso lo conseguirá dejando a propósito las telas de araña de las habitaciones. Si las elimina, los pretendientes desaparecerán.

La madre de estas cuatro chicas murió al dar a luz a Klara. El regidor no tiene ningún varón. En el pueblo hay campesinos y labriegos, dos pequeños terratenientes y algunos granjeros. Pero sólo un regidor.

Grete no se casará con el hijo mayor del terrateniente Sandke, el único de los seis hijos de Sandke que ha sido educado para llevar la granja, quien la ha pedido en matrimonio; porque justo antes de la boda resulta que no es el heredero elegido por el terrateniente. La boda se suspende, y el novio de Grete, después de que en septiembre un cuñado se haga cargo de la granja, se embarca en un vapor en Bremerhaven, que por doscientos ochenta marcos lo lleva, pasando por Amberes, Southampton, el canal de Gibraltar, Génova, Port Said, el Canal de Suez, el mar Rojo, Aden y Colombo, hasta Melbourne, Australia, adonde llega, tras un viaje de seis semanas, el 16 de noviembre de 1892, con ocho marcos que le quedan y un reloj de oro que empeña por otros veinte. Desde Melbourne le escribió todo esto a su novia. Luego Grete no tuvo más noticias suyas, y las tierras lindantes de los Sandke se perderán para siempre para la familia del regidor.

Hedwig se ve con un jornalero que en verano viene a la granja Klotthofstelle a segar el maíz. Cuando el padre se entera por un vecino, irrumpe en pleno día en el pajar, le arranca al jornalero el mayal de las manos y corre tras él gritándole estas palabras: «¡Voy a coger el hacha, te voy a matar!», persiguiéndole desde la granja hasta la linde del bosque. Y por todo el pueblo se oye su voz, alta y como cascada por estar acostumbrada a dar órdenes a voz en grito, por lo que parece la voz de un borracho: «¡Voy a coger el hacha, te voy a matar!». Cuando regresa a la granja, encierra a Hedwig unos días en el ahumadero del desván, donde perderá a su niño, que en ese momento no era más que una pequeña masa de sangre.

Emma, la tercera hija del regidor, habría llegado a ser sin duda un buen regidor, si hubiera nacido varón. Siempre echa una mano a su padre. Decide, cuando él está fuera, sobre las contribuciones de los habitantes del pueblo, contrata peones y criadas, supervisa los maderales, los campos y el ganado. Nadie, ni en la familia ni en el pueblo, ha malgastado nunca ni una sola palabra sobre una posible boda de Emma.

A Klara, finalmente, la más joven de las hijas del regidor, le corresponde como herencia el bosque de Schäferberg, que linda por la parte de abajo con el lago, por la de arriba con la pradera de los frambuesos que pertenece a la finca, a la derecha con

las tierras del viejo Warnack y finalmente, a la izquierda, con la pradera que un campesino utiliza ilegítimamente y por la cual disputa con el padre de Klara desde hace años. Teniendo todo esto en cuenta, el padre de Klara considera ese bosque como una isla que no se unirá por matrimonio alguno a otros terrenos.

Cuando el pescador atraca en su orilla, Klara no sabe qué decir. Tampoco el joven pescador dice nada, tan sólo le lanza el cabo, ella lo atrapa y lo ata a un aliso. Ella está en su bosque por casualidad, ya que desde lo ocurrido con Hedwig, el padre no ha vuelto a llevar a sus hijas en el carruaje. Hoy Klara ha venido aquí sola y a pie. Ha recogido frambuesas arriba, en la pradera, y luego ha bajado la cuesta, entre árboles y arbustos —robles, alisos y pinos— para ver los destellos del agua. Porque desde la granja, ni siquiera en invierno, cuando los árboles están sin hojas, se puede ver un poco del lago.

El desconocido pescador le tiende la mano, ella se la toma para ayudarlo a bajar del bote, que se balancea, y después se la suelta. Sólo cuando él le tiende la mano por segunda vez, ella entiende que quiere que lo siga guiando. A mitad de altura de la cuesta, donde la tierra no es tan negra y la hierba está más seca, hay un sitio más agradable para ella y el pescador, que tiene los cabellos tan húmedos que el agua le gotea sobre los hombros, le baja por los brazos, y llega hasta sus dedos, entrelazados con los de ella. Y sólo entonces, cuando ella busca un sitio donde sentarse junto a él, se da cuenta de cuánta gente hay alrededor de ellos en esa zona del bosque, por todas partes donde hay un sitio bonito para descansar hay ya alguien. Algunos están tumbados durmiendo a la sombra, otros están comiendo su merienda y otros apoyados en algún árbol, fumando y haciendo anillos con el humo. Quizá por lo tranquila que está toda esa gente no se había dado cuenta antes de que estaban allí. En un sitio soleado, bajo un gran roble, crece una hierba que le gusta, seca y alta, haz tras haz, y cuando ella se arrodilla para atraer hacia sí al pescador, los otros se mueven, ponen sus panes, manzanas y sus huevos cocidos de nuevo en las cestas, doblan las mantas y se levantan tranquilamente, mientras que aquellos que estaban apoyados en los troncos de los árboles arrojan sus cigarrillos al suelo y pisan las colillas. Poco a poco todos se ponen en marcha pendiente arriba y abandonan el lugar, sin ni siquiera saludar ni decir una palabra a Klara y a su pescador. El pescador reposa su cabeza sobre el regazo de la más joven, y hasta el momento soltera, de las hijas del regidor y ella comienza a secarle el pelo húmedo con su falda. Detrás del roble, justo a sus espaldas, se levantan ahora los dos últimos visitantes silenciosos, que ella no había visto, y se marchan también.

Rojo es el nacer,  
verde es la vida,  
blanca es la muerte.  
Conozco a un animalito,

que se llama Maneritas.  
Maneritas se llama el animalito.  
Que lleva los huesos sobre su carne.  
En nuestro sótano yace un hombre,  
que lleva cien faldas.  
En nuestro suelo camina algo,  
al que no se oye ni un poquito.  
Lo tiras blanco al tejado,  
y regresa amarillo.  
En nuestro jardín hay un caballo blanco,  
cuya cola llega hasta el cielito.  
Una reina bebía té.  
Tres cervatillos nadaban en el lago.  
¿Cómo se llamaba la reina?  
Pobre soldado como soy, de guardia estoy,  
no tengo piernas y tengo que marchar,  
no tengo manos y tengo que luchar  
y decir siempre la verdad.  
Hueco tras hueco.  
No me queda otra que aguantar.

Al principio, a sus hermanas no les llama mucho la atención que algunas mañanas Klara las salude con más amabilidad de lo normal y les pregunte cómo se encuentran, como si ellas fueran unas extrañas, o no se hubieran visto durante mucho tiempo. Otros días, sin embargo, mira inmediatamente hacia otro lado cuando ellas le dan los buenos días. La segunda cosa de la que se dan cuenta las hermanas y la gente del pueblo es que Klara sale con frecuencia de la granja con el cubo de los desperdicios para los cerdos en lugar de vaciarlo en la pocilga. Con el cubo en la mano atraviesa el pueblo, pasa por delante de la carnicería y de la escuela, y gira después de la fábrica de ladrillos a la izquierda, en el camino de la ribera. El viejo Warnack, cuyas tierras lindan en la parte derecha con El bosque de Klara, le contó a Wurrach que Klara primero vaciaba el cubo en alguna parte entre los arbustos y luego se sentaba sobre la hierba, con la espalda contra el roble, los pies en alto encima del cubo, y hablaba con el aire o simplemente permanecía callada. Después de que el padre le prohiba abandonar la granja, comienza a esconderse por Klotthofstelle. Se agacha entre los árboles y arbustos del jardín, o bajo tablas apoyadas aquí y allá, y se mete en barriles o cajas. Sus hermanas y la servidumbre deben tener presente que se pueden encontrar con Klara en cualquier parte de la granja y sus terrenos. En algún escondrijo se la oye con frecuencia llorando y discutiendo, pero en cuanto se la saca fuera se queda tranquila y se muestra amable. Una vez, cuando Grete abrió la puerta del trastero para coger una escoba, Klara estaba de pie en el estrecho cuarto sonriendo tranquilamente, como si hubiera estado esperándola desde hacía mucho tiempo en la oscuridad. En otra ocasión, durante la comida, metió la mano en la fuente, y delante de todos, se embadurnó la cara con puré caliente, alrededor de los labios, como si no quisiera encontrar la entrada de la boca, pero al mismo tiempo sonreía, contenta. Por un momento, todos se quedaron callados en la mesa del regidor.

Durante un tiempo, ningún criado o criada quería trabajar en casa del poderoso

Wurrach, porque no es poca cosa protegerse de alguien que ha perdido la senda de la razón. Las hermanas guardan todos los cuchillos afilados en un cajón bajo llave, los peones de la granja ponen sus hachas encima de un armario que está en el portón de la entrada, al cual una mujer, sin ayuda de una banqueta, no puede llegar, y el padre fija las manivelas de las ventanas y el pestillo interior de la puerta de la habitación de Klara. Al anochecer, cierra personalmente la puerta desde fuera. Durante las noches, Klara, la última hija del regidor, da la vuelta a su orinal, y comienza a tamborilear sobre él.

Ésta es la llave del jardín  
donde esperan tres niñas.  
La primera se llama Binka.  
La segunda se llama Bibeldebinka.  
La tercera se llama Zickzettzack Nobel  
de Bobel de Bibel de Binka.  
Binka tomó una piedra  
y a Bibelbinka se la tiró.  
Y entonces Zick, Zett, Zack,  
Nobel de Bobel de Bibel de Binka  
lágrimas derramó.

Y entonces ya no sucede nada más, aparte de que Grete, Hedwig y Emma, y también Klara, se hacen mayores, y su padre viejo. No sucede nada más aparte de que en El bosque de Klara una rama del viejo roble se rompe, cae al suelo y se pudre. Los habitantes del pueblo se han acostumbrado desde hace mucho a ver pasar por el pueblo de vez en cuando a la Vieja Schulzen, como con el tiempo todo el mundo conoce a Klara, con un zapato de cada par o tan sólo en calcetines, hasta la carnicería, cojeando hasta la escuela, hasta la fábrica de tejas y ladrillos, pero nunca más allá. Y cuando alguien le pregunta: «¿Adónde vas?», ella responde: «No lo sé».

Un antiguo guante  
perdí en mi otoño.  
Tenía que encontrar tres días,  
antes de buscarlo.  
Entonces llegué a un jardín,  
allí había un señor.  
Y junto a él estaban sentadas tres mesas.  
Entonces me quité el día;  
y dije: «Buen sombrero, caballeros».  
Entonces los caballeros comenzaron a reír,  
hasta que sus explosiones se les barrigaron.

El primer tercio de El bosque de Klara se lo vendió el viejo Wurrach a un importador de té y café de Frankfurt Oder; el segundo tercio a un fabricante de paños de Guben que en el contrato de compra puso el nombre de su hijo, para empezar a proveer la herencia de éste; el tercero, finalmente, con el viejo roble, Wurrach se lo vendió a un arquitecto berlinés que en una excursión en barco de vapor descubrió la colina con los árboles y arbustos, y decidió construir allí una casa de verano para él y su

prometida. El regidor mantuvo primero conversaciones con el importador de café y té, luego con el fabricante de paños y finalmente con el arquitecto, sobre cuántos y tantos metros cuadrados. Por primera vez en su vida no mide el terreno en hectáreas, por primera vez en su vida habla de parcelas. Durante cientos de años se llamó a ese maderal El bosque de Klara. Cada treinta años se cortaban todos los árboles alrededor del viejo roble y luego se plantaban de nuevo, pero ahora unos cuantos árboles se quedarán donde están para siempre. La prometida del arquitecto dice: «Para que den sombra». Mientras el padre negocia el precio del último tercio, Klara, por todos conocida como la Vieja Schulzen, cojea como siempre a través del pueblo, en un pie un zapato, en el otro tan sólo un calcetín, pasa delante del carnicero, luego de la escuela, luego de la fábrica, y luego de vuelta. Al anochecer nieva por primera vez. El viejo Wurrach firma como vendedor de la tercera parcela del montecillo Schäferberg en nombre de su hija, incapaz. Por el lado del arquitecto, firma como nueva propietaria su joven prometida.

Al día siguiente, Emma descubre las huellas de Klara en la nieve recién caída, cerca de los baños públicos. Las pisadas conducen directamente hacia el agua gris, siempre alternando un zapato, un calcetín, un zapato, un calcetín, un zapato. Un poco más tarde también encontrarán su cuerpo en la orilla de la fábrica de tejas y ladrillos, enredado en las raíces de un viejo pino que el agua ha dejado sin tierra. El cura quiere negar a la suicida una sepultura cristiana, pero el regidor, que pese a su edad se ha convertido en el jefe de todos los granjeros del lugar, no lo permitirá.

En la casa en la que muere alguien se para enseguida el reloj. Los espejos se cubren. Si no, habrá dos muertes. Se abren las ventanas de arriba y, si no hubiera un tragaluz disponible, se quita una teja del tejado para que el alma pueda salir por ahí. Al muerto se le lava y se le cambia la ropa. Si es hombre, se le pone una levita negra, si es mujer, su vestido negro. Se les ponen zapatos. Si es una virgen, se la entierra con los adornos de las novias: con vestido blanco, corona de mirto y velo. El muerto se coloca sobre un lecho de paja. Sobre su rostro se extiende un paño impregnado con vinagre o aguardiente. Sobre el cuerpo se le ponen ortigas para impedir que se ponga azul. A cada lado del cuerpo, si es un hombre, se pone un hacha. El cuerpo de las mujeres lleva un hacha sobre el vientre, con el mango hacia los pies. Cuando se les ponga en el ataúd, se quitarán las hachas. El recipiente con los líquidos que destila el cadáver se entierra bajo un canalón. La paja sobre la que ha reposado el muerto, junto con su ropa, se quema o entierra. El muerto se muestra a los animales del establo y a los árboles del jardín, y se les dice: «Vuestro dueño ha muerto». Antes de que el ataúd cruce el umbral de la casa, se deposita en el suelo tres veces. Para evitar que el alma vuelva a entrar, cuando el ataúd haya pasado el umbral, se cierran inmediatamente puertas y ventanas. Se vierte agua sobre el suelo, y se barre la habitación con una escoba. Las sillas sobre las que ha reposado el ataúd se tumban boca abajo, sobre el suelo. Para evitar cualquier regreso, se echa agua de un cuenco

detrás del cortejo fúnebre que se está alejando, igual que cuando el médico o el matarife abandonan la granja.

## El jardinero

Cuando se construyen las primeras casas de vacaciones junto a la orilla, algunas de ellas cubiertas con cañizos, el jardinero ayuda, en cuanto el lago se congela, a cortar cañas para los tejados, y también en esto muestra una habilidad excepcional. Las varas congeladas saltan delante de él como si fueran de cristal, maneja la herramienta que se utiliza para podar los tallos de manera tan experta que el techador no puede creer que lo haya hecho solo. Con gran energía, después de la recogida, y sin cansarse nunca, separa sobre su rodilla izquierda los palos cortos y las hojas y pone a un lado los fardos limpios.

El jardinero habla poco, y nunca dice nada acerca de las noticias que corren por el pueblo, ya sea que se haya ahogado alguien en el lago, que un campesino disimuladamente haya movido algún mojón que delimita sus tierras, o que el boxeador Max Schmeling haya noqueado en el duodécimo asalto al americano Louis. «¡Vaya con este Schmeling! —dice el techador desde lo alto de su escalera al jardinero que le va alcanzando los haces—. Nuestro Schmeling contra el bombardero moreno. ¿O es que no tienes radio?». El jardinero niega con la cabeza. La casa sobre la que ahora mismo está sentado el techador es la casa de Schmeling. «También he trabajado en la casa de Thorack», le dijo el techador al jardinero cuando empezaron a trabajar juntos, quizá para impresionarlo, pues el jardinero es conocido por su carácter reservado, y así incitarlo a conversar, pero el jardinero probablemente ni sabía quién era Thorack, de modo que también en esta ocasión sólo asintió con la cabeza y permaneció en silencio.

Por esos silencios, algunos en el pueblo no se fían del todo del jardinero, dicen que es frío y su mirada escurridiza, y adivinan rasgos de locura detrás de su alta frente. Otros opinan lo contrario, que sólo habla con la gente lo necesario, pero que cuando está solo en el jardín o en el campo, lo han visto mover continuamente los labios mientras rastrillaba, cavaba, escardaba las malas hierbas, regaba o podaba las plantas. No deja entrar a nadie en su cabaña, los niños que miran a través de las ventanas cuando él no está en casa sólo ven una mesa, una silla, una cama y algo de ropa colgando de un gancho. Así que también la casa guarda silencio como su dueño, y aunque, como todos los silencios, puede significar que encierra un secreto, puede ser también que simplemente esté vacía.

Cuando el tejado de cañas de la casa, que un arquitecto berlinés construye para sí y para su mujer en el terreno de Klara Wurrach, está casi listo, y mientras el techador y el jardinero están haciendo una pausa antes de poner los últimos haces de cañas en el tejado, se les une el futuro dueño de la casa y les pregunta a los dos aldeanos si

conocen a alguien de los alrededores que pudiera encargarse de transformar el bosque en un jardín. Y como era de esperar, el techador recomienda al jardinero, que se encuentra a su lado, que por su parte calla, pero que luego asiente con un breve gesto al arquitecto y así muestra su conformidad.

El arquitecto del jardín es el primo del dueño de la casa. Vive en el balneario vecino y viene todos los días para hablar sobre los planos con el dueño y el jardinero, y para supervisar los trabajos. En el terreno de la parte de arriba, entre la casa y el lago, quieren cortar el bosque de pinos y echar tierra fértil para que quede el suelo nivelado y pueda crecer bien la hierba. Quieren rodear la pequeña parte izquierda de la pradera, justo delante de la casa, con coníferas y saúcos negros. Tan sólo un macizo de rosas lo separará de la terraza.

La mayor parte de la pradera, a la derecha de la vereda que conduce hacia el agua, será delimitada del terreno vecino por una cerca de madera; hacia la cuesta por un gran roble y un grupo de coníferas; hacia la casa por forsitias, lilas y algunos rododendros, y hacia el camino de arena, finalmente, por unos arbustos que se plantarán en el cerco de piedras que rodea el terreno.

Algunos árboles nuevos contribuirán a dar un efecto de un escalonamiento natural. Por ejemplo, un acerolo de flores rojas a un lado de la pradera de la izquierda; y limitando con la derecha, un cerezo japonés, un nogal y un abeto azul, plantados entre los arbustos y los árboles que ya estaban allí, más grandes, del fondo.

En la cuesta hacia el lago, que ya tiene pinos, jóvenes robles y pequeños arbustos de avellanos que crecen naturalmente, se plantarán además muchos otros arbustos para que sujeten mejor la tierra.

El acceso al lago quedará protegido por un camino hecho de piedras naturales que, en ocho veces ocho escalones, conducirá hacia abajo.

Junto a la orilla, el terreno es muy húmedo y umbrío debido a los árboles que crecen alrededor y por eso el arquitecto del jardín, de acuerdo con el dueño de la casa, ordena al jardinero que tale algunos de ellos, para secar el terreno. Para utilizar mejor ese lugar, que no invita mucho a detenerse, el dueño de la casa decide construir un taller y un cobertizo de madera diseñado por él mismo. Ya se verá dónde podrá hacerse un embarcadero.

«Cada una de las dos praderas de arriba se convierte, con el borde natural, en un escenario», le dice el arquitecto del jardín a su primo, el dueño de la casa, mientras el jardinero vacía una carretilla de abono donde estará el futuro arriate de rosas, delante de la terraza. El dueño de la casa dice: «En el fondo es una cuestión de dirigir la mirada». «Y del contraste —responde el arquitecto del jardín—. Luz y sombra, superficie despejada, densa vegetación, la vista desde arriba, la vista desde abajo». El jardinero distribuye uniformemente la tierra con el borde de la pala sobre el bancal. «Las verticales y las horizontales deben estar en una relación armoniosa», sugiere el

propietario. «En efecto —dice el arquitecto del jardín— y por eso este descenso escalonado hacia el agua, como el que hace aquí la propia naturaleza, no podría ser mejor». El jardinero se va con la carretilla vacía. Los dos hombres están en la terraza y miran hacia el lago, que brilla y resplandece más abajo, a través de los rojizos y gruesos pinos. El jardinero llena de tierra otra carretilla y la vacía de nuevo. «El arte consiste en domar lo salvaje y luego unirlo con la cultura», dice el dueño de la casa. «Exacto», asiente su primo. El jardinero distribuye la tierra uniformemente con el canto de la pala sobre el bancal. «Servirse de la belleza dondequiera que se encuentre —dice el dueño—. Eso es». El jardinero pasa con su carretilla vacía por delante de los dos hombres, que guardan silencio en la terraza.

Así que el jardinero corta algunos pinos, los sierra, y almacena la madera en el cobertizo; quita las raíces y vierte una gruesa capa de tierra fértil sobre la tierra arenosa propia de la región, recorre el camino entre la gran y la pequeña pradera, y luego cuesta abajo, ocho veces ocho escalones, en la arenisca natural, siembra hierba, planta las rosas, planta arbustos como cercado de la pequeña y gran pradera, planta matorrales en la pendiente, planta acerolo, nogal, cerezo japonés y abeto azul. Al cavar se encuentra con una fina capa de humus sobre el estrato de piedra, que ha de romper con la laya, ya que debajo pasa la capa de arena que lleva aguas freáticas, y debajo de ésta, finalmente, está la arcilla azul común en la región. En la antigüedad, el lago cubrió también esta elevación que la gente conoce como el montecillo Schäferberg, que hace miles de años en realidad no era otra cosa que un bajío como lo es todavía bajo la superficie del agua el montecillo Gurkenberg, el Schwarze Horn, el Keperling, el Hoffte, el Bulzenberg, el Nacklige o el Mindachs Berg. En la capa de ondulada arena, bajo el estrato de piedra, con la que el jardinero se encuentra al excavar los agujeros, dejaron sus marcas los vientos que entonces rozaban el agua. El jardinero cava hasta unos ochenta centímetros los huecos para las plantas, que rellena con tierra de compuesto para que los arbustos, los matorrales, el cerezo, el acerolo, el abeto azul y el nogal crezcan bien. Abajo, en la orilla, el jardinero corta cinco alisos, tala las raíces, hace trenzas con las ramas verdes de abeto y las coloca en los hoyos, para secar el suelo negro. El jardinero riega las rosas, los arbustos y los árboles jóvenes dos veces por día en verano, una vez muy temprano y otra vez al caer el día, riega la pelada tierra de las dos praderas hasta que la hierba comienza a crecer.

En otoño, el jardinero poda todos los arbustos que marcan los límites; las forsitias y lilas en la primavera siguiente, justo después de la floración. Escarda las malas hierbas entre las rosas, las poda. Con el estiércol de las vacas que le dan los granjeros abona el acerolo, el nogal y el cerezo japonés, también las forsitias, las lilas y los rododendros. Riega las rosas y los arbustos dos veces al día en verano, una vez al comienzo del día y otra al atardecer, y coloca un aspersor de agua en cada pradera que dos veces al día, durante media hora, se inclina de un lado a otro, una vez al

comienzo del día, y otra al atardecer. Cada dos o tres semanas el jardinero siega la hierba. En otoño poda con una larga sierra las ramas secas de los grandes árboles, ahúma las madrigueras de los topos, rastrilla las hojas secas de las praderas y las quema. Al final del otoño vacía todas las tuberías de agua de la casa y cierra la llave principal. En invierno calienta la casa cuando el arquitecto y su esposa anuncian su visita y conecta de nuevo el agua por el tiempo de su estancia.

## El arquitecto

Es verdaderamente triste que ahora tenga que enterrarlo todo. La porcelana fina de Meissen, sus jarras de estaño, la cubertería de plata. Como si fuera la guerra. Él mismo no sabe si está enterrando algo o si tan sólo está guardando cosas para su regreso. O si en el fondo es lo mismo. De todas formas ahora sabe mucho menos de lo que una vez supo. Justo antes de la ocupación de las tropas rusas, su mujer había metido en cajas esta vajilla, estas jarras de estaño y esta cubertería de plata, pero entonces las había llevado en barco al lago y las había hundido en el agua, en el bajío de Nackligen, que ella conocía de nadar. Era un lugar en mitad del lago, tan poco profundo que en verano, cuando nadaba lejos, siempre se enredaba los pies en las algas y entonces, riendo, hacía como que se ahogaba. A los rusos, en su búsqueda de cosas escondidas, sólo se les ocurrió hurgar con largas varas entre la hierba y en los arbustos, y mientras hurgaban, el lago limpiaba tranquilamente el polvo de los tesoros, a salvo de ellos. Los nuevos propietarios de la casa tendrán más tiempo para nadar.

Él tiene suerte de que este año el invierno es tan suave que la tierra no opone resistencia a la laya. Entierra sus jarras de estaño entre las raíces del viejo gran roble, la porcelana bajo un abeto y la cubertería de plata en el arriate de rosas que está al lado de la casa. Descansen en paz. Él sabe que, con sus uñas negras por la tierra, en un par de horas estará sentado en el tren hacia Berlín Oeste. El arquitecto cubre los hoyos y se pregunta si de las jarras de estaño crecerán jarras de estaño, de los platos y tazas, platos y tazas; si de los tenedores, cuchillos y cucharas; brotarán tenedores, cuchillos y cucharas de entre las rosas. Él piensa si también debe enterrar la laya y con sus manos desnudas cubrir este último hoyo. Verdaderamente ya no sabe lo que una vez supo: qué es algo valioso, y qué no lo es. Si a su regreso, si regresa alguna vez, le pondría más contento volver a encontrar la porcelana fina de Meissen que esta laya barata; cuyo reluciente mango de madera su jardinero había empuñado durante los veinte últimos años para que todo quedara perfecto. Pero, de todos modos, un mango de madera como ése será devorado por los gusanos. Así que lo deja sin enterrar, y lo lleva como siempre al taller de las herramientas, que está abajo, junto al agua, donde la laya tiene su sitio desde hace veinte años, entre rastrillos, azadas y palas. Cierra el taller de las herramientas, junto a la llave cuelga el cebo dorado que él antes utilizaba para pescar. Camina de nuevo hacia arriba por los planos y bajos escalones de piedra, cuelga la llave en el tablero de las llaves en la sala y se lava las manos en el baño. Con las uñas todavía negras por la tierra estará en un par de horas en el tren hacia Berlín Oeste. Coge una última vez la manivela de los postigos de las ventanas y los cierra desde dentro, por medio de un mecanismo escondido que él mismo, de joven, inventó para hacer reír a su mujer.

Una vez más sube la escalera, que cruje en el segundo, en el séptimo y en el penúltimo peldaño, pasa por delante de la habitación de su mujer, que huele como siempre a menta y a alcanfor. El camino a su despacho pasa a través de la habitación en penumbra de los armarios, en la que él mandó abrir una pequeña ventana semicircular, que el tejado de paja ensombrecía como las pestañas de un ojo. Hace poco vio una marta a través ella. La marta miró a través del ojo hacia el interior de la casa, y él, a través del ojo, hacia fuera, animal y hombre se miraron un momento, y de repente el animal desapareció. Los cristales translúcidos que hizo colocar en seis cuadros de la puerta de su despacho tintinean suavemente una vez más, él abre la puerta y entra, se detiene un momento tras la mesa de dibujo y mira hacia el lago. Sobre la mesa todavía están los dibujos para su primera obra en el centro de Berlín, el contrato más importante en su carrera de arquitecto, el contrato que ahora le había hecho caer. Oye a las martas arañar las vigas. Las martas se quedan.

Baja de nuevo la escalera, hacia abajo crujen el segundo, el decimoquinto y el penúltimo escalón, al final de la barandilla él mismo había tallado hojas de vid y uvas. Cerrar. En el bolsillo de su pantalón tintinea la llave que abre y cierra todas las puertas de la casa, incluidas las colmenas y el cobertizo de madera; Zeiss Ikon, una llave de seguridad, trabajo alemán de primera calidad hasta el día de hoy. Cerrar. Cruzar la sala, cincuenta por cincuenta claras losas de piedra arenisca, el picaporte de la puerta de la antecámara, de latón, aplanado por arriba para apoyar la mano, con surcos en los lados para adaptarse al pulgar. Al empujarlo hacia abajo se oye como siempre un suspiro metálico. Sus pasos cruzan las treinta por treinta losas de piedra arenisca de la entrada, vuelan los pájaros sobre la puerta del armario de las escobas, vuelan desde hace un siglo, las flores florecen desde hace un siglo, los racimos de uvas cuelgan, el Jardín del Edén en doce estampas cuadradas. De una vieja granja se llevó en su día la puerta, que, por su belleza, hacía olvidar por completo que ocultaba un escobillón, una escoba, un cubo, una escobilla y un recogedor. Dirigir la mirada, siempre había pensado en dirigir la mirada. En la cocina gotea un grifo. Cerrarlo. Mirar a través de los cristales hacia el camino de arena y hacia los árboles. El cristal de color pinta de verde incluso los árboles desnudos, dirigir la mirada. El primer día del nuevo año, el jardinero duerme todavía, nadie pasea. Los mejores deseos para el nuevo año. En dos horas él estará sentado en el tren hacia Berlín Oeste.

Cerrar. Cerrar y dejar la llave en la cerradura. Que no le rompan ningún travesaño. Que no rompan la puerta, que no doblen o sierren la reja que protege el cristal rojo y negro de la puerta de la entrada, igual que las rejas de la escuela de planeadores del Reich, que hicieron explotar poco después de la guerra, sin que nadie supiera por qué. Cerrar. Tres dimensiones constituían hasta ahora su oficio: altura, anchura y profundidad. Quería construir alto, ancho y profundo, pero era la cuarta dimensión la

que lo había atrapado ahora: el tiempo. Y ahora éste lo expulsaba de su casa. «En fin de semana no detenemos a nadie», le había dicho el funcionario antes de dejarlo en libertad. Así que no tenían previsto matarlo, sólo tendría que marcharse, fuera, a otra parte, irse al cuerno y al diablo. En dos horas estará sentado en el tren que lo llevará a Berlín Oeste. Como mínimo cinco años, le había dicho el funcionario, por la tonelada de tornillos que él había comprado con su propio dinero en el Oeste para construir en el Este. Una tonelada de tornillos de latón para la construcción más importante de su vida: en la Friedrichstrasse, en el centro de Berlín. Una obra para la ciudad que ahora lo echaba. Él sabe mucho menos de lo que una vez supo.

Su trabajo es planear patrias. Cuatro paredes alrededor de un pedazo de aire, un pedazo de aire arrancado con garras de piedra a todo lo que crece y se arremolina, para hacer algo sólido. Una patria. Una casa, la tercera piel después de la carne y la piel, y la ropa. Un hogar. Una casa hecha a la medida de las necesidades de su dueño. Comer, cocinar, dormir, bañarse, defecar, niños, invitados, coche, jardín. Y todo eso, o esto y aquello no, convertirlo en madera, piedra, cristal, paja y hierro. Dar a la vida direcciones, suelos a los pasos, miradas a los ojos, puertas al silencio. Y eso de aquí era su casa. Para que él y su mujer se pudieran sentar había diseñado las dos sillas con los asientos de cuero; para contemplar las puestas de sol sobre el lago, la terraza; la larga mesa de la sala, para el placer de ambos en recibir visitas; para el frío de él y de ella había pensado la estufa de cerámica holandesa; para el cansancio de los dos después de patinar sobre hielo, el banco frente a la estufa. Dibujando en su mesa él la convertía de alguna manera en su despacho. Y ahora debía estar contento de salvar simplemente su vida, de dejarse arrancar la tercera piel, para llegar al Oeste salvador con sus vísceras relucientes.

Cuando te encuentres sobre las líneas enemigas, no pierdas nunca de vista tu propia retirada. Ya en la primera guerra mundial eso se decía más fácilmente de lo que se hacía. Habían llegado a lanzar bombas sobre París, pero luego el globo había sido alcanzado, había perdido lentamente altura, se había precipitado finalmente sobre el tejado de un establo en un pueblo belga y había enterrado su propia cabina debajo de su inmenso saco deshinchado. Cuando él y sus camaradas lograron salir de la tela, vieron debajo, en el patio, a algunas gallinas picoteando en la arena, y a un gato durmiendo al sol, y solamente cuando los campesinos, en vez de dispararles, les trajeron una escalera, supieron que el pueblo ya había sido ocupado por los alemanes. Así que por pura casualidad no murieron fusilados sino que pudieron bajar por una escalera belga de nuevo a la vida. Desde el globo se veía el mundo como si fuera un mapa, pero desde tanta altura, no se veía dónde estaba el frente. «Territorio de posicionamiento estratégico alemán», se llamaba para ellos el pueblo al que debían sus vidas, «patria» se llamaba para los campesinos belgas. Y posiblemente, el frente se encontraba exactamente entre los bigotes del gato dormido. Él había aprendido

entonces que las cuentas no tenían que salir bien por tan poco margen. Va a la izquierda alrededor de la casa, pasa por delante del rododendro, bajo sus pies las rejas con las que en la segunda guerra mundial había cubierto todas las ventanas del sótano. «Defensa antiaérea Mannesmann» pone en estas rejas, todavía ahora, en tiempos de paz. En la segunda guerra él había sido demasiado mayor para luchar, pero a su modo había ampliado su territorio de posicionamiento estratégico. Atacar siempre con el sol a tu espalda era la primera regla de la lucha aérea.

Por la mañana, la luz del sol pasaba sobre el pino de delante de la casa, lo que significaba que haría buen tiempo durante todo el día. La terraza estaba todavía a la sombra y la mantequilla en la mesa de desayuno no se derretía. Durante todo el día, el sol brillaba sobre las dos praderas, a la izquierda y a la derecha del camino que llevaba abajo hacia el agua. Las hermanas de su mujer estaban tumbadas y sentadas en la hierba con sus niños para jugar, dormir, leer. El sol manchaba el camino colina abajo, caía a través del follaje de la encina, de las coníferas y avellanos sobre la sólida escalera, ocho veces ocho peldaños, piedra arenisca natural quebrada. Abajo, en el lago, el sol penetraba entre los alisos en pocos lugares hasta la tierra negra de la orilla siempre húmeda. Cuanto más se acercaba uno al deslumbrante espejo del lago, más fuerte susurraba el follaje, y más sombra había alrededor. «Oscurecimiento» es el término militar. Defensa antiaérea Mannesmann. Pero todo eso sólo servía para deslumbrar al veraneante en su primer paso sobre el muelle; que entre sol y agua caminaba hacia el final del embarcadero, y aparte de él mismo, caminando hasta allí, ya no había nada para hacer sombra. Aquí el sol se cernía del todo sobre él, sobre él y sobre el lago, y el lago le devolvía su brillo al sol, y él, que se había sentado o tumbado al final del muelle, observaba ese juego, se arrancaba de paso una astilla que se había clavado en la mano al sentarse o tumbarse, olía el alquitrán que protegía la madera, oía chapotear el barco en el embarcadero, el suave tintineo de la cadena con la que estaba amarrado, veía peces inmóviles en el agua clara, cangrejos arrastrándose, sentía las tablas cálidas debajo de sus pies, de sus piernas, de su vientre, olía su piel, estaba tumbado o sentado y cerraba los ojos, tan intenso era el sol. E incluso en la sangre detrás de sus párpados cerrados veía la bola cegadora.

Si la tierra, la casa y el lago no hubieran sido su patria, nunca se habría quedado en el Este. Y ahora la patria se había convertido en una trampa. Al final de la guerra, en Berlín, había negociado y se había emborrachado cinco noches con los rusos, para impedir que se llevaran las máquinas de su empresa de carpintería de Berlín, y también había salvado su estudio de arquitecto y su empresa de la primera ola de expropiaciones, dando la bienvenida al socialismo. El escrito de rechazo que tenía de Speer le había permitido finalmente obtener el encargo para la Friedrichstrasse bajo los Rojos. Pero ahora, seis años después del fin de la guerra, los comunistas sí querían apoderarse de su empresa. Ahora se les ocurría, de repente, en plena paz.

Defensa antiaérea Mannesmann. No pierdas nunca al enemigo de vista. Como los niños con un animal cuya naturaleza no entienden, le arrancaban ahora los comunistas la cabeza al juguete, y se maravillarían cuando la cosa dejara de moverse.

Durante toda su vida se había esforzado en convertir el dinero en algo real. Primero había comprado la mitad de unas tierras y construido la casa allí, luego la otra mitad con el embarcadero y la casita de baño. Todo su dinero ganado trabajosamente estaba arraigado aquí. Estaba literalmente enraizado en robles, alisos y pinos. Invertir el dinero, se decía antes, así lo había aprendido. En los tiempos inseguros invertir el dinero en valores estables. Lamentablemente, la realidad se había extraviado entretanto en el fabuloso caos que los rusos habían dejado a los alemanes, y era una pena el poseer un pedazo de tierra en lugar de una alfombra voladora.

Quien construye, adhiere su vida a la tierra. Su trabajo es dar un cuerpo a lo que queda. Crear un interior. Allí donde no hay nada, cada vez cavar más hondo. Desde afuera se ve el cristal de colores de las ventanas del salón, por delante de las cuales pasa ahora, opaca y negada, la visión. La luz tan sólo se llena de vida cuando uno se encuentra detrás del cristal, tan sólo entonces la luz se percibe como tal, cuando está utilizada. También Durero veía a través de unas ventanas de colores sólo la luz del mundo, no el mundo mismo. Estaba sentado dentro y creaba su propio mundo. Si la mujer de Durero quería saber quién estaba paseando por el mercado de Núremberg, tenía que abrir un ventanuco para poder ver la plaza. Cuanto más gruesos eran los muros, cuanto más pequeñas las ventanas, menos calor se escapaba de una casa. Piedras del campo, paja, mortero, todos materiales de esta región. Tenía que parecer que la casa había crecido aquí, como algo vivo. Él mismo ayudó a construir la chimenea. Siempre se había entendido con los obreros y los granjeros. Pero no con esta ciudad, en la que un funcionario no sabía lo que hacía el otro.

En verano siempre nadaba una vez más antes de partir. Ahora, en enero, también se fue al agua, sólo que no al lago. Ni su mujer se reiría con este ridículo chiste, y eso que le gusta tanto reír. No sabe cuándo habrá sido la última vez que nadó aquí. Y tampoco si hay una forma verbal capaz de convertir el pasado en futuro. Quizá a principios de septiembre. La última vez no era entonces todavía la última vez, por eso no se había fijado. Tan sólo desde ayer se había convertido en última vez. Como si el tiempo pudiera, aunque se le agarrara fuerte con la mano, girarse y torcerse como le diera la gana. Abajo, en la casita de baño, seguro que cuelga todavía su toalla verde. Otro se secará probablemente con ella. Cuando él obtuvo la casita de baño de los judíos, todavía colgaban allí las toallas. Antes de que a su mujer se le ocurriera lavarlas, él ya se había lanzado al agua y se había secado con una de las toallas ajenas. Toallas ajenas. Los judíos eran fabricantes de paños. Material de primera calidad. Tejido de rizo. Su primera solicitud de ingreso en la Cámara de Cultura del Reich había sido rechazada porque a la pregunta sobre ascendencia aria, él había

puesto «Sí» y «No». En cualquier tipo de ataque es indispensable un acercamiento al adversario por la retaguardia. Toallas. Tejido de rizo. Un funcionario que conocía de los tiempos del colegio y que le quería bien le había advertido de que la raza de los bisabuelos no era relevante para aquella solicitud, así que pudo hacer la solicitud una segunda vez, respondiendo esta vez a la pregunta sobre su arianidad con un «Sí», certificando su ascendencia y la de su mujer hasta la generación de los abuelos, y entonces había sido admitido. El «Sí» y el «No». Los espacios entre los tablones de la casa de baño habían sido rellenados con estopa. Todo hecho de una manera provisional. Al menos había pagado a los judíos la mitad del precio de mercado. Y no había sido poco. Así de rápido no habrían encontrado otro comprador. Con estopa. La madre de la madre de su padre. Sí y No. Con la compra del terreno había ayudado a los judíos a financiar su huida al extranjero. Parece que a África. O Shangai. No había elección. Con la compra del terreno había financiado la desaparición de su «No» de los cuestionarios. A África o a Shangai, daba igual. Lejos, lejos, lejos. Sí y No. Atacar con el sol en la espalda. Con el sol en la espalda agarrar el sol, hasta que todo arda, y luego apagarlo con este lago tan vasto que lo llaman el mar de la Mark. Sí y No. Ojalá fueran los desiertos de África, las selvas en China, lo suficientemente grandes para que su «No» se muriera allí de hambre y de sed, fuera devorado por las fieras salvajes. ¿Tiene ascendencia aria? Sí. Pero ¿por qué entonces tiene que irse ahora? El Barón Münchhausen también se sacó del pantano tirando de su propia trenza. Pero el pantano no era su patria. El arquitecto sabe mucho menos de lo que supo alguna vez. Se había secado con la toalla de los judíos y la había vuelto a colgar en su gancho. Una toalla blanca de rizo. Primera calidad. Más tarde llegó a ser miembro de la Cámara de Cultura del Reich. Más tarde le dieron el permiso de construir un abrigo para el barco al lado del muelle. Su toalla de rizo, que todavía cuelga abajo, es verde.

Cierra el portón desde fuera con la segunda llave, que había llevado por si acaso. Zeiss Ikon. Un trabajo de primera calidad alemana. El picaporte del portón estaba todavía húmedo por el rocío cuando llegó muy temprano por la mañana. El arquitecto sale del jardín por la pequeña puerta del cercado al camino de arena. Cuando uno sale y se da la vuelta, se ve de nuevo la fachada como si nunca se hubiera estado dentro, se ve exactamente lo mismo que lo que le había saludado a uno al llegar. Pone la llave en el bolsillo de su pantalón y va hacia el coche. Parece que el jardinero está todavía durmiendo. Durante el día quizá serrará el gran abeto azul que se cayó anteayer. Tan sólo que él, a quien pertenece ese abeto azul y la tierra entre sus raíces ahora visibles, estará entonces en Berlín Oeste.

## El jardinero

En primavera, por deseo del dueño, coloca un macizo de flores en el lado del camino de la casa, con amapolas, peonías y flores del bosque amarillas; y en el centro un arbusto de trompetas de ángel. Para cercar el macizo pone simplemente algunas ramas de boj en la tierra, que echarán raíces y crecerán. En verano pone los aspersores en las dos praderas, que todos los días, durante media hora, se inclinarán de un lado a otro, una vez por la mañana y otra vez al atardecer, mientras él riega el macizo, las rosas y los arbustos. Corta las flores secas, recorta el boj. En otoño cosecha por primera vez nueces, sus manos se tiñen de marrón cuando las saca de su cáscara blanda, en otoño recoge las ramas secas que durante las tormentas se habían caído de la encina y de algunos pinos, las sierra, hace astillas y las almacena en el cobertizo de madera.

En el año 1936, el escarabajo de la patata atravesó el Rin y prosiguió su camino hacia el este, en 1937 alcanzó el Elba, en 1938 se abalanzó sobre los alrededores de Berlín. Con mucha paciencia, el jardinero recoge una y otra vez los escarabajos de las hojas del arbusto de trompetas de ángel, que, como única solanácea del jardín, ha sido gravemente afectada por la plaga. Aplasta los huevos de los dañinos insectos e incluso intenta encontrar las crisálidas removiendo la tierra alrededor del arbusto para destruirlas también. En algunos días de este verano el camino de arena está negro de escarabajos. Si al principio de la plaga las hojas del arbusto, con sus maravillosas flores rojas, están solamente agujereadas, al final del verano queda apenas el esqueleto, unos pocos nervios de las hojas y sólo las desnudas cabezas de los brotes. Las flores hace mucho tiempo que cayeron. Siguiendo las instrucciones del dueño de la casa, el jardinero arranca el resto del arbusto de trompetas de ángel, y planta en su lugar un ciprés como nuevo centro del macizo de flores.

## El fabricante de paños

Hermine y Arthur, sus padres.

Él mismo, Ludwig, el primogénito.

Su hermana Elisabeth, que se casó con Ernst.

La hija de ambos, su sobrina Doris.

Luego su mujer Anna.

Y luego los niños: Elliot y la pequeña Elisabeth, a la que llamaron así por su hermana.

Elliot tira la pelota a la pequeña. La pelota rueda por el césped hasta el macizo de rosas. Elisabeth no quiere cogerla porque sabe que las rosas pinchan, entonces va el hermano, se abre camino entre las flores, las hace a un lado con los codos y lanza la pelota con el pie de nuevo hacia la hierba. Las rosas mezclan su rojo con el rojo intenso de una buganvilla que crece en el muro de la casa y que rodea la ventana del salón con sus flores.

Con el automóvil Adler viajan por la mañana a lo largo de la carretera de la costa hacia el este. «Adler —dice Arthur, el padre—, trabajo alemán de primera calidad». «Sí», dice él, Ludwig. «¿Los entregan hasta aquí?», pregunta el padre. «Sí —dice Ludwig—, a nosotros también nos trajeron hasta aquí». Junto a él está sentada su madre Hermine, en el asiento de atrás Arthur, el padre, y Anna. Arthur y Hermine, los padres de Ludwig, están de visita. Dos semanas más tarde regresan a casa. Anna se ha puesto su vestido blanco en honor de sus suegros. La chaqueta y la falda. Marca Peek & Cloppenburg, comprado en vista de la emigración. Comienzos de 1936. Cuarenta y tres marcos y setenta céntimos.

Casa. En el terreno vecino hay mucha agitación, los agrimensores están ahí, algunos obreros y el jefe de la obra, un arquitecto de Berlín que lleva pantalones bombachos y les saluda. *Heil*. «Venga, te subo», dice Ludwig, el tío, a Doris, su sobrina. El pino tiene, hacia la altura de sus hombros, una joroba de madera, hacia ahí levanta a la niña. «¿Y qué ves?», le pregunta. «La torre de una iglesia», dice Doris, y señala hacia el lago.

«Ah, qué vista tan estupenda», dice el padre. «Paradisíaca», dice Hermine, la madre. Arthur y Hermine, los padres de Ludwig, están de visita. Para la foto que hace de ellos otro excursionista, Anna, la mujer de Ludwig, se coloca sobre el capó del Adler; la madre, Hermine, se apoya en un murete. Detrás, la montaña cae abruptamente hacia el mar. Su padre, Arthur, y él están de pie detrás de las mujeres. La cadena de montañas del otro lado del golfo aparece como telón de fondo de los cuatro. Después

del almuerzo conducirán montaña abajo, hacia la laguna y la playa, para nadar. Las aguas del océano Índico son calientes y mansas, al contrario que la costa oeste, donde el océano Atlántico es salvaje. Dos semanas más tarde, Arthur y Hermine, los padres de Ludwig, regresan a casa.

«*I don't want anymore*», dice la pequeña Elisabeth, y corre hacia el interior de la casa. Elliot coge la pelota, la hace botar un par de veces contra el suelo, y luego entra también. A mediados del verano, la casa está tan caliente que las velas del árbol de navidad se derriten.

«Imagínate —dice el anciano, con los pantalones arremangados en el agua caliente de la laguna—, mi pequeño velero se hundió en primavera, justo al lado de la orilla». «Tu padre se metió en el agua para ayudar a darle la vuelta», dice Hermine, la madre. Los pantalones arremangados en el lago que llaman Märkisches Meer. Los pantalones arremangados en el océano Índico. «El joven del pueblo que nos llevó el barco desde el astillero estaba todo pálido —dice la madre—. Imagínatelo, en un instante estaba debajo del barco. Estaba atemorizado». Arthur y Hermine, los padres de Ludwig, están de visita. Dos semanas después vuelven a casa.

A casa. Cuando llueve, huele a hojas del bosque y a arena. Todo pequeño y suave, el paisaje entero del lago, tan fácilmente abarcable. Las hojas y la arena están tan cerca que uno podría envolverse en ellos si quisiera. Y el lago siempre lamiendo débilmente la orilla, lamiendo la mano que se desliza en él, como un cachorro, y el agua es blanda y poco profunda.

Ludwig llamó a la pequeña Elisabeth, como su propia hermana. Como si su hermana se hubiera deslizado tan profundamente bajo tierra que hubiera salido del otro lado, y hubiera nacido el mismo año del otro lado del mundo a través de su mujer. ¿Y Doris, la hija de su hermana Elisabeth?

El latón de la pala se adentra en la tierra con un ruido agudo a través de los guijarros. En el terreno de la izquierda están cavando los cimientos. *Heil*.

Elliot salta los pocos peldaños de la casa directamente al jardín y camina lentamente hacia la higuera para coger algunos higos frescos. Anna le grita desde la ventana abierta del salón: «Trae también algunos para Elisabeth». Elliot dice: «*All right*». Para sus hijos, Elliot y Elisabeth, plantó la higuera y también las piñas en la parte de atrás del jardín.

«*Why does adorno hang on the tree?*», le pregunta la pequeña Elisabeth. «*It is*

*supposed to look* como si el árbol estuviera nevado en un bosque en invierno», le dice él, Ludwig, su padre. «*What is* un bosque nevado en invierno?», pregunta la pequeña, Elisabeth. «*A deep forest* —dice él— *in which the ground and all branches* están cubiertos por una gruesa capa de nieve, y donde de las ramas de los árboles cuelgan carámbanos de hielo».

«Déjanos ver primero lo que sucede», dice Ludwig a su padre. «Pero por lo menos el sauce lo plantaremos hoy», le dice su padre, Arthur, y le pasa la pala. «Se lo he prometido a Doris». Desde la finca vecina se oyen las paletas de los albañiles golpear contra los ladrillos. *Heil*. «El dueño en persona ayuda en la obra —dice el padre—, no se le caen los anillos». Ludwig cava el agujero para el sauce. La tierra es negra y húmeda, tan cerca del agua.

El jardinero renueva la tierra en la que crecen las rosas cada primavera. Remueve el compost y lo criba. Ludwig mismo poda las rosas. «Las Celeste y las New Dawn crecen aquí como en ningún lugar en el mundo, porque nunca hay heladas. Qué rosas tan maravillosas», dice Hermine. Arthur y Hermine, los padres de Ludwig, están de visita. Semana y media más tarde regresan a casa. «Y se podan siempre las yemas de afuera», dice su madre, Hermine. «Ya sé», dice Ludwig, y le ofrece té. El juego de té (marca Rosenthal). Comprado en 1932. Treinta y siete marcos y ochenta céntimos.

«El importador de café y té del otro lado también está ya con los cimientos», dice Arthur, su padre. Ludwig cava el agujero para el sauce. «El mismo arquitecto —dice su madre—. Tú vecino de la izquierda». «Él mismo está ayudando con la chimenea, lo he visto», dice Arthur, el padre de Ludwig, es un buen tipo. «Anna de momento sólo quiere un embarcadero y una casita de baño —dice Ludwig— y luego ya veremos». Los trabajadores de la finca de la derecha se gritan algo entre ellos. «Así bastará», dice Ludwig, y clava la laya en el suelo junto a la fosa. Su padre mira hacia el suave murmurar del lago que llaman mar. Hogar. «Es tu herencia», le dice su padre. «Lo sé», dice él, Ludwig, el único hijo de su padre.

Los eucaliptos hacen más ruido que cualquier otro árbol que Ludwig haya escuchado nunca. Susurran más que las hayas, los tilos o los abedules; susurran más fuerte que los pinos, los robles, los alisos. A Ludwig le encanta ese sonido y por eso, cuando se le presenta la ocasión, va con Anna y los niños a hacer un descanso a la sombra de esos árboles gigantescos y tiñosos, simplemente para escuchar el viento enredarse en sus millones de hojas plateadas.

Arthur, padre de Ludwig y Elisabeth, el abuelo de Doris, recoge el tronco delgado del suelo, lo pone en el hoyo, llama a Doris y le dice: «¡Aguanta esto!». Doris se balancea desde el borde del hoyo y sujeta con las dos manos el pequeño tronco. Casa.

Las mujeres se acercan, Anna trae los zapatos de Doris en la mano, Elisabeth le dice a Ludwig: «Estaréis bien aquí». «Sí, sí», dice Ludwig.

Entre los troncos pelados de los altos árboles saltan los monos. Los más fuertes pueden coger su parte del botín primero. Por eso, cuando se les da de comer, creen que uno es más débil que ellos y atacan agresivamente si uno no quiere darles más o lo suficientemente rápido. Hay que quedarse muy quietos y retirarse de espaldas, mirándolos. «Al coche», ordena Ludwig a Elliot y Elisabeth. Anna dice: «Y no bajéis las ventanillas».

Arthur le dice a Ludwig, su hijo: «Ahora déjame a mí». Coge la pala y vuelve a echar la tierra en el hoyo alrededor del bulto de las raíces. Ludwig pasa el brazo por encima de los hombros de Anna, su futura esposa, los dos contemplan la vasta y resplandeciente superficie del lago. En casa. «¿Por qué a todo el mundo le gusta mirar el agua?», pregunta Doris. «No sé», dice Anna. Y Doris: «Quizá porque encima de un lago siempre hay un gran cielo vacío, porque a todo el mundo le gusta no ver nada de vez en cuando». «Ya puedes soltarlo», dice Arthur a Doris.

Los eucaliptos secan el suelo hasta muy profundo, les quitan el agua a las otras plantas. Y, después de cada incendio del bosque, son sus semillas las que echan raíces primero y de esa manera quitan el espacio a cualquier otra vegetación. Al perder regularmente sus ramas secas, el eucalipto ahorra agua y propicia los incendios, que, si bien no son favorables para el árbol individual, lo son para la extensión de la especie. Su madera aceitosa hace que sus troncos se incendien más fácilmente que los de otros árboles. Entre los troncos de los bosques crecidos de nuevo, el suelo es árido y la tierra rojiza de los muchos incendios. El susurro de las hojas del eucalipto es más fuerte que el de cualquier otro árbol que Ludwig jamás haya escuchado.

«Cuando el sauce sea grande y con sus ramas haga cosquillas a los peces, tú todavía vendrás aquí de visita para ver a tus primos y primas, y entonces te acordarás de que ayudaste a plantarlo», dice la abuela Hermine a la pequeña Doris. «¿Mis primos o primas?», pregunta Doris. «Nunca se sabe», dice Arthur, y ríe mirando a Anna, su futura nuera. Hermine dice: «Todavía nadan en el caldero de Abraham». «¿Se pueden comer?», pregunta Doris. «No digas tonterías —dice Ludwig, su tío, y añade—: Venga, ayúdame». Ambos pisotean la tierra para que el tronco esté firme. Con un par de zapatos grandes comprados en 1932. Treinta y cinco marcos; y un par de pequeños pies desnudos. Hogar.

Elliot y la pequeña Elisabeth corren delante del oscilante chorro de agua del aspersor, dejan que les salpique, y siguen corriendo. Elliot arranca una hoja de la higuera y

sacude sus gotas de agua hacia Elisabeth. Elisabeth arranca también una hoja para protegerse de su hermano mayor.

Doris coge unas bellotas y las tira al lago. «Mira, peces», y le señala a su tío Ludwig las ondas circulares. «¡Buena pesca!». Al otro lado, en la casa del arquitecto, mañana es la fiesta de cubrir aguas.

Ludwig llama: «¿A qué estáis jugando ahí?». La pequeña Elisabeth le susurra desde detrás de la hoja de higuera: «A la expulsión del Paraíso».

Hermine y Arthur, sus padres.

Él mismo, Ludwig, el primogénito.

Su hermana Elisabeth, que se casó con Ernst.

La hija de ambos, su sobrina Doris.

Luego su mujer Anna.

Y ahora los niños: Elliot y la pequeña Elisabeth, a la que llamaron así por su hermana.

«Doris —dice el abuelo Arthur—, ahora iremos a por agua y regaremos el árbol para que crezca bien».

Ludwig sabe que por las ramas secas que suelen caer, no es del todo seguro tumbarse en un bosque de eucaliptos para descansar. Pero a él le gusta mucho el susurrar de las hojas. En casa le gustaba tocar el piano. En su país él era fabricante de paños, como su padre. Aquí abrió un taller de coches especializado en frenos y embragues. Aquí su jardinero tiene que dejar que un funcionario le meta un lápiz en el cabello rizado. El lápiz no se cae, así que le ponen una «C» en sus papeles, y tiene prohibida la entrada en los parques públicos. Desde que él, Ludwig, está aquí ni siquiera ha rozado un piano. La pequeña Elisabeth toca aquí como tocaba él, toma clases y aprende rápido, como si ya antes de nacer por lo menos hubiese traído de casa lo que podía, lo que no pesaba: la música.

«¿Cómo se llaman las montañas que están en el fondo del mar?», pregunta Doris a su abuelo. «¿Qué montañas?», le responde Arthur. Ludwig dice: «El jardinero de la izquierda le ha hablado de ellas: el monte de los Pepinos, el de Cuerno Negro, y luego Keperling, Hoffte, la Desnuda y Bulzenberg. Y Mindachsberg». «La Desnuda», dice la niña, y se ríe para sus adentros. Elisabeth dice: «Ya me gustaría a mí tener una memoria como la de mi hermano». Al lado se oyen los golpes de los obreros, ya están casi listos con la estructura del tejado. *Heil*. «Quieren hacer un tejado de cañas —dice Arthur, el padre—. Quizá eso también estaría bien para vuestra casa de baño». «Ya

veremos», dice Ludwig.

Su padre y él examinan con los obreros el lugar donde levantarán la casa de baño. A diez metros del agua y que no esté paralela a la orilla, sino un poco en ángulo; se construirá un poco girada hacia el lago, como si éste fuera un escenario. En el terreno del importador de café y té, a la derecha, detrás de la cerca, ya están los muros de ladrillo de la futura planta baja, con huecos cuadrados para las ventanas y un hueco hasta el suelo como salida para la terraza planeada, a través de los cuales se puede ver, dependiendo del ángulo de la mirada, hacia el interior de la casa, o en la dirección opuesta, hacia los árboles y el lago. Ludwig pliega el plano. «Y dentro por lo menos una litera y un lavabo», dice el padre. «Nunca vamos a pasar aquí la noche, padre», dice Ludwig. Arthur responde: «Pero aún así tampoco quita mucho espacio».

Con el plano plegado, Ludwig mata un mosquito que acaba de posarse sobre el brazo de su padre. A la izquierda cesan ahora los golpes, a la derecha el raspar de las paletas de los albañiles sobre los ladrillos desnudos. Fin de la jornada. «Esto es tu herencia», le dice el padre. «Sí —dice Ludwig—, lo sé», y guarda el plano para la casa de baño (largo: 5,50 m, ancho: 3,80 m; material de construcción de los muros: madera; material de construcción del tejado: caña), guarda el plano, con mosquito incluido, en su carpeta. El mosquito será desecado entre papeles, en un armario, y ahí se quedará por tiempo y tiempo, hasta que quizá, quién sabe, se haga fósil.

Ocho caballetes de hierro, encima las planchas, cada una construida con diez tablas. De caballete a caballete cada vez una plancha. La pasarela tiene doce metros, pintada de negro alquitrán para proteger la madera. Anna coge a la pequeña Doris en brazos antes de que entre en la pasarela porque tiene miedo de que se pueda caer al agua. Doris pasa las piernas alrededor del cuerpo de Anna. *Heil*. Elisabeth dice: «Déjala, que no se va a caer».

«Venga, que te llevo a la cama, todavía hay luz, en verano es que es así», y Elliot, que es mayor: «Yo no quiero, vamos, *but only if you carry me, all right*». La pequeña Elisabeth abraza el cuerpo de su madre con las piernas. Anna lleva a la niña, cuerpo contra cuerpo. Lleva a la una y a la otra Elisabeth. Quizá él se quiso casar con Anna tan sólo por cómo echaba su cuerpo hacia delante para sostener el peso de una niña.

Cuando aquí es invierno, allí, en casa, es verano y al revés. En la baraja de cartas de los padres de Ludwig, Arthur y Hermine, siempre hay medio rey en un lado de la línea, y otro medio en la otra. Se podría decir que de manera similar, se refleja él, Ludwig, que, como su padre, era fabricante de paños, y ahora en el ecuador, devuelve desde aquí su imagen de mecánico de coches. De alguna manera, los eucaliptos

susurran, si uno lo quiere así, como en la canción *Cerca del pozo, delante del portal*, y el agua del lago se filtra a través de la tierra y se hace mar. No se llaman aguas subterráneas sin motivo. Pero Elisabeth incluso se parece a Elisabeth.

Doris dice: «Ya se pone el sol». «Cuando seas una mujer mayor —le dice su abuelo Arthur— todavía te sentarás aquí en la orilla para ver cómo se desliza el sol tras el lago». Hogar. «¿Por qué?», pregunta la niña. «Porque a todo el mundo le gusta ver el sol cuanto más tiempo mejor», dice Hermine, la madre de Ludwig, la abuela de Doris.

A veces, con un poco de suerte, se ve un velo de niebla como un mantel sobre la meseta. Un velo de niebla que a la salida del sol se tiñe de rosa pálido. La cubertería la había dejado atrás, en cambio había traído los adornos del árbol de navidad. Doce soportes de aluminio para las velas, bolas de navidad, estrellas de paja, espumillón de plata y la punta de cristal. Comprado en 1928. Catorce marcos, setenta céntimos. «*What are carámbanos?*», le pregunta su pequeña, Elisabeth. En una tarde de invierno que él había pasado en el lago, Anna, su futura mujer, le había enseñado a su sobrina Doris a patinar sobre hielo. «¿Qué es la nieve?», le pregunta su pequeña, Elisabeth.

Hermine y Arthur, sus padres.

Él mismo, Ludwig, el primogénito.

Su hermana Elisabeth, casada con Ernst.

La hija de ambos, su sobrina Doris.

Luego su mujer Anna.

Y ahora los niños: Elliot y la pequeña Elisabeth, llamada así por su hermana.

En marzo del 36, al final del invierno, Ludwig, con su futura esposa Anna, viajaron siguiendo al invierno, a través del estrecho de Gibraltar, a la derecha la costa europea, a la izquierda la costa africana. A través de todo, desde el invierno hacia el invierno. Aquí en invierno no hay nieve, tan sólo lluvia, mucha lluvia, y sin embargo, él tiene más frío aquí que el que nunca ha tenido en casa. En 1937 sus padres los visitan por dos semanas. La madre dice: «Aquí estáis bien» y, vuelve a Alemania. El padre dice: «Pero una pena por tu herencia», y vuelve con la madre. Todavía falta mucho tiempo para que nazcan la pequeña Elisabeth y Elliot, ambos nadan todavía en el caldero de Abraham. Sus padres estuvieron aquí de visita. Arthur y Hermine, de la ciudad alemana de Guben. Estuvieron de visita en casa de su hijo Ludwig, que se exilió a Ciudad del Cabo, y ahora regresan a Guben, a su hogar. Desde el verano hacia el verano, de vuelta a través del estrecho de Gibraltar, a la derecha la costa africana, a la izquierda la europea. Él y su mujer Anna, se quedan todavía un tiempo en el puerto. Él no dice nada, y su mujer tampoco.

Cuando en 1939 Arthur y Hermine finalmente intentan salir del país, venden la propiedad de Ludwig con el embarcadero y la casa de baño por la mitad de su valor al vecino arquitecto. Por el beneficio que obtiene por la compra paga a Hacienda un impuesto por patrimonio, con una desgravación por «desjudiación», del seis por ciento.

El dinero con el que Arthur y Hermine deberán comprar los pasajes a los insistentes ruegos de Ludwig ha de transferirse a una cuenta de ahorro mientras esperan a que les concedan los visados. Por estas fechas se les prohíbe el acceso a los parques públicos. Elliot aprende a bajar los tres escalones hacia el jardín sin tener que agarrarse de la mano de su madre. Ludwig planta con el jardinero, que tiene un cabello tan rizado que un lápiz se sostiene en él sin caer, una higuera y la primera de las tres palmeras de piñas.

Cuando Holanda entra en la guerra, ya han llegado los visados para los padres de Ludwig, pero la transferencia del dinero a la compañía naviera ya no es posible. Ludwig sabe que no es seguro descansar bajo la sombra de un eucalipto. Pero le encanta el sonido. Incluso cuando el jardinero agita la cabeza, tampoco se cae el lápiz. Elliot pronuncia su primera palabra: «*Mum*». Anna está de nuevo embarazada.

Dos meses después de que Arthur y Hermine subieran a un furgón de gas en Kulmhof, cerca de la ciudad de Litzmannstadt, de que a Arthur se le salieran los ojos de sus órbitas mientras se asfixiaba, y de que Hermine en su agonía se cagara a los pies de una mujer que nunca había visto antes, se confiscan sus bienes y los dejados en Alemania por su hijo Ludwig, se anulan todas las cuentas bloqueadas y se subasta el mobiliario de la casa. Todas las pertenencias de Arthur y Hermine, incluidas las ganancias de la venta del terreno del lago con la casa de baño y el muelle construidos pasan a posesión del Reich alemán, representado por el ministro de Finanzas del Reich.

Ciudad Madre se llama la ciudad también, *moederstadt*, *mother city*. Justo antes de Navidad, Ernst, el cuñado de Ludwig, el padre de Doris, cae enfermo de tifus trabajando duramente en la construcción de autopistas y muere a los pocos días. En el Lunes de Pascua también Elisabeth y Doris tienen que ponerse en camino. «Parece que va a ser un viaje corto», le escribe Elisabeth a su hermano, Ludwig, todavía desde el tren. El abrecartas con mango de estaño, comprado en 1927, dos marcos, treinta céntimos. La carta de respuesta de Ludwig desde Ciudad del Cabo hasta Varsovia, seis semanas de ida, seis semanas de vuelta, le será devuelta sin abrir. Tres meses después nacerá la pequeña Elisabeth. En la Ciudad Madre, en el extremo más bello del mundo.

## El jardinero

Cuando se ensancha el terreno, el dueño da orden al jardinero de derribar la valla y de talar los pinos de la parte alta del antiguo terreno vecino. El jardinero astilla la madera y acumula las astillas en el cobertizo de madera. Tala los arbustos en la parte alta y plana del terreno ganado y, entrado el otoño, cava allí hoyos para unos árboles frutales. Cinco manzanos, tres cerezos y tres perales según los deseos del dueño. Excavando se encuentra, después de la fina capa de humus, con la capa de piedras propias de la zona, que rompe a palazos. Por la superficie ondulante de la capa de arena contenedora de aguas freáticas, se puede observar cómo el viento rozaba el lago millares de años atrás; y debajo de la arena finalmente está la arcilla azul, como en toda la región. Cava hasta una profundidad de ochenta centímetros y llena los hoyos con estiércol para que crezcan bien. Desvía algunos tubos de la conducción del riego que había instalado en el terreno original para irrigar los nuevos árboles. El jardinero amontona tierra vegetal y siembra hierba entre los jóvenes árboles. Antes de la primera helada, la hierba empieza a brotar de la tierra pelada.

## La mujer del arquitecto

«¿Conoces éste? El que dice...».

Ella misma tiene que reírse de nuevo, aunque haya contado este chiste tantas veces, se ríe y los demás también se ríen. A ella le gusta mucho reír. Cuando era pequeña a veces se quedaba clavada en la risa, como decía su padre. Clavada en la risa, como si su cuerpo no quisiera dejar que la risa se escapara de ningún modo, y se sacudía solo, sin que ella hiciese nada. Incluso sus hermanas mayores, que tenían que llevarla a ella, la pequeña, a todas partes, se reían cuando ella se ponía bizca y hacía muecas, o cuando les creía cuando le decían que los polvos picapica eran polvos para respirar o que el chili picante era tan sólo pimienta. Ella estornudaba, resoplaba o escupía, y las otras se reían. Ella de mayor quería ser funambulista o domadora, pero nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a su padre, el gran mongol, que en realidad era gran cónsul. Durante toda su vida sólo reír y viajar, mientras sus hermanas engordaban y tenían niños. Ella, en cambio, estaría siempre en una gira infinita. El gran mongol, que era en realidad gran cónsul, cuando ella fue mayor, en lugar de que se balanceara sobre la cuerda floja o amaestrara leones, se declaró favorable a que ella fuera estenotipista. «La estenografía —así le habló el mongol a la domadora—, vale tanto como hablar seis idiomas. Estenografía y saber escribir a máquina se necesita en cualquier lugar del mundo —dijo el gran mongol». Ahora ella estaba sentada junto a su esposo y unos amigos fuera, en la terraza, alrededor de una gran olla en la que flotaban los cangrejos que ella misma había cogido por la tarde en el lago y que luego dejó cocer hasta que se pusieran rojos; en la mano tenía una pinza de cangrejo y seguía riéndose. Así había estado aquí siempre ya antes de la guerra, con su marido y algunos vecinos, o con amigos, y también durante la guerra, hasta bien entrada la noche, en la terraza con vista al lago, y no había cambiado de lugar. Le gustaría quedarse así sentada por toda la eternidad.

Antes de conocer a su marido, para quien después de sus cursos de formación comenzó a estenografiar, nunca habría pensado que una de las mayores aventuras pudiese consistir en ser elegida por alguien para casarse. Por aquel tiempo, su marido todavía estaba casado con su primera mujer. Él tenía, como se dice, mujer y niño. Por primera vez en su vida, las lágrimas ocuparon su cuerpo varias tardes seguidas en vez de la risa. Tres cuartas partes del año pasaron antes de que su jefe le diera el primer beso, otro medio antes de que empezaran a bromear sobre una vida en común, y luego varios meses más hasta que él, tumbado en la hierba junto a ella en una de sus excursiones por los alrededores de Berlín, a la orilla de este ancho y brillante lago, de repente dijera: «Podríamos vivir aquí, ¿no te parece?». Sólo ese día la funambulista comprendió que alguien que tiene muchísimas cosas, entre ellas mujer y niño, tiene primero que dejar la posición sedente, levantarse lentamente y luego ponerse a

caminar, para acelerar tan sólo mucho después, hasta poder saltar, si es que puede hacerlo; y que alguien así, cuando salta, quiere aterrizar en alguna parte y no en ninguna. Sólo el día en el que él le dijo: «Podríamos vivir aquí, ¿no te parece?», mientras ella estaba tumbada boca arriba, viendo los pinos inclinarse ante el cielo azul, tuvo claro que él tan sólo llegaría hasta ella si ella estaba dispuesta a esperarlo en ese preciso pedazo de tierra no muy lejos de Berlín. Y entonces, para su propia sorpresa, la joven estenotipista, a la que hubiera gustado estar de gira durante toda su vida, respondió: «Sí».

Pasó medio año más hasta que él pudo redactar el contrato de compraventa y hacerlo firmar por ella para que en su próximo divorcio no se le concediera la mitad del terreno a la que todavía era su mujer y su hijo. Todo llevó tanto tiempo como había pensado y luego otro tanto, lo que casi se le hacía insoportable y, finalmente, otro tanto más allá de lo insoportable. En la firma del contrato de compraventa estaba tan exhausta que, cuando escuchó la expresión «pedazo de tierra» que su futuro marido utilizó para la parcela, le recordó el invierno berlinés de hacía mucho tiempo, cuando de niña, sin que nadie la viera, saltó encima de la capa de hielo del congelado Spree y justo el pedazo de hielo donde aterrizó se rompió por la vibración y empezó a flotar con la corriente. Tanto la habían agotado el deslizarse y el balancearse, el frío en los zapatos mojados y finalmente el intentar atrapar manos, escaleras y palos tendidos hacia ella, pero sobre todo el miedo de que podría ir flotando hacia las afueras de Berlín antes de que alguien lograra salvarla, que se durmió en los brazos del hombre que la llevó, todavía goteando, a casa de sus padres.

Después de la firma del contrato de compraventa, el arquitecto efectivamente se había divorciado, poco después se había casado con ella y había empezado la construcción de la casa. La risa le volvió y, como si su marido quisiera instalar la risa para siempre en la casa, cumplió cada uno de sus excéntricos deseos: en la barandilla del balcón delante de su habitación hizo poner un pajarito de hierro forjado, escondió su armario con un mecanismo secreto de apertura detrás de una doble puerta, para el teléfono había un pequeño estante en la pared al lado de su cama, la ropa de cama se guardaba detrás de tres tapas integradas, tapizadas con seda rosa, en el revestimiento de madera alrededor de la cama y, a varias ventanas de la casa se les pusieron cristales de colores, las dos sillas de la mesa de comedor llevaron las iniciales de él y ella, y las contraventanas de la planta baja se abrían y cerraban con una manivela escondida en el interior de la casa; cuando alguien pasaba, ella se divertía asustando al paseante con el movimiento silencioso y fantasmal de las contraventanas negras. Como un genio a su servicio hizo surgir para ella una casa como por arte de magia y ella reía. Que no había ninguna habitación prevista para niños era evidente para los dos.

Ella continuó trabajando en el estudio de su marido en Berlín, pero en los fines de semana siempre salían fuera, y como su marido también hacía proyectos para las casas y dirigía las obras para este o aquel vecino que también quería construir junto al lago, pasaban cada vez más y más tiempo en el pedazo de tierra, como su marido todavía lo llamaba, y así su círculo de amistades crecía. Comiendo cangrejos empezaba, una vez él, otra vez ella, a contar alguna historia, y con la práctica que adquirirían les era cada vez más fácil a cada uno añadir de paso una palabra aquí o allá para hacer reír aún más a los invitados, y cada vez coronaban el chiste con más seguridad. «¿No os hemos contado?...». Cómo él, y luego ella, cómo él entonces, y lo que ella, hasta que él, cómo ella se sorprendió, cómo literalmente había pensado que, y luego él, es que desde luego, dice ella y mueve la cabeza silenciosamente para llenar la pausa que ahora se hace casi sistemáticamente. Su marido añade, ella objeta, él completa, pero ella todavía tiene que decir que, y él le da la razón. Justo antes del final del chiste ella ya se ríe, luego finalmente viene la gracia, todos se ríen, se ríen y se ríen, otra cerveza, otra copa de vino, con gusto, para mí no, quizá un vaso de agua. Y así muchas noches el arquitecto y su mujer se entretienen a sí mismos y a sus invitados.

La mujer del arquitecto, que desde su boda sabe que una aventura en el fondo sólo consiste en exponerse a lo desconocido, con su afán innato para el movimiento, se lanza a la vida sedentaria, y el terreno resulta ser un lugar adecuado para tal empeño, sobre todo por estar junto al agua. Sus hermanas, que mientras tanto ambas han sido madres, desde el embarcadero la miran nadar a crol cruzando la línea de los barcos y alejándose aún más, hasta que su gorro de baño se parece a una cabeza de alfiler, mientras ellas permanecen en la orilla chapoteando con sus hijos. A las hermanas les encantan los cangrejos, pero chillan cuando su hermana pequeña agarra a los agitados animales por detrás y sin que le dé asco los echa en la red. Cuando se enreda el columpio de los sobrinos y sobrinas en una rama del gran roble, es ella la que inmediatamente trepa ágilmente agarrándose con manos y pies a las grietas de la corteza, se pone a horcajadas sobre las ramas, arrastrándose hacia delante para luego soltar el nudo de entre el follaje como si nada. Las hermanas y sus hijos duermen hasta que el ama de llaves llama con el gong a desayunar, mientras ella sale a caminar ya antes del desayuno por lo menos durante una hora. A menudo, el picaporte del gran portón de entrada está todavía húmedo de rocío cuando ella sale en las frías mañanas; llega hasta arriba del bosque y luego regresa a casa, con la vista sobre el lago, a través de los campos. Cada verano sus hermanas la visitan con sus retoños por unas semanas en el terreno, se bañan, comen e intercambian recetas, miran a la que no tiene hijos reír, y dejan sus cuerpos derretirse a la sombra durante la siesta, cogen fuerzas, como se suele decir, a pesar de no hacer ningún esfuerzo. A veces no parecen mujeres que descansan, parece como si esperasen algo, y como si esa espera no se les

hiciera nada fácil.

Así pasan los años y son como un año. Ella ya no podría asegurar si la plaga de escarabajos fue en el 37 o un año más tarde, sólo se acuerda hasta el día de hoy de cómo sonó el crujido cuando, en una excursión en bicicleta con su sobrina, aplastaron los escarabajos, que convirtieron el camino de arena en una superficie oscura y pululante, de cómo crujía bajo las ruedas de las bicicletas, eso todavía lo recuerda. Todos los veranos como si hubiera sido uno sólo. Si fue en el 38, en el 39, o quizá sólo en el 40 cuando comenzaron a utilizar el embarcadero vacío del terreno vecino y cuando su marido construyó la casa para guardar la barca, ya no sabría decirlo exactamente. La casa para la barca probablemente tan sólo la construyó cuando les pasó a pertenecer el terreno del vecino pero ¿cuándo fue eso? Verano tras verano nadar, tomar el sol, coger frambuesas en el borde del bosque enfrente de la casa; otoño tras otoño escuchar al jardinero rastrillar el follaje, sentir el olor del mohoso montón al arder; invierno tras invierno dejarse llevar a toda velocidad sobre el hielo en un trineo de vela, y luego con los dedos rojos y congelados recoger la vela y rápidamente volver a casa y calentarse las manos sobre el horno hasta que duelen; Semana Santa tras Semana Santa esconder huevos duros para los sobrinos y sobrinas entre las primeras flores. Como si hubiera sido un sólo año. Hoy puede ser hoy, pero también ayer o hace veinte años, y su risa es su risa de hoy, de ayer y también la de hace veinte años, el tiempo le parece estar a su disposición como una casa en la que puede entrar ahora en una habitación, ahora en otra. «¿Conoces este chiste?». Mientras ella ha reído durante toda su vida, sus cabellos rubios se han vuelto blancos. Hoy o ayer o hace veinte años se sienta con amigos alrededor de una gran cazuela en la que nadan los cangrejos que ha cogido por la tarde con un movimiento seguro por detrás y luego ha cocinado el tiempo necesario hasta que se ponen rojos. Estos cangrejos no son fáciles de comer. Primero se les quita la cabeza y se les chupa el jugo, luego se arrancan las pinzas y con un pequeño pincho se les saca la carne. Sin embargo, lo mejor del cangrejo es la carne de la cola, a la que se llama corazón. Antes de comerla, hay que quitar los intestinos del cangrejo y hacerlos a un lado.

«El sentido del humor es cuando uno ríe a pesar de todo», dice ella en algún atardecer de alguno de los veinte últimos años, mientras chupa la médula de las pinzas del cangrejo; hace un momento les acaba de contar un director de cine amigo lo difícil que era para el departamento de maquilladores maquillar a actores arios como semitas para los papeles del odioso traficante judío Ippmeir y sus compinches. Pero en las grabaciones de pruebas parecían muy auténticos, dice el director y suspira, y su marido dice: «No hay que perder la esperanza», y ella dice: «El sentido del humor es cuando uno ríe a pesar de todo». «El sentido del humor es cuando uno ríe a pesar de todo», dice en cualquier otro atardecer de los últimos veinte años y rompe el caparazón de un cangrejo, mientras su marido cuenta a sus amigos que tiene que

viajar al Oeste para comprar con su propio dinero tornillos para la joven República, porque le pidieron expresamente atenerse a las pautas de producción y terminar para el tercer aniversario del país el edificio que está construyendo. «En todo el Este no hay ni un sólo tornillo, es increíble», dice él, y ella dice: «El humor es cuando uno ríe a pesar de todo». En algún atardecer de los últimos veinte años, le cuenta su marido a uno de los invitados que al final de la guerra los rusos utilizaron el jardín como dehesa de caballos, que todo estaba pisoteado y que él incluso vio llorar al jardinero, todo eso dice, y su mujer no dice nada, se limpia las manos con una servilleta, y el amigo, que tan sólo puede tener en cuenta lo que ha escuchado, se refiere a ello diciendo por su parte, él también: «El humor es cuando uno ríe a pesar de todo», y mientras lo dice coge otro cangrejo de la cacerola. Si no hubiera existido aquella noche, aquella noche en el vestidor especialmente diseñado por su marido para ella, quizá ella todavía creería que su marido, cuando le había pasado el contrato de compra para que lo firmara, le había comprado un pedazo de eternidad, y que esta eternidad no estaba rota por ningún lado.

Todavía hoy, cuando alguien habla de la guerra, ella piensa primero en la guerra que su propio cuerpo, justo entonces, comenzaba a librar contra ella, cuando las primeras bombas caían sobre Alemania. A pesar de que los alimentos se hacían cada vez más escasos, su cuerpo engordó contra toda lógica, mientras otros, que antes habían sido gordos, sus hermanas por ejemplo, por los nervios y por el hambre, primero adelgazaron, luego se quedaron flacos, y luego en los huesos. Cuando el Sexto Ejército capituló en Stalingrado, por esa época ya por la mañana la asaltaban los sofocos, como un bigote de gotitas, el sudor le salió entre labios y nariz. El sudor la avergonzaba, pero todavía más la avergonzaba secárselo. Los rusos marchaban sobre Polonia, por ese entonces se mareaba varias veces al día y se tenía que agarrar a las esquinas de las mesas y a los picaportes de las puertas para no caerse, y finalmente, cuando los aliados tomaron Normandía, incluso el llanto volvió a su cuerpo, lo ocupó y se negó a volver a marcharse, como un viejo acreedor olvidado que quisiera cobrar una deuda de la cual ella no sabía nada. Ella, que siempre había parecido una muchacha, se encontraba ahora todas las mañanas sudada frente al espejo, agarrándose al borde del lavabo para no caerse, secándose las lágrimas y evitando mirarse la cara lechosa y redonda, con la que no compartía ningún recuerdo. Mucho más familiares le resultaban los cristales de colores a la derecha e izquierda del espejo que su marido había colocado tan sólo porque ella lo había deseado.

Había estado tan mal en aquel tiempo que le había tenido que pedir a una de sus sobrinas que viniera para echarle una mano en la casa mientras su marido cerraba el estudio en Berlín, empaquetaba los planos y procuraba encontrar un escondrijo al abrigo del fuego para sus papeles. Qué bueno era tener el aparato de teléfono justo en el hueco encima de la cama, porque la mayoría de los días ella permanecía ahora

acostada. Mientras sostenía el auricular junto a su oreja y a través de su marido se enteraba de quién estaba bajo los escombros, qué casa se había derrumbado y lo estrecho que se estaba en los sótanos, miraba las plumas de colores del pequeño pájaro forjado en su balcón, y detrás del pequeño pájaro el ramaje sin hojas de los árboles, y a través del ramaje de los árboles el brillante lago llamado mar. Justo después de la batalla de Seelower Höhen había enviado a su sobrina al Oeste para protegerla de las hordas eslavas, y ella misma se había encerrado en el armario oculto tras el falso fondo con las últimas provisiones y algo de agua. Y entonces llegaron los rusos.

No quiere pensar la palabra con la que él la llamó, la palabra impensable, con la que él perforó su eternidad para siempre. Su cuerpo, ya estéril en ese entonces, la había atraído violentamente hacia sí porque él conocía la palabra que la derrotaba, y más o menos por lo que dura un parto, su risa, que había estado en su camino tanto tiempo, había quedado sofocada. En esa noche, en el armario secreto que su marido había hecho hacer para ella porque había sido su deseo en ese entonces, en el que todavía era una princesa de circo, ella había, finalmente, cambiado de bando. Solamente después de la caída de la capital del Reich su marido consiguió llegar hasta ella. Se encontró con un jardín pisoteado y con un jardinero que lloraba por tanta destrucción. Su mujer compartió con él la mitad de la hogaza de pan que el ruso le había dejado.

«¿Conoces éste? Un músico está de gira, su mujer, que está casi a finales del embarazo, debe avisarlo cuando haya nacido el bebé. Su palabra clave es: “Melón”. El músico se sienta en el escenario y toca. Una tarde, un colega le susurra desde un lado del escenario: Melón, melón, melón. ¡Dos con rabo y uno sin!». Hay cosas que siempre hacen reír. Este chiste nunca falla, siempre se ríe todo el mundo, siempre ríe el arquitecto, siempre ríe su mujer aunque lo haya contado ella misma, y ríen los invitados. Músico, gira, melones, con y sin. Hace alrededor de quince años, el actor Liedtke, que estaba casado con una diva de opereta y que vivía al final del camino de arena citaba de *La viuda alegre*: «¡Melones, ah, no, perdón, millones!». Músico, gira, melón, con y sin, incluso era un buen chiste durante la guerra, cuando el vecino importador de café y té les contaba que la hija del carnicero acababa de tener gemelos, a pesar de que su marido no había tenido ningún permiso del frente del Este desde hacía más de un año. Músico, gira, melón, con y sin, y cuando la risa se extingue, la mujer del arquitecto le dice hoy al director del Consorcio Estatal de Neumáticos, un amigo de su marido: «O sea, que yo pienso que eso por parte de Hitler era inadmisibile, exigirnos a las mujeres traer al mundo niños para el Estado. No somos máquinas». Y su marido dice: «A su manera mi mujer formó prácticamente parte de la Resistencia». El director del consorcio ríe, y el arquitecto, y también su mujer.

Y mientras tanto, desde hace alrededor de seis años el tiempo se desliza a través del agujero que el ruso hacia el final de la guerra perforó en su eternidad. Es un tiempo difícil, como una parálisis histórica, y es un tiempo tan difícil que incluso para escapar ella tiene que tomarse su tiempo, así que todavía seis años después de la guerra la mujer del arquitecto está sentada en la terraza, frente a una olla llena de rojos cangrejos cocidos, cuenta a sus amigos los chistes que nunca fallan, riéndose ella misma la que más y mira hacia el lago convertido mientras tanto en propiedad del pueblo. El tiempo se escapa como en un reloj de arena mientras la mujer del arquitecto, del brazo de su marido, acompaña a los invitados hasta el porrón y les despide en la oscuridad. Luego, los dos cónyuges regresan a la casa, apilan los platos con los caparazones de los cangrejos y los llevan a la cocina, mientras ella le dice que está cansada, y él le dice que se queda a fumar un cigarrillo fuera, mientras ella sube la escalera, se desviste en su habitación, se pone su bata de seda y va al baño. Los laterales de color en las ventana a la derecha y a la izquierda del espejo son todavía más negros que cualquier otro cristal en la noche. La mujer se sienta en el borde de su cama y se pone aceite de alcanfor en las piernas y crema de menta en el pecho. Cuando, a través de las puertas entornadas del balcón, le dice «buenas noches» a su marido, que abajo, en la terraza, todavía fuma un último cigarrillo, se escapa, mientras cuelga su bata de seda de color crema en su gancho del vestidor, se escapa, mientras se tumba y duerme. Se marcha. Pronto vivirá en un piso de dos habitaciones en Berlín Oeste, y más tarde en una residencia de ancianos cerca de la Estación Zoo. Desde el viaje al Oeste hasta el fin de su vida siempre llevará en su bolso, por si acaso, todo lo que se puede necesitar en tiempos difíciles, o sea, sujetapapeles, gomas, sellos, papel y lápices. Y en su testamento dejará el terreno junto al lago y la casa que para toda eternidad olerá a menta y alcanfor, a sus sobrinas y a las esposas de sus sobrinos aunque esté en un país que ya no puede pisar sin correr el peligro de que la detengan. De ningún modo a un hombre.

## El jardinero

Siguiendo las ideas del propietario, en primavera se construye en el terreno ganado junto a los árboles frutales un colmenar orientado hacia el sur para doce colonias de abejas, tanto para aumentar el rendimiento de los árboles, como para obtener miel. Al lado del cuarto para el servicio de las colmenas hay un cuarto para la centrifugadora, y como el jardinero, que sabe mucho de apicultura, a partir de entonces de todas formas consagra a las abejas todo el tiempo que no trabaja en el jardín, pronto se instala una cama improvisada en el cuarto de la centrifugadora, para luego, con el permiso del dueño de la casa, mudarse del todo allí.

Los trabajadores forzados polacos cuentan en el pueblo que el escarabajo de la patata hace tiempo que atravesó el Oder y que ya está pasando por Polonia. En verano, el jardinero riega dos veces al día el arriate de rosas y los cipreses del camino de arena del lado de la casa, también las rosas en la terraza que da hacia el lago, y los arbustos de forsitias, las lilas y los rododendros que circundan la gran pradera. Una vez pronto por la mañana, y otra al atardecer. Se ha acostumbrado a fumar cigarrillos, para alejar las abejas mediante el humo, cuando se sienta en la entrada de la colmena para descansar. En otoño rastrilla el follaje caído del gran roble y lo quema, corta las ramas secas de los pinos, las sierra y almacena los trozos en el cobertizo para la madera.

## La niña

Ahora ya nadie sabe que ella está ahí. A su alrededor todo está negro, y el centro de este escondrijo es ella. Que no haya ni siquiera una sola grieta a través de la cual pase la luz le debe salvar la vida, pero también por eso ella no se distingue en nada de la oscuridad. Le gustaría poder tener alguna prueba de que ella está ahí, pero nada lo demuestra. Ella, Doris, nacida en Guben, la hija de doce años de Elisabeth y Ernst. ¿A quién pertenecen ahora, en esa oscuridad, sus palabras? Mientras está sentada sobre una caja con sus rodillas apretadas contra el muro moviendo como puede sus piernas, a veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda, para que no se le duerman, pasa el tiempo. Probablemente pasa el tiempo. Tiempo, que probablemente la aleja siempre más de la niña que quizá fue una vez: Doris, nacida en Guben, la hija de doce años de Elisabeth y Ernst. Ya no hay nadie más ahí que pueda decirle si esas palabras vagan perdidas y por azar en este cuarto, o si realmente le pertenecen a ella. El tiempo se interpuso entre ella y sus padres, entre ella y todos los demás seres humanos. El tiempo la arrastró consigo y la encerró en este hueco oscuro. Sólo es de color lo que ella recuerda en medio de esta oscuridad que la rodea, cuyo centro es ella misma. Dentro de su cabeza, olvidada por la luz, tiene recuerdos de colores, recuerdos de alguien que ella fue alguna vez. Que probablemente fue. ¿Quién fue ella? ¿La cabeza, de quién era su cabeza? ¿A quién pertenecen ahora sus recuerdos? ¿Seguía el negro tiempo corriendo incluso cuando tan sólo estaba sentada, seguía el tiempo corriendo y se llevaba consigo a una niña petrificada?

Gurkenberg y Scharzes Horn, Keperling, Hoffte, Nackliger y Bulzenberg. Y Mindachs Berg. Cuando su tío una vez la alzó hasta el bulto del tronco del pino, le pareció como si desde tan alto pudiera realmente ver esas montañas sumergidas en el lago, cuyos nombres le había dicho el jardinero y que ella recordaba hasta hoy. En la parte más alta estaba la torre de la iglesia de la ciudad sumergida, su punta se elevaba y la veleta con el gallo casi llegaba hasta las olas de la superficie. Y abajo, en el fondo, donde el agua era muy tranquila, en las calles y plazas de la ciudad, apretando los ojos, ella podía ver incluso a la gente que se paseaba, estaba sentada o apoyada en algún muro. A través de la superficie del lago veía la multitud silenciosa hundida con su ciudad, que sin necesidad de aire se movía con naturalidad en el agua, de la misma manera en esa vida eterna como antes sobre la tierra. Ella había trepado por el pino, agarrándose al tronco rasposo, y desde allí había visto cómo los peces nadaban en el cielo sumergido encima de la ciudad. Cuando su tío la bajó de nuevo, sus manos estaban pegajosas de la resina. Su tío había cogido arena y le había quitado la resina.

Mientras la niña permanece sentada en su negra recámara y de cuando en cuando

intenta estirarse, chocando su cabeza contra la tapa de su escondite, mientras abre todo lo que puede los ojos sin poder ver, sin embargo, las paredes del escondrijo, mientras la oscuridad es tan profunda que la niña no puede determinar su propio contorno; en su cabeza aparecen recuerdos de días en los que todo lo que veía estaba lleno de colores. Nubes, cielo y hojas, hojas de robles, hojas del sauce que caían como cabellos, tierra negra entre los dedos de los pies, agujas secas de los pinos y hierba, piñas, cortezas rasposas, nubes, cielo y hojas, arena, tierra, agua y las tablas del embarcadero, nubes, cielo y agua brillante en la que se refleja el sol, agua oscura bajo el embarcadero que ella ve a través de las ranuras cuando se tumba boca abajo sobre las tablas calientes para secarse después de nadar. Después de que su tío se fuera, su abuelo la había traído todavía dos veranos más a navegar. Seguro que el pequeño velero del abuelo está todavía en el astillero del pueblo, desde hace cuatro años, en el dique seco. Ahora, sin saber si fuera es de día o de noche, la niña agarra la mano que le tiende su abuelo para que monte en el barco desde el embarcadero, ve cómo el abuelo suelta los nudos que amarran el barco, y cómo tira la cuerda dentro de la barca.

Todas las ventanas de la casa en la calle Nowolipie, donde la niña está escondida, están todavía abiertas de par en par. Hasta hace pocos días todas las habitaciones estaban llenas de gente que quería respirar, pero ahora todo está tranquilo. La gente de las habitaciones ya no está, y tampoco abajo, en la calle, pasa nadie. Nadie tira de ningún carro, ya nadie habla, grita o llora, ni siquiera se oye ya al viento, ninguna ventana golpea, ninguna puerta. Mientras la niña permanece sentada en su negra recámara, moviendo sus rodillas a veces hacia la derecha y a veces hacia la izquierda, mientras más allá de la recámara, en el piso, todo está en silencio y más allá del piso, abajo, en la calle, todo está en silencio y más allá de esta calle todas las otras calles del barrio están completamente en silencio, la niña oye todo lo que hubo una vez: el rumor de las hojas, el murmullo de las olas, la sirena del buque de vapor, el chapoteo de los remos en el agua, los golpes de los obreros de al lado, los tableteos de las velas en los mástiles. Desde el do mayor uno se aleja por el sol mayor, el re mayor, el la mayor, el mi mayor, el si mayor hasta el fa mayor, sostenido tras sostenido. Pero desde el fa hasta el do hay tan sólo un pequeño paso, cuando el camino de teclas blancas y negras parece abarrotado de sostenidos, uno ya ha alcanzado de nuevo la tonalidad más sencilla. Así se lo explicó el tío Ludwig antes de irse a Sudáfrica, y del mismo modo Doris llega ahora con el recuerdo, en este absoluto silencio y vacío, al tiempo en el que todo estaba allí.

Ahora tan sólo hay una pequeña transición ante ella. O bien se morirá de hambre en su escondite, o bien la encontrarán y se la llevarán. Nadie de los que sabían quién era sabe ya que ella está ahí. Eso hace que la transición sea tan leve. Paso a paso, ella ha llegado hasta aquí, casi hasta el final. Lo que significa que el camino tiene que haber

tenido un comienzo, y en ese comienzo ella debe de haber estado tan levemente alejada de la vida como ahora lo está de la muerte. El comienzo debe de haber sido muy parecido a la vida, debe de haber estado en alguna parte en medio de algo y todavía sin saber que era la primera parte de ese camino, que ella sabe ahora adonde conduce. «Cuando el sauce sea grande, y con sus cabellos haga cosquillas a los peces, tú todavía estarás aquí para visitar a tus primos y primas, y entonces te acordarás de que ayudaste a plantarlo». ¿Estaba el mundo entonces intacto? Cuando piensa en su tío Ludwig, siempre lo ve a la orilla del lago con una laya en la mano. Cuando piensa en su prometida, Anna, recuerda que ella siempre le decía: «¡Hazte ligera!», antes de cogerla en brazos. Como si pudiera tan sólo con el pensamiento reducir su peso. Cuando el abuelo, con una mirada a las toallas de su propia fabricación, cerró la casa de baño, dejando la llave en la cerradura para los futuros propietarios, ella había pensado en su barco, que en ese verano por primera vez permanecería en dique seco. En otoño la enviaron a Berlín con una tía para que no tuviera que soportar más las burlas de sus compañeros de colegio sobre su sangre judía. Durante dos años, domingo tras domingo, después de ir a misa en la iglesia de la plaza de Hohenzollern, se había sentado en casa de esta tía al lado de la ventana de la cocina para escribir una carta a sus padres; de lunes a sábado no les escribía para ahorrar sobres y sellos. Para la última comida con sus abuelos, a los que se llevaron de la calle Levetzow, en Berlín-Moabit, la tía había cocinado pimientos rellenos. Para fin de año una amiga le regaló un pequeño cuenco con algodón y lentejas. «Si se mantiene húmedo el algodón, crece un pequeño bosque de las lentejas». Para la colecta de lana en enero dudó si, además del gorro y de la bufanda grande, dar también la pequeña, que se podía enrollar como un turbante y así por lo menos uno tenía las orejas calientes, pero ¿y si alguien se daba cuenta? Mientras el viaje a Brasil se retrasaba, ella iba al colegio con zapatos en lugar de botas con doce grados bajo cero, por si acaso, para prepararse para Polonia, porque allí seguramente hacía más frío que en Berlín. La última carta de su padre la debía quemar, por el peligro de contagio, como escribió su madre. La ley que hubiera autorizado a la niña el viaje a casa por tren para el entierro del padre no se ratificó a tiempo. El lago, junto al que estaba el terreno que una vez había pertenecido a su tío, y en el que ella había pasado todavía dos veranos con sus abuelos después del viaje de su tío, estaba justo a mitad de camino entre Berlín y Guben. ¿Estaba ella, Doris, de doce años, hija de Ernst y de Elisabeth, a esa altura del camino, ya medio alejada de su vida?

Ahora tiene que hacer pis, pero no debe salir de su escondite, eso es lo que le ha dicho su madre antes de ir a trabajar. La madre ya no regresará, porque entre tanto todos se fueron. Todos los que vivían en el piso. Todos los habitantes de los edificios de la calle Nowolipie. Todos los habitantes del barrio donde se encuentra el edificio. Entre tanto, el barrio probablemente había sido cerrado, todo está completamente silencioso. Pero mientras esa frase valga, ella se seguirá llamando Doris, ella todavía

existirá: Doris, la hija de doce años de Ernst y Elisabeth, nacida en Guben. Así que se levanta un poco hasta que choca con su cabeza contra la tapa de su escondite e intenta hacer pis sin que se moje la tabla sobre la que se sienta.

Sienna, Panska y Twarda. Krocgmala, Chlodna, Grzybowska. Ogrodowa, Lezno y Nowolipie, donde ella permanece escondida. Luego Karmelicka, Gesia, Zamenhofa y Mila. ¿Cuándo uno muere con doce años, alcanza también la vejez? Cada vez menos de todo. Cada vez habían tenido que abandonar más equipaje, o se lo habían quitado, como si estuvieran ya demasiado débiles para llevar todo lo que forma parte de la vida, como si alguien quisiera, con ese alivio, llevarlos a la fuerza a la vejez. Dos mantas de lana, ningún edredón, víveres para cinco días, reloj de pulsera, bolso, ningún documento. Así habían entrado su madre y ella en el gueto, e incluso la parte de la ciudad en la que entraron ya había sido «aligerada» de muchas cosas. No había árboles allí, y menos aún un parque, ningún río, ningún coche, ningún tranvía, y quedaban tan pocas calles que se tardaba menos que un padrenuestro en recitarlas. Lo que era ahora el mundo, incluso lo podía abarcar un niño yendo a pie. Y cada vez ese mundo se encogía más, conforme llegaba el fin. Primero vaciaron y clausuraron el pequeño gueto, ahora le tocaba a la parte sur del grande, y seguramente pronto le tocaría a todo lo que faltaba. «No seas tan traviesa», le decía siempre su padre cuando ella se deslizaba por el parquet de la habitación, entonces sólo era una niña que se lo pasaba bien. Pero «traviesa» aquí significa: no salir, no ofrecer su cabeza para que la cuenten, hacerse la muerta en lugar de registrarse para morir, querer sobrevivir sin beber ni comer. Nunca en su vida ha sido tan traviesa como en esta recámara en la que no habla, no canta, no se puede levantar y en la que sentada choca con sus rodillas contra el muro. Ella, Doris, la hija de doce años de Ernst y Elisabeth, nacida en Guben, una niña traviesa, una vieja sorda y ciega cuyos miembros ya no le sirven para moverse.

«En Brasil —le había dicho su padre— necesitarás un sombrero para el sol». «¿Hay también lagos en Brasil?». «¡Claro!». «¿Hay también árboles en Brasil?». «El doble de grandes que aquí». «¿Y nuestro piano?». «Ya no cabe», había dicho su padre, al tiempo que cerraba la puerta del contenedor en el cual estaban su pupitre, sus varias maletas con ropa, su cama con el colchón y todos sus libros. En el almacén de alguna empresa consignataria de Guben seguro que estaba todavía ese contenedor. Pero todo eso fue hace tanto tiempo que su cama, si ella llegase ahora a Brasil, ya le vendría pequeña. Como las camisetas, los calcetines, las faldas y las blusas. El piso de Guben fue vaciado en el contenedor para la mudanza a Brasil, luego la niña fue enviada a Berlín, y la dirección de sus padres, a la cual ella enviaba sus cartas de los domingos, fue cambiando de un miserable suburbio de Guben a otro cada vez más miserable. Pero mientras existía la esperanza de la partida, no les pesaba, a ella y a sus padres, tener que empaquetar sus pertenencias para el viaje a Brasil y quitar el suelo a sus

recuerdos. Cuando a su padre lo enviaron a trabajos forzados en la construcción de autopistas, el frigorífico apto para los trópicos seguía en el contenedor y éste en el almacén de la empresa de mudanzas. Sólo con la muerte del padre quedó en evidencia que el almacenamiento de su vida diaria de Guben, en la oscuridad, en realidad había sido un anticipo de su propio almacenamiento y que ambas cosas eran algo definitivo.

El único lugar que desde entonces no habrá cambiado, y del cual la niña incluso aquí, en su hueco oscuro, podría decir cómo es ahora, es el terreno del tío Ludwig. Quizá por eso de lo que mejor se acuerde sea de los pocos fines de semana y de los dos veranos que pasó allí. En el terreno del tío Ludwig puede todavía ir desde un árbol a otro, esconderse tras los arbustos, mirar al lago y saber que el lago todavía está allí. Y en tanto ella siga conociendo algo en ese mundo, todavía no estará en lo desconocido.

De hecho, se empezó a proceder con la subasta unas semanas antes, justo el día de junio en que su madre había ido a la calle Gesia para vender unos relojes en el mercado negro, mientras ella descubría en la calle Karmelicka en un puesto de anticuario el libro cuya lectura su madre le había prohibido tanto tiempo, una novela titulada *San Gunther o sin patria*. Justo ese día en que ella ojeaba el libro en la calle Karmelicka, defendiendo a duras penas su lugar entre la gente, contenta tan sólo porque el propietario del puesto no tuviera fuerzas para impedirle leerlo sin pagar, justo ese día habían comenzado Carl Pflüger y su ayudante, el comisario Pauschel, a preparar la subasta, sacando en el orden inverso todas las pertenencias de la casa de Guben que sus padres habían introducido en los contenedores dos años antes para el viaje a Brasil. Justo en ese día en el que tanto rato estuvo en la calle Karmelicka y leía aquel libro en el puesto del anticuario porque no tenía dinero para comprarlo y porque mientras leía no pensaba en pimientos rellenos o en tortitas con compota de manzana o tan sólo simplemente en una rebanada de pan con mantequilla y sal. Justo en ese día de junio, alrededor de dos meses después de que llegase a Varsovia, fue adjudicada, sin que lo supiera, su cama de niña, con el número de subasta 48, por veinte marcos, a la señora Warnitscheck, residente en la calle Neustädter 17; su jarra de cacao con el número de subasta 119, al señor Schulz, residente en la calle Alte Post 42, apenas unas casas más allá de donde ella había vivido; y el acordeón de su padre, con el número de subasta 133, por treinta y seis marcos al señor Moosmann, residente en la calle Salzmarkt 6. Por la tarde de ese día, en el que ella poco antes de la hora del toque de queda regresó a su alojamiento, en esa tarde de uno de los días más largos de 1942, en la que soplaban un ligero y veraniego viento que levantaba los periódicos que cubrían los cuerpos de los muertos y revelaba el olor a putrefacción, en esa clara tarde, en la que ella volvía en zigzag, como se había acostumbrado a hacer, para no tropezar con los cadáveres, en la tarde de ese día en la que como en todas las otras tardes los lloros de los niños sin padres se elevaban en los pasillos, en

esa tarde de lunes, en la que su madre le sirvió unas patatas que había cambiado por su reloj de pulsera, probablemente las últimas que ella comería en su vida, en esa tarde ya estaban las sábanas de Ernst, Elisabeth y Doris, vendidas por pares a unos precios que iban entre ocho marcos con cuarenta céntimos y ocho marcos con setenta céntimos, con los números de subasta desde el 177 al 185, alisadas en los armarios de las familias Wittger, Schulz, Müller, Seiler, Langmann, Brühl, Klemker, Fröhlich y Wulf.

Tan oscuro como es aquí ahora, seguramente lo era también bajo la barca que zozobró a pocos metros de la orilla cuando el chico del pueblo la quería llevar al embarcadero. Antes de que el chico regresara al pueblo, la niña le había enseñado los arbustos de frambuesas arriba, en el camino de arena. A cambio, más tarde, el chico le había enseñado a nadar. Muy cerca de la orilla, donde el agua era tan poco profunda que ella, al nadar, rozaba con los pies en el fondo, había sentido por primera vez que el agua la llevaba. En ese verano también la vecina le había enseñado a coger los cangrejos. Pero ¿realmente existían los cangrejos, el lago, la barca y los arbustos de moras? ¿Existía incluso aquel chico cuando ella no lo veía? ¿Existía además de ella alguien en el mundo? Ahora se da cuenta de algo que no había considerado durante todo ese tiempo: cuando ya nadie más sepa que ella está ahí, cuando ella ya no esté, ¿quién sabrá entonces del mundo?

No se había dado cuenta de que el suelo de la vieja casa en la que se esconde no es totalmente plano, y como está tan oscuro que no puede ver, tampoco puede ver cómo el reguero de pipí se desliza bajo la puerta de su escondite hacia la cocina abandonada de un piso abandonado de la abandonada calle Nowolipie en Varsovia. Cuando el Comando de Confiscación de Bienes, bajo la dirección de un soldado alemán, entró en el piso, el reguero había formado un pequeño lago en el suelo de la cocina.

Por última vez debe recorrer ahora la calle Zamenhofa, hacia el norte, con el sol en la espalda. Junto a ella van otros que no conoce. Ahora ya se acabaron las felices casualidades, ahora van finalmente y para siempre a casa. En las calles vacías, que el grupo cruza manzana a manzana, se ven en el pavimento, a la sombra de las casas, las destrozadas mesas y camas de quienes ya han hecho este camino antes que ellos. Dado que el gueto nunca había sido grande, la niña sabe muy bien que lo deja atrás. Enumerar los nombres de las pocas calles dura menos que un padrenuestro.

Una vez Schmeling había recorrido a pie, con un tronco encima de los hombros, todo el camino desde su casa de verano en el balneario vecino hasta la pradera de los bañistas en el pueblo. Así entrenaba los músculos de sus brazos, le había dicho el chico. Ella le había respondido que no se lo creía y el chico había dicho que sí, que él

mismo había estado allí cuando Schmeling llegó. En la pradera, Schmeling había dejado caer el tronco como si fuera de papel, se había estirado, luego se había tirado al agua y había nadado lejos hasta perderse de vista. Uno del pueblo había exclamado: «¡Por Dios, que nuestro Schmeling se nos va a ahogar!». El chico entonces se lo había creído y había pedido a otro que nadase detrás del boxeador para salvarlo. Y eso que había sido un chiste.

De las ciento veinte personas que había en el vagón se asfixiaron alrededor de treinta durante el viaje de dos horas. Como ella no tiene padres, se la considera, como a algunos ancianos que ya no se pueden mover, y a otros que durante el viaje han perdido la razón, un obstáculo para un transporte sin dificultades y por eso inmediatamente después de la llegada será echada a un lado, junto a un montón de ropa alto como una montaña. Le viene a la mente la montaña Desnuda y se acuerda entonces de su propia risa al oír los extraños nombres de las montañas submarinas de los labios del jardinero. Durante dos minutos se arquea sobre ella un cielo blanco y ligeramente nublado, como el que se ponía sobre el lago justo antes de que comenzase a llover. Durante dos minutos respira de nuevo el olor de los pinos que tan bien conoce, sólo que el montón es tan alto que no puede verlos. Entonces, ¿ha llegado a casa de verdad? Durante dos minutos siente la arena bajo sus zapatos, incluso algunas pequeñas piedras de pedernal y guijarros de cuarzo o granito, antes de que se quite los zapatos para siempre y se ponga sobre el tablón para que le disparen.

Nada más hermoso que bucear con los ojos abiertos. Bucear hasta las piernas sumergidas de mamá y de papá, que acaban de nadar y ahora están caminando por el agua poco profunda hacia la orilla. Nada más hermoso que hacerles cosquillas y escuchar, a través del agua que amortigua el sonido, cómo chillan para hacer reír a su hija.

Durante tres años la niña había aprendido a tocar el piano, pero ahora, mientras su cuerpo muerto rueda hacia abajo, en la fosa, los hombres borran la palabra «piano». Ahora borran la voltereta hacia atrás en la barra fija, que la niña hacía mejor que todas sus compañeras de colegio, y también todos los movimientos que hace un nadador, el coger cangrejos quedará borrado, tanto como el aprendizaje de los nudos marinos. Todo será borrado como si nunca hubiera sido inventado, y finalmente, muy al final, también el nombre mismo de la niña, por el cual nunca nadie más la llamará: Doris.

## El jardinero

En invierno, el jardinero sube a la casa las astillas secas almacenadas de los años anteriores con la carretilla y enciende la estufa para la dueña y su sobrina.

Poda los manzanos y los perales. En primavera ayuda a la dueña de la casa a bajar las cajas en las que ella ha guardado las cosas de valor para salvarlas de los rusos. Trae remos y bicheros, cuando ella quiere salir con la barca para hundir las cajas en la parte poco profunda, frente a la montaña Desnuda. Cuando llegan los rusos, utilizan el jardín para guardar doscientos caballos, unos setenta en la pequeña pradera de delante de la casa, y unos ciento treinta en la grande, a la derecha del camino que conduce hacia el lago. Los caballos levantan con sus cascos la hierba que se está deshelando y que en un día se ha convertido en un lodazal; y comen lo que a su alrededor se les ofrece: las frescas hojas y flores de las forsitias, los jóvenes brotes de los pequeños abetos, las yemas de las avellanas y las lilas. Los rusos confiscan toda la provisión de miel. Por este tiempo el escarabajo de la patata, en dirección contraria al avance de los soldados del Ejército Rojo, ya llegó a la Unión Soviética y se lanza a devorar los campos de patatas que han sobrevivido a los alemanes.

## El soldado rojo

Por la noche trajeron otros doce caballos. Así que ahora hay más de doscientos en el jardín, resoplando y levantando la tierra. El joven soldado rojo camina entre ellos como si se tratara de un establo cuyo tejado fuera el cielo sin luna. El olor a animal delimita el jardín contra la noche mejor de lo que lo harían unos muros o un portón. Negros los árboles, negros los arbustos, negra la hierba pisoteada por los cascos de los caballos, negros los cuerpos de los animales que son tan familiares para el joven que podría incluso ir a tientas de caballo en caballo hasta la casa. El joven ha ordenado a la tropa que se ponga de nuevo en movimiento para descubrir si hay ganado escondido por los alrededores. La casa huele a los excrementos de sus camaradas. Cuanto más rica sea la casa en la que acampan, más se cagan en ella, como si de esa manera se corrigiera algún desequilibrio. Animándose mutuamente, sus camaradas se han cagado en el brillante suelo de piedra, han meado en la puerta pintada y vomitado detrás de la estufa. Por eso él se ha instalado en una habitación pequeña con balcón en la parte de arriba de la casa. Él, por su parte, mea desde el balcón hacia abajo y caga en el jardín, pero tan sólo porque estas cosas las hace mejor a solas. Tan sólo últimamente, desde que se han internado en territorio alemán, ha llegado la rabia de los soldados hasta ese grado en el que la guerra se hace desde el interior de los cuerpos. En cuantas más casas alemanas entraban, con más dolor se preguntaban por qué los alemanes no podían haberse quedado allí donde no les faltaba de nada, donde no les faltaba ni la más mínima cosa.

El joven soldado rojo se ha mantenido apartado de muchas de las cosas que hacen los soldados mayores, a excepción de la lucha. Por eso, aunque su piel todavía tenga el suave vello de la infancia, ya tiene el grado de «mayor». Se alistó voluntario con quince años, después de que su madre, su padre y sus hermanas fueran asesinados por los alemanes. Encontró primero a su hermana pequeña, de tan sólo cuatro años de edad, cuando él regresó de la dehesa a la casa de sus padres. Flotaba en la fuente, boca arriba. Todavía la noche anterior habían dormido en la misma cama, respirado juntos. Desde aquello él siempre estuvo en la primera línea del frente, y en algún momento había pasado de ser un resistente a un atacante, y de un defensor de su país a alguien que hacía estragos en el extranjero, que si las cosas hubieran sido distintas, nunca habría pisado. Como una hierba, que se arranca y vuela por el aire, lo empujaba una fuerza que residía más allá de él, más allá de su cuerpo casi todavía de niño, y que hacía que él marchara, luchara y conquistara, para empujar a los alemanes siempre más lejos en el mapa, empujarlos fuera de su país, a través de Suiza, Francia o Italia, siempre más lejos, hasta el Mediterráneo o el Atlántico, y hundirlos allí en las profundidades, cada vez más, hasta que el movimiento de los enemigos y el suyo propio se ahogasen en el mismo silencio. Su hermana pequeña probablemente había

salido de la casa corriendo y allí había sido atrapada por los alemanes. Su padre, su madre y su hermana mayor habían sido quemados en la casa. Las manos, los pechos y los ojos de su madre habían sido quemados en su casa.

Alrededor de la cama en la que ahora duerme, la pared está revestida hasta media altura de seda rosa. Esa seda disimula grandes cajones integrados en el muro que se abren con una llave especial donde está la ropa de cama en la que él duerme desde hace ya unos días. La ropa de cama huele a menta y a alcanfor, así como la bata de color crema que encontró en un armario enfrente de la cama. Este armario está flanqueado a la derecha y a la izquierda por columnas de madera, encastrado en la pared como una puerta y con un pomo de latón para abrirlo; en la cara interior de la puerta del armario hay un espejo de cuerpo entero. Al entrar en la habitación, el joven soldado rojo había abierto la puerta para ver lo que había detrás, había visto la bata allí colgada y, sin saber por qué, la había cogido y la había olido, menta y alcanfor, y mientras tanto el espejo había reflejado mudo su imagen, desde sus cortos cabellos rusos hasta las ahora tan finas suelas de sus botas, con las cuales había marchado desde su país hasta aquí, su entera imagen en un espejo alemán. Luego el joven había vuelto a cerrar la puerta. A veces, desde entonces, cuando por la tarde está a solas en la habitación, se dirige al armario, lo abre sin saber por qué, hunde su rostro durante un rato en la bata de color crema sin prestar atención al espejo, luego vuelve a cerrar la puerta y se tumba en la cama. También esa noche mete su mano en la tela lisa y brillante, la acerca a su cara, la roza entre sus dedos, frota una cara interior áspera contra la otra, respira menta y alcanfor, antes de cerrar el armario y tumbarse en la cama. A su alrededor, las paredes recubiertas de seda rosa, la puerta del balcón abierta hacia la oscuridad, y abajo en el jardín los caballos relinchan suavemente, y escarban y resoplan en el gigantesco establo amortiguado que llega hasta las estrellas.

Y luego hay otro ruido esa noche, un crujido como el de las martas que tienen sus nidos en el desván. Había capturado una el día anterior, la piel cuelga ahora de la barandilla del pequeño balcón. De nuevo algo cruje detrás de la pared en la que se encuentra el armario. El joven soldado rojo se levanta rápidamente, antes de poder pensar siquiera que, si las cosas son como deben ser, no puede haber ninguna marta en una pared. Abre la puerta, y enseguida se hace el silencio detrás de la pared de la que cuelga la bata. Tan sólo ahora retrocede y observa el armario de arriba a bajo, observa las columnas de madera que lo flanquean y sólo entonces ve que éstas no reposan en el suelo, se arrodilla y ve en los pocos milímetros de espacio que separan las columnas del suelo, la pequeña curva externa de unas ruedecitas escondidas casi totalmente en el interior de la columna. Y sólo ahora ve en el suave suelo de corcho justo delante del armario las marcas de un pequeño semicírculo, aunque la puerta con el espejo siempre se movía muy fácilmente. En las restantes fracciones del segundo en las que piensa y comprende todo esto, también piensa y comprende que al otro

lado del armario alguien que está respirando ya sabe lo que él está pensando y ese alguien tan sólo espera el final de ese segundo tan largo.

Coge su revólver, cierra suavemente la puerta del espejo y tira de repente con fuerza del pomo de metal sin girarlo. Como esperaba, se suelta una de las columnas de madera de la pared y también con un suave chirrido se abre un panel, como si el joven hubiera abierto una gran página de un libro de madera. El joven mira en el hasta ahora oculto y profundo armario, ve chaquetas, vestidos, abrigos, faldas y blusas que apretadamente cuelgan unos junto a otros, y encima, en estantes, ve jerséis, pañuelos y sombreros. El perchero y los estantes se pierden en la oscuridad a la derecha de la puerta. De ahí viene el crujido, pero el joven soldado rojo no puede ver nada. Tan sólo un vivo olor a orina y a excrementos le golpea en la nariz, y ve bajo la ropa un orinal lleno de inmundicia. Unos se cagan de miedo, otros porque no salen de sus escondites, y otros por rabia, piensa, y todo eso junto se llama «la guerra». Quizá antes los alemanes hayan ocultado demasiado, piensa, ahora que se encuentra en el armario secreto, incluso las sábanas estaban escondidas en el muro y las calefacciones tras rejillas de madera. Y no porque se hubieran imaginado que la guerra se volvería contra ellos, tan sólo lo habían hecho para ocultarlo a su propia vista. Ahora será por fin todo sacado a la luz: vestidos, joyas, bicicletas, ganado, caballos y mujeres. Ahora todos lo ven, y ellos mismos tienen que verlo. Ahora todo será arrastrado hacia la luz y utilizado. El que vive ya no se lava, y el que fue enterrado se pudre y también comienza a apestar.

El joven soldado rojo se abre paso en la oscuridad apuntando con su revólver hacia dentro, entre la ropa, hasta que choca contra un cuerpo que calladamente opone resistencia cuando lo agarra. Antes de la guerra, el soldado rojo era todavía un niño, y durante la guerra nunca se ha interesado por las mujeres, pero aquí, mientras vuelve a enfundar su revólver para poder agarrar con las dos manos lo que se retuerce, está tan ocupado en agarrar y sostener, y se ve obligado a acercarse tanto que, antes de que pueda pensar lo que hace, toca en la oscuridad los pechos de una mujer que todavía se defiende, y por eso él se tiene que acercar aún más, y entonces siente el pelo de ella sobre su propia cara, y finalmente, cuando la acorralla junto a la esquina más profunda, y ella le muerde el brazo, y él le retuerce los brazos a la espalda, le roza el olor a alcanfor y menta, ese olor a enfermedad que se cura en la cama, ese olor a madurez y a paz.

Entonces, él se tranquiliza, y con calma comienza a besar los labios que no puede ver. Él, que todavía no ha besado a nadie en la boca, besa esa boca que con toda probabilidad es una boca alemana, llena y quizá un poco marchita. Pero eso él no lo puede valorar porque hasta ahora no ha besado a nadie en la boca; luego le deja los

brazos libres y acaricia la cabeza de la mujer, ella ya no se defiende, pero él oye que comienza a llorar. La acaricia como para consolarla, y ya no sabe qué más hacer a pesar de que él había visto a menudo lo que sus hombres hacían en situaciones parecidas. «Mamá», dice, sin saber lo que dice, está tan oscuro que ni siquiera se pueden ver las propias palabras. Entonces, ella lo empuja, él tropieza, cae, ella le da una patada, él intenta agarrarla de nuevo, le agarra su rodilla y ella se queda quieta; se levanta lentamente el vestido, él apoya su frente en su vientre, bajo el vestido ella parece no llevar nada más, él aspira profundamente el olor a vida que emana del rizado pelo. Ella dice una palabra o dos, pero tampoco sus palabras se pueden ver en el oscuro escondite. Quizá la guerra sólo consista en la confusión de los frentes, porque ahora que ella le empuja la cabeza entre sus piernas, quizá tan sólo lo haga porque ella sabe que el soldado tiene un arma y que es mejor no resistirse. Ella toma la iniciativa. Quizá la guerra consista en eso, en que uno, por miedo al otro, tome la iniciativa, y luego al revés, y siempre así. Y cuando ahora el joven soldado, quizá tan sólo por miedo a la mujer, empuja su lengua a través de su vello rizado y le sabe a metal, se derrama, primero suavemente, luego más fuerte, un caliente chorro sobre su cara, la mujer le orina en la cara. Como sus hombres han orinado sobre la puerta pintada de la entrada de la casa, le orina ella a él. Así que sí hace la guerra, o es el amor, el soldado no sabe, ambos se parecen tanto. Ahora que le tocaría a él hacer algo, todavía está de rodillas y en medio de toda esa humedad corren lágrimas sobre su rostro que tienen la misma temperatura que el gran río que lo inunda y con el que las lágrimas se mezclan ahí, en el interior de un armario alemán. En lugar de tomar la iniciativa ahora, él permanece arrodillado a los pies de la mujer y solloza, pero quizá es su debilidad la que desarma a la mujer mucho mejor que lo que hubiera logrado la violencia, porque ahora ella lo levanta, le seca la cara con una de las prendas que cuelgan a su alrededor y le habla suavemente. Un poco más y ella lo hubiera empujado fuera del armario con un cachete en el culo como una madre que despide a su hijo al mandarlo a la escuela.

Allí, donde era su casa, no había nada de eso. Es como si su infancia y su país hubieran cesado al mismo tiempo. Allí donde estaba su patria, las niñas llevaban en el camino a la escuela dos trenzas o coletas recogidas con cintas de seda roja y una pañoleta. Al caminar llevaban la cabeza erguida de una manera que él no ha visto en ninguna mujer alemana, como si nada pudiera inclinársela. En las tardes de verano paseaban con sus cabezas así erguidas hasta las lindes del campo, siempre dos o tres, tomadas del brazo. Conversaban y reían cuando veían a los chicos apoyados en el tilo, se reían y pasaban de largo, y las golondrinas volaban, y los chicos estaban sentados o de pie alrededor del tilo y a veces, pero era raro, lograban entablar conversación con las chicas cuando ellas regresaban por el camino hacia casa. Tan sólo una vez una chica había aceptado la invitación de los chicos y se había sentado en el banco que estaba bajo el tilo; los chicos entonces se levantaron todos de golpe,

larguiruchos y aniñados, y se habían estado empujando los unos a los otros mientras la chica había estado allí unos cinco minutos, bromeando con ellos. Mujeres que se ofrecían abiertamente en la calle o en sus propias casas, como aquí en Alemania, no las había visto nunca en su país, ni tampoco fotografías ni periódicos indecentes. Dos o tres ciudades antes, en un estudio de fotografía alemán con las ventanas destrozadas y las paredes bombardeadas, que sus hombres saqueaban, su mirada había recaído en un fotografía doblada que estaba en el suelo en la que una mujer desnuda amenazaba a otra, también desnuda, con un látigo. Esta foto estaba tan lejos de los mosaicos que adornaban el ayuntamiento de la ciudad que estaba cerca de su pueblo, como lo estaba Rusia de Alemania. En los mosaicos se veían mujeres con gavillas en los brazos, chicas estudiantes que sostenían tubos de ensayo en las manos, y madres con niños en las caderas. Mirar cómo una chica se soltaba la coleta para bañarse y ver cómo caía su pelo hubiera sido más que suficiente para enamorarse en el lugar del que venía. En cambio, las mujeres con el látigo se asociaban para él al estudio de fotografía en ruinas y saqueado, como si se encontraran encima de capas y capas de cosas pisoteadas, rotas, desgastadas y se golpearan con el látigo, para con la última alegría malsana pegar fuego a todo. Sus hombres habían cogido esa foto y otras similares, y las llevaban ahora en las chaquetas de sus uniformes, junto con las fotos de sus mujeres y de sus hijos. En la escuela había aprendido que en la Unión Soviética se había sembrado la semilla para la futura felicidad de la humanidad. Pero ahora, en su viaje a través de Alemania, que era la guerra, los soldados soviéticos se veían atrapados por un pasado sucio, que hasta entonces ignoraban, y que los lanzaba a lo desconocido. Y eso que había que tener en cuenta que Polonia prácticamente había desaparecido desde el comienzo de la guerra. También la frontera entre Rusia y Alemania.

En medio del silencio, la mujer embiste otra vez, le agarra la cintura, «no seas tan soñador», le había dicho siempre su madre, le agarra su polla a través del pantalón y empuja al joven al suelo, ella es mucho más fuerte que él, ahora se echa sobre él, aquí no hay donde refugiarse, esa yegua lo quiere cubrir, con manos expertas le arranca los pantalones, se ensarta en él, lo cabalga, le agarra del cuello y lo estrangula, susurrando imprecaciones, él ya no se defiende, le clava su agujón en su carne, puesto que ella lo quiere, ella le tapa la boca y le escupe en la cara, se frota contra él, él la empuja, ella se arranca la blusa, le golpea con sus pechos en la cara, y él se oye a sí mismo gemir y decir «No» en ruso, y ella dice «Sí», entonces él pica a la yegua hasta la extenuación, la victoria se pelea con la derrota, y la derrota con la victoria, y sudor, y fluidos entre los pueblos, y salpicar, salpicar, hasta que toda la vida sale a chorros, el grito final en todas las lenguas es el mismo. Ahora finalmente se ha vencido a la muerte, la juventud, la vejez. Ahora lo que era y lo que será se puede olvidar tranquilamente. Ahora ya no hay nada más, nada, respiraciones cansadas que vagan entre las bocas, un resto de algo, flácido como el vestido de verano sobre las

cabezas del soldado rojo y de esa mujer, a la que no se puede distinguir en la oscuridad. En el último verano, cuando ella llevaba éste u otro de los vestidos, todavía había paz.

En realidad sólo abrió un armario.

Ahora lo vuelve a cerrar.

Fuera se oye a sus hombres, acaban de regresar de su expedición. Los oye llamarse y hablar en el jardín, junto a los caballos. Luego los gritos y el hablar penetran en la casa, lo llaman, él dice: «Voy». Baja la escalera, ve a sus hombres estirándose en el banco, hay arenques sobre papel parafinado en la larga mesa, también pan, otro está colocando también una botella de vodka. «Ya no hay más caballos», dicen ellos, tan sólo algunos uniformes alemanes mal escondidos entre los matorrales. Dicen: «Los alemanes están ya muy lejos». Uno se está probando uno de los abrigo alemanes. «No está mal», dice. En el suelo está su abrigo soviético, ya tan desgastado. «También hay otro para mí», dice otro, y comienza a desvestirse. «Dormiré abajo», dice el joven mayor. «¿Tuviste miedo solo?», dice uno de los soldados veteranos riéndose y grita: «Venga, traedle el colchón del banco». Otros dos cogen un colchón del gancho de latón del que cuelga y gritan al ver la pared de atrás revestida de cuero. «Ahí están mis nuevas botas», grita uno de los dos, y toma un cuchillo. «Un momento —dice el joven mayor—, las botas son para mí». Echa a un lado la mesa, le tira al que lleva el abrigo alemán el colchón, al otro le quita el cuchillo de la mano, éste dice: «Siempre los más débiles son los perjudicados», y sonríe, porque es mucho más grande y fuerte que el mayor y cualquiera lo puede ver, y los otros también sonríen, mientras él se arrodilla ahora sobre el banco para poder cortar mejor. Hay dos colchones más que él les tira a los otros, corta el cuero cuadrado a cuadrado, doce cortes fuertes, corta con decisión pero sin codicia, como si se tratara de una operación necesaria para salvar a un herido. Dos hombres entretanto comienzan a pelearse por el último abrigo alemán. Otro eructa. Otro se tumba sobre el banco junto a la estufa y dice: «Casi como en casa». Fuera pronto será de día, pero a través de los cristales de colores de las ventanas, en esta casa el amanecer es verde. «Dormid dos horas —dice el mayor—, luego preparad los caballos y a mediodía seguimos». Coloca los cuadrados de cuero uno sobre otro, los enrolla, se tiende a dormir sobre el colchón, y se los coloca bajo la cabeza como si fueran una almohada.

Por la mañana, cuando los demás ya están sacando los caballos del jardín hacia el camino, toma medio pan y sube una última vez a la habitación. Allí coge la piel de marta que cuelga de la barandilla del balcón, se la echa al hombro, va hacia el armario, tira con fuerza de la falsa columna y abre el panel. Sin mirar, lanza el pan hacia la oscuridad, cierra de nuevo el armario y abandona la habitación. Con la piel colgando de su hombro y las tiras de cuero en el bolsillo de su abrigo parece un cazador. En casa, en su pueblo, había uno que se había acostumbrado tanto a la vida

en el bosque, que sólo regresaba a lugares habitados para vender o cambiar sus presas por armas o municiones. A veces no aparecía durante mucho tiempo por el pueblo y luego de pronto volvía, así que no se sabía nunca si había muerto o no. Ahora el pueblo ya no existía, pero probablemente el cazador vagaba todavía por los bosques. O se había tumbado hacía tiempo junto a los animales y había muerto, convirtiéndose finalmente en su propia presa.

## El jardinero

Cuando los rusos se han marchado, el jardinero poda las matas y los arbustos para que broten quizá una segunda vez. Ara la tierra de la pequeña y de la gran pradera y planta en ellas patatas a una distancia de cuarenta centímetros. Las plantas de la patata necesitan mucha agua. El jardinero le trae a la dueña remos y bicheros, y la ayuda a sacar las cajas hundidas en el bajío del Nackligen y a traerlas a casa. Vacía la miel de los panales, por la tarde se sienta junto a las colmenas y fuma un cigarrillo. Al caer la noche se duerme en su cama, junto al extractor de miel. Cuando las plantas de la patata tienen entre quince y veinte centímetros, las aporca. Impregna el embarcadero con alquitrán y reemplaza los tablones podridos. Poda el sauce que crece junto a la orilla y cuyas ramas ya caen tanto sobre la pasarela que estorban cuando uno quiere pasar. Coloca nuevos panales en las colmenas. Escarda las malas hierbas entre las rosas y en los arriates de delante de la casa. Riega los arbustos, las patatas y las flores dos veces al día, una vez por la mañana y otra al atardecer. Cuando las hojas de las patatas comienzan a morir, es el tiempo de la cosecha y almacena los tubérculos en el frío y oscuro sótano. En otoño rastrilla el follaje, lo quema, cubre los arriates de flores con ramas de abeto para proteger las plantas de las heladas. Al final del otoño vacía las tuberías de agua de la casa, corta la llave de paso principal y cierra todas las contraventanas, también las de la casa de baño. Coge el calefactor eléctrico del sótano y se lo coloca junto a él al lado del extractor de miel. En invierno poda manzanos y perales. Calienta la casa antes de que el arquitecto y su esposa vayan de visita, y abre la llave del agua por el tiempo que ellos se queden.

En primavera ayuda al dueño de la casa a colocar un cercado delante de la casa que rodee el arriate de flores con el ciprés y la entrada al garaje, pero sobre todo el portón, para evitar visitas no deseadas. El jardinero recorta los matorrales, siembra de nuevo hierba sobre los dos campos de patatas, ayuda en el vaciado de la fosa, escarda la maleza, riega la tierra calva en la pequeña y en la gran pradera hasta que la hierba comienza a brotar, recoge cerezas, recoge manzanas y peras, las almacena en el sótano de la casa, rastrilla hojas, las quema, sierra ramas secas, astilla la leña, coge el calefactor eléctrico del sótano y lo coloca junto a él, al lado del extractor de miel, durante el invierno coloca trampas para las martas en el desván. Calienta la casa antes de que vayan a ir el arquitecto y su esposa. Poda manzanos y perales. Descubre los arriates en primavera, recorta los arbustos, rastrilla la maleza, cambia los panales, en verano coloca dos veces al día los aspersores y corta las cerezas. En otoño recoge leña y hace fuego en la boca de las toperas para que salgan los topos. Al comienzo del invierno vacía las tuberías de la casa.

Cuando unos años más tarde, poco antes de Nochevieja, se cae el abeto azul, por

poco no lo hace sobre el tejado de cañas de la casa. Cae justo sobre el camino que separa la pequeña y la gran pradera, y que conduce hasta el agua, y destroza con su peso algunas rosas del macizo de la terraza. El jardinero sierra el tronco, astilla los trozos y los apila en el cobertizo de la madera. En primavera, al cavar en el macizo de rosas de la entrada para sustituir las marchitas por nuevas, se encuentra con la caja de la cubertería de plata. Como la casa por ese tiempo está precintada por la ley, coge la caja y la coloca en el cuarto del extractor, junto a los tarros llenos de miel.

El municipio le concede al jardinero al año siguiente el permiso para vivir en el cuarto del extractor de la miel y le confía la llave para el taller y el cobertizo. Durante una primavera, un verano, un otoño y un invierno, el jardinero prosigue en su jardín sin dueño como siempre lo ha hecho: abona, riega, poda, cambia los panales, extrae la miel, recubre las ramas de los árboles frutales con tela para que los corzos que saltan la valla no se coman la corteza, escarda, cosecha, rastrilla, ahúma, sierra, astilla y cubre con ramas de abeto. Lo que necesita para vivir lo obtiene de los agricultores a cambio de frutas, leña y miel.

Un año y tres meses más tarde vienen los nuevos dueños, que han obtenido el terreno en arrendamiento del municipio: una pareja de escritores de Berlín. El jardinero les muestra el jardín, el taller, el cobertizo de la madera, el embarcadero y la casa de baño, así como las doce colmenas y el cuarto del extractor de la miel, y les entrega las llaves.

El nuevo dueño comenta con el jardinero algunos cambios relacionados con el jardín. Así, en medio de la pequeña pradera se plantará un zumaque y en medio de la grande un arce. El jardinero cava los agujeros. Enseguida se encuentra, tras una delgada capa de humus, primero con el lecho de piedra de la zona, que rompe con la laya, debajo con la capa de arena que conduce al agua, y bajo ella con la arcilla azul propia de la región. El jardinero cava los hoyos hasta una profundidad de ochenta centímetros y los rellena con abono para que el zumaque y el arce crezcan bien.

De acuerdo con el dueño, el jardinero vierte cemento en el hueco del tronco del nogal para darle mayor estabilidad. Abona las flores, los arbustos y los nuevos árboles plantados, siega la hierba de las praderas, cambia los panales de las colmenas, extrae la miel, coge las cerezas, en verano riega las rosas dos veces, el macizo de delante de la casa y los arbustos, mientras coloca los aspersores media hora en las praderas y en los árboles frutales para que todo quede bien regado, corta el cerezo, recolecta manzanas y peras. De la miel, así como de la recolección de las frutas, siguiendo las instrucciones de la dueña, da dos tercios a la Organización Estatal de Comercio, OGS, que se encarga de la fruta, la verdura y las patatas.

Junto al nuevo dueño recubre el suelo delante del taller con losas de piedra, para tener más espacio para reparaciones y pintar. En invierno se guardarán allí el bote de remos, los caballetes de hierro y los tablones de madera para el embarcadero. El jardinero derriba el techado del embarcadero que protege los botes, cuyas columnas están ya muy podridas. El jardinero lleva a cabo reparaciones urgentes en el tejado de cañas de la casa, así como en la casa de baño. En otoño sierra las ramas del gran roble y de algunos pinos que han caído por las tormentas, amontona los trozos y los guarda en el cobertizo, al final del otoño coge el calefactor eléctrico del sótano y se lo lleva al cuarto del extractor de la miel. Al comienzo del invierno, finalmente, vacía las tuberías de agua de la casa y cierra la llave de paso principal.

En la primavera siguiente, conforme a las instrucciones del nuevo dueño, reciben una nueva capa de pintura todas las ventanas de la casa grande, de la casa de baño y del cuarto del extractor de miel. El jardinero rellena de nuevo con estopa los huecos entre los tablones desajustados de la casa de baño y los impregna otra vez con alquitrán para impermeabilizarlos. A veces, cuando está sentado en los escalones de las colmenas y fuma sus cigarrillos para protegerse del enjambre, se sienta junto a él el hijo de la pareja de escritores, que viene sólo de vez en cuando durante las vacaciones algunos días, si no está de campamentos, y le hace preguntas sobre la vida de las abejas.

## La escritora

«Y-o v-u-e-l-v-o a c-a-s-a» era la última frase que había escrito ayer con la máquina de escribir. Ahora quita la hoja de papel, la deja a un lado sobre el todavía delgado montón de hojas escritas de su nuevo libro, coge del cajón una hoja de papel de carta y comienza a escribir al general sobre el derecho al acceso al lago del nuevo vecino, y sobre la casa de baño que se encuentra precisamente en la orilla en cuestión, de propiedad estatal, así como la casa vivienda que ella alquila desde hace veinte años; llama al general por su nombre de niño y lo tutea, y mientras escribe su rabia se esfuma y se transforma en agotamiento. Se pregunta qué se está instalando, qué autoriza a un funcionario municipal a hablarle de instancias superiores. So capa de la confidencialidad que algunos camaradas llevaron de la clandestinidad a la paz recobrada, empieza a proliferar algo que ni ella llega a identificar.

Desde su escritorio puede ver brillar el lago a través de las rojizas ramas de los pinos. Abajo, en la cocina, la cocinera hace ruido con los platos, el jardinero está sentado en el umbral de su habitación y fuma cigarrillos, en la gran pradera, su nieta y el hijo de los vecinos se salpican con agua, su nuera está bajando hacia el embarcadero para tomar el sol, la visitante pone la tumbona bajo el espino, su hijo corta la hierba y abajo, en el taller, su marido pinta de verde los taburetes de pescador, cuya pintura roja ya se estaba desconchando. A través de la ventana abierta, ella huele el lago y el sol, huele el humo del cigarrillo del jardinero y también el aroma a asado que sube desde la cocina, huele la hierba cortada y, cuando el viento cambia de dirección y sopla desde abajo hacia arriba, también el recién pintado color verde. El teclear en su máquina de escribir se mezcla con las llamadas de los cucos, cada letra, letra a letra, se oye en las dos praderas, hasta abajo, en el taller, e incluso en el embarcadero, cuando el viento sopla de arriba abajo.

El médico del Hospital Gubernamental de Berlín, por el que en el último año ella había intercedido con éxito ante el municipio para que obtuviera el arrendamiento de la parte del jardín con los árboles frutales y las colmenas, contrariamente a lo convenido con ella, hace cortar inmediatamente los árboles y derribar las colmenas. A una velocidad fantasmal, prácticamente durante la noche, unos trabajadores desconocidos venidos de Berlín construyeron en el lugar de las colmenas una gran casa para él, que él, como se comenta, ha podido comprar contra todas las normas vigentes. Cuando ella se presentó por este asunto en el municipio, le comunicaron que había sido decidido «por altas instancias», que se había recibido la orden de facilitarle un permiso para el acceso al agua a costa de una reducción de su terreno y que había que tomar una decisión lo antes posible sobre la nueva colocación de la verja hasta allí. Este joven médico, que ni siquiera había nacido cuando ella, tras años

de huida, regresó a Alemania —aunque entretanto debía haber sido médico de cabecera de este o aquel alto funcionario— se atrevió a lanzar contra ella un ejército invisible, cuyos generales ella había acunado durante el exilio.

Ella mete la carta en el sobre, pone la dirección y lo cierra, luego coge el papel que por la mañana había dejado en el montón y lo vuelve a colocar en la máquina de escribir para continuar trabajando donde lo había dejado ayer. «Y-o v-u-e-l-v-o a c-a-s-a». Las teclas de la máquina de escribir están desgastadas, casi no se pueden distinguir las letras. Es la misma máquina de escribir que llevó de Berlín a Praga, de Praga a Moscú, de Moscú a Ufá en Baskiria y, hacia el final de la guerra, cuando su hijo ya hablaba ruso con fluidez, de nuevo de vuelta a Moscú y finalmente a Berlín. Llevó en brazos esta máquina de escribir por muchas calles de muchas ciudades, la tuvo en el regazo en trenes abarrotados, se agarró a su asa encontrándose en muchos lugares del extranjero, sola en un aeródromo, en medio de una estación, sin saber adonde ir, cuando su marido se había extraviado entre la multitud o viajaba en otra misión. Esta máquina de escribir era como una pared, así como un trozo de una manta en el suelo podía convertirse en su casa. Con esta máquina de escribir había tecleado todas las palabras que debían convertir de nuevo en hombres a los bárbaros alemanes y a su patria en una verdadera patria.

Quería irse a casa, sólo a casa, había escrito en su diario el funcionario alemán reconvertido en el alcalde de una pequeña ciudad llamada Warthegau, después de que un colega le hubiera contado que durante sus vacaciones habían reunido por la fuerza a todos los judíos de los alrededores en la iglesia, allí los habían retenido durante tres días y luego los habían llevado en furgones de gas al bosque. Los cadáveres de los que habían muerto en la iglesia durante los tres días, los metieron junto a los vivos en los furgones de gas, los niños muertos fueron lanzados a las cabezas de sus padres, todavía vivos. Quería irse a casa, sólo a casa, había escrito el alcalde alemán en su diario al escuchar esto. Este diario formaba parte del material del que ella había dispuesto para su programa de radio en los Urales. Entonces ya parecía bastante evidente la derrota de los alemanes, y con cada victoria del Ejército Rojo, ella, su marido y su hijo nacido en la Unión Soviética, estaban más cerca de su regreso a Alemania.

Mientras ella tenía en sus manos el diario, le dio asco que ese funcionario alemán hubiera continuado en su puesto y en su oficina, como mostró la continuación de su diario, que hubiera continuado al frente de la ciudad hasta que entró el Ejército Rojo y él huyó al oeste. Pero a pesar de todo ella no había podido nunca olvidar su frase, «a casa, tan sólo a casa», había gritado como un niño que daría todo por no ver lo que ve. Pero justo en ese momento en el que decidió taparse los ojos, ese fiel funcionario

alemán supo que su casa, su hogar, nunca más se llamaría Baviera, nunca más sería la Playa del Mar del Norte o Berlín. Su hogar se había transformado en el tiempo mismo que yacía tras él, Alemania se había transformado para siempre en algo sin cuerpo, en un espíritu perdido en el que ni se sabían todos los horrores, ni se podían imaginar. «C-a-s-a, aguarda, pronto». Tras haber atravesado una corta fase de desesperación, el funcionario alemán se había decidido a permanecer en su puesto. Sin embargo, aquellos que antes de transformarse en monstruos habían salido de su patria, se vieron empujados, por las noticias que tuvieron de su país, a una región sin hogar. Y no solamente durante el tiempo del exilio, sino para siempre, como le parece a ella ahora, independientemente de que regresaran o no. «Yo quiero irme a casa, tan sólo irme a casa», había pensado ella misma por aquel entonces tantas veces, mientras disparaba con su ametralladora desde los Urales hacia su patria, palabra por palabra. Pero para ella, cuya única patria sería la humanidad, la duda ocuparía siempre el lugar de la nostalgia.

Hoy por la mañana ella y su marido han dado un largo paseo en dirección al bosque, hasta el banco en cuya madera su hijo, hace años, grabó con una navaja las iniciales de sus padres. Las cuatro letras están grises desde hace mucho tiempo. En ese banco descansan siempre un momento antes de regresar de nuevo a casa. Se sientan y miran, siguen con la mirada la suave caída de las colinas hacia el lago, ven como el viento mueve el campo de maíz, ven detrás la ancha superficie del lago, como de plomo. No ven desde esta distancia como el mismo viento mueve el agua, tampoco ven la casa entre el lago y la colina, que desde ahí queda a la sombra de ésta, de nombre Schäferberg. Miran hacia la tierra, a lo que está más cerca, a sus pies, donde la lluvia de ayer formó pequeños surcos en la arena, ven piedrecitas de pedernal y guijarros de cuarzo o granito, luego se levantan, ella toma el brazo de su marido, los dos conducen sus pasos de vuelta a casa, donde él quiere hoy pintar de verde los taburetes cuya pintura ya se está desconchando, mientras ella se sentará arriba, en su despacho, para escribir los recuerdos de su vida.

Este médico ni siquiera había nacido cuando ella regresó a Alemania. Ha viajado a Japón con alguna delegación del Gobierno, a Egipto, a Cuba. «Y-o v-u-e-l-v-o a c-a-s-a». Abajo, en la cocina, la cocinera hace ruido con los cacharros, el jardinero está sentado en el umbral de su habitación, en la pradera su nieta y el hijo de los vecinos se salpican con agua, su nuera se está bronceando en el embarcadero, la visitante está tendida en la tumbona, el hijo corta la hierba, su marido pinta los taburetes de verde. Algunas de las cosas que recuerda no las escribe. No escribe que ella dijo «No» cuando, tras el ataque por sorpresa de Hitler contra la Unión Soviética, una compañera alemana, a cuyo marido acababan de detener, fue a pedirle que los escondiera a ella y a su hijo pequeño. Que dijo «No» porque su propio permiso de residencia ya había expirado, e incluso ella misma sólo podía abandonar o entrar en

su piso de Moscú a escondidas. No escribe que el manuscrito de su programa de radio sobre el día a día del funcionario alemán había sido alterado por sus colegas soviéticos. Que eliminaron el episodio de los judíos. Que eso no tendría efecto en los soldados alemanes, habían dicho, quizá incluso dañaría a la causa, que no tenía relevancia en este contexto. Ella, que no había emigrado por su madre judía sino por ser comunista, había eliminado sin protestar esta parte de su historia. No escribe que, finalmente, después de que algunos camaradas de los que se sabía que eran judíos desaparecieran, empezó a teñir su pelo, rojo escarlata, del que ya en su infancia se habían burlado, llamándola judía. No escribe que ella y su marido fueron obligados por sus camaradas soviéticos a subir a un tren rumbo a Nowosibirsk. Que se escondieron en lugar de subir al tren. Un pintor alemán amigo suyo, siguiendo las órdenes del Partido, había subido a uno de estos trenes y había muerto de hambre en la construcción de un embalse en Kazajistán. Mientras, fuera, el cuco canta, sus dedos descansan sobre las teclas de la máquina de escribir.

El poeta que les escondió en aquel tiempo había descrito en un poema la vuelta a casa como la llegada a la orilla de la muerte. Entonces, ellos habían aprendido a callar, y después de todas las carencias, ese silencio era el mejor regalo a su sueño, que permanecía tan grande que cada uno de los camaradas que deambulaban en él parecía muy solitario.

El poeta que los escondió en aquel tiempo vive ahora con su mujer en una casa de verano en la otra orilla del lago, quizá esta tarde su barco de madera, oscura y brillante, atracará en el embarcadero, entonces el amigo lanzará el cabo a su marido, su marido lo cogerá y lo amarrará al embarcadero, la nieta mirará a su abuelo y se fijará bien en cómo se enlaza el nudo del ocho alrededor del soporte.

«Y-o v-u-e-l-v-o a c-a-s-a». El actor, que se construyó un bungalow unos terrenos más allá, no hace mucho se quedó en el Oeste durante una gira teatral y recogerá a su mujer y a su hijo dentro de poco. El bungalow ya está cerrado. Él había querido azulejos de color azul claro para su cuarto de baño. Pero no había azulejos de color azul claro en esa parte de Alemania. El hombre nuevo solamente puede nacer del hombre viejo. Cucú. Cucú. El nuevo mundo se debe comer al viejo, el viejo se defiende, el nuevo y el viejo viven el uno junto al otro en el mismo cuerpo. Donde mucho se exige, más va a faltar.

A su regreso a Alemania ni ella ni su marido lograron convencerse para dar la mano a personas que no conocían. Sentían una repugnancia física frente a todos aquellos que se habían quedado por voluntad propia. Su marido había dudado incluso en visitar, después de su vuelta, a su madre y sus hermanas, que vivían en el Oeste. Y la única

visita a la parte oeste de la ciudad tan sólo la hicieron para que su hijo conociera a su abuela. Y ni ella ni su marido dieron la mano a la madre y a las hermanas. Ellos notaron que esta omisión era recíproca. Justo antes de su fuga a Praga habían dejado un cuadro y algunos muebles en casa de las hermanas de su marido. Ahora su madre y sus hermanas estaban sentadas en esas sillas y a esa mesa, y el cuadro colgaba de su pared. También ella y su marido estaban sentados en esas sillas como si estuvieran de visita en su propia casa. A los dos comunistas les faltaron las palabras para pedirles a esos alemanes con los que alguna vez les había unido un lazo de parentesco que les devolvieran lo que era suyo. Más tarde, cuando el hijo ya podía viajar solo en el tren, le dejaron, cuando él quiso, visitar dos veces más a su abuela.

Ahora el gong la llama a comer. Va a través del vestidor y del pasillo al cuarto de baño, se lava las manos, las yemas de los dedos las tiene manchadas de negro de cambiar la cinta de tinta de la máquina, se mira en el espejo, se arregla el pelo, cierra la hoja derecha de la pequeña ventana que estaba abierta para ventilar, ahora la cristalera de colores está de nuevo completa. Antes de bajar a comer entra un momento a la «habitación del pajarito» para coger una chaqueta porque, incluso en pleno verano, la casa es siempre más fría de lo que uno piensa. La habitación del pajarito se llama así por el pequeño pájaro de metal fijado sobre la barandilla. Durante las vacaciones escolares la ocupa su nieta. La nieta golpea el gong abajo por segunda vez, quizá por impaciencia, o simplemente porque le divierte.

También al mediodía, a través de la ventana de cristales de colores, penetra la penumbra en lugar de la luz sobre la larga mesa alrededor de la cual se sientan su marido, el hijo con su mujer y la nieta, a menudo también amigos y colegas de Berlín, camaradas o, como hoy, la visitante, luego la cocinera y finalmente el jardinero. Durante la sopa, su marido habla sobre esto y lo otro, su hijo sobre aquello, la nuera hace algún comentario, la visitante permanece en silencio, también el jardinero, la cocinera sirve el plato principal, ella misma añade algo, la nuera pregunta, el hijo dice: «No creo que sea posible», su marido dice: «Pero claro que sí». Ella misma dice: «Puede ser interesante», y: «Coja algunas patatas más», la visitante dice: «No, gracias», el jardinero permanece en silencio, la nieta niega con la cabeza, el hijo dice: «¡Yo sí, dámelas a mí!», la nuera: «Estaba todo muy rico», ella misma dice: «Es verdad», el jardinero dice: «Gracias», la cocinera: «La sopa estaba un poco salada», el hijo dice: «En absoluto», la cocinera pone los platos sucios formando una pila que se balancea y va hacia la cocina, regresa con pequeños cuencos sobre una bandeja, se reparte la compota, todos se ponen a comer con sus cucharas, se hace el silencio, alguien gira el pomo de la puerta desde fuera, con un sonido metálico, el hijo del vecino viene a buscar a la nieta para jugar, se queda parado junto a la estufa y espera a que todos hayan terminado de comer, la visitante se lleva el cuenco de la compota a los labios y sorbe el líquido, la nuera dice a la pequeña: «Pero primero ayudas a

recoger», su marido dice: «Bueno, bueno», ella misma le hace una señal afirmativa a la cocinera. Todos se levantan y abandonan el comedor, cada uno en su dirección.

«Y-o v-u-e-l-v-o a c-a-s-a». No, ella y su marido no regresaron a Alemania, sino que querían que sus pensamientos regresaran a este país cuya lengua hablaban y que sólo por casualidad era precisamente este país. Querían, desde los escombros alemanes, poner algún suelo real bajo sus pies. Aunque su cuerpo envejeciese, la esperanza depositada en la salvación de la humanidad de las redes de la codicia y la envidia permanecería joven mucho tiempo, mortales son los errores de los mortales, pero su trabajo es inmortal. Y ahora tiene que ser justo el joven doctor, que una vez al año examina a ella y a su marido sus viejos cuerpos, ese que se sirve del Estado para heredar a los fundadores del Estado. De nuevo llegó el momento de que el ejército invisible, enemigo de sí mismo, golpeará en silencio sus lanzas y escudos invisibles. Quizá los jóvenes, que sólo conocen al enemigo a través de las palabras de los viejos y ya no cara a cara, se pasarán pronto al otro bando, y será únicamente para volverse de nuevo violentos, tras tanto estado de sitio.

¿Han envejecido también sus palabras como lo ha hecho su boca sin que ella se haya dado cuenta? Después de la cena pondrán las sillas del jardín en el vestíbulo para que todos puedan ver juntos las noticias: ella y su marido, el hijo, la nuera, la pequeña, la visitante, este o aquel amigo que se aloja en la casa de baño, a veces también la cocinera. En las noticias de las siete primero hablan de la cosecha. Los agricultores, entre polvo y rastros, hablan de cuotas de producción, se muestran cosechadoras y silos. Los agricultores ponen palabras extrañas, que no nacen de sus propias bocas, en el polvo de los campos, donde a la fuerza se convierten en el centro de atención. Desde su regreso a Alemania había intentado con todo fervor, a través de las palabras, transformar sus recuerdos en los recuerdos de otros, volcar su vida en el papel en aras de otras vidas. Con las palabras había traído algunas veces a la superficie lo que le parecía digno de conservar, otras volvía a sumergir lo que dolía. Ahora ya no sabe si precisamente esa selección fue el error, porque lo que tenía en su mente durante toda la vida hubiera tenido que ser todo un mundo, no medio.

Sí, lo dice unos días más tarde un escrito del municipio, también ella podía comprar su casa, pero no el terreno sobre el que está edificada, y se podía trasladar la casa de baño, a cuenta del Estado, a la pradera de arriba para permitir al médico una entrada al lago y satisfacerla a ella al mismo tiempo. Ella quita de la máquina la hoja, sobre la que hay algunas palabras y faltan otras, la deja sobre el delgado montón de las páginas ya escritas de su nuevo libro, coge una hoja de papel de carta, la alisa y responde al municipio: Sí, ella desea comprar su casa, y desea por supuesto que le trasladen la casa de baño arriba. Con saludos socialistas.

## El jardinero

Como el nogal, aunque ya no se torcía después de verterle hormigón, en los siguientes tres años ya no dio nueces, el jardinero lo taló por orden del dueño. Lo serró, apiló los troncos y los almacenó en el cobertizo de la madera. En la recolección de la cereza el jardinero se cayó de la escalera y se rompió una pierna. Tuvo que estar tumbado dos meses hasta que los huesos se soldaran y pudiera volver a andar. Por suerte, el hijo de los dueños pasa por primera vez todas sus vacaciones de verano con ellos. Ya no está en el internado y ha vuelto a vivir con sus padres. Entre tanto se ha hecho mayor y lo suficientemente fuerte como para segar la hierba. Tan sólo los hongos que ese verano afectan a todos los árboles frutales pasan demasiado tiempo desapercibidos durante la convalecencia del jardinero, y cuando éste se puede levantar por primera vez, se encuentra con que todas las manzanas y peras se han estropeado en los árboles.

El jardinero no puede hacer trabajos duros después de su caída. Desde entonces va despacio por el terreno, recoge aquí y allá la madera caída, corta las flores secas de las plantas y matorrales, riega los arbustos y las flores dos veces al día, una vez pronto, por la mañana, y otra al atardecer, al comienzo del invierno vacía las tuberías y cierra la llave de paso principal. Cierra las contraventanas de la casa grande y de la casa de baño de abajo, junto al lago.

Ahora es el dueño de la casa el que con su hijo se ocupa de la tarea anual de montar y desmontar la pasarela del embarcadero. Como complemento a la estufa se construye en la casa un acumulador eléctrico de calor, así que la madera cortada en años anteriores es suficiente para abastecer la estufa en los días fríos de primavera y otoño. Los manzanos y los perales no se recuperan de los hongos en los años siguientes. El cerezo ha sido atacado por el ácaro rojo. Al agrandar la fosa de desperdicios resulta que las tuberías de riego de los árboles frutales están oxidadas desde hace tiempo, pero de momento los tubos se consiguen en el comercio privado. Por primera vez se plantea la cuestión de reducir el terreno alquilado.

En el pueblo se cuenta que el hijo de los dueños llevó a varias chicas del pueblo a la casa de baño después de bailar o de otras fiestas, para pasar allí la noche con ellas, que era el jardinero quien en esas noches, sentado en un banco debajo del colgadizo de la casa del baño, montaba guardia para que la dueña de la casa no se enterase de nada. También se cuenta que fue el jardinero quien contó que, cuando el hijo finalmente se prometió con una chica de Berlín y ésta vino por primera vez de visita, su madre la acomodó precisamente en la casa de baño para que nadie le reprochase que hacía de alcahueta. Lo cual hizo reír mucho a la gente en el pueblo.

Después de la boda del joven dueño nacerá una hija de la pareja y, cuando tiene apenas seis semanas, sus padres ya la traen los fines de semana al jardín, y cuando hace suficiente calor colocan el cochecito con el bebé dormido bajo el espino, al borde de la pequeña pradera. El jardinero se pasea por el terreno con un cigarrillo encendido o ya apagado en los labios, recoge ramas de aquí y de allá, y cuando hace más calor, pone en marcha el aspersor que riega los macizos y las praderas dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde.

La joven esposa, cuando el jardinero ya no puede utilizar bien las tijeras de podar, se encarga de recortar los arbustos durante la primavera y el verano. El dueño hace venir a un granjero para cortar y serrar los árboles frutales que ya no dan más frutos, y para guardar los leños en el cobertizo de la madera. Ahora el jardinero está sentado durante muchas horas al día junto a las colmenas, siempre con el mismo cigarrillo apagado en la boca. Las últimas abejas que quedan de las doce colmenas que hubo, después de que se hayan cortado los árboles frutales, siguen volando un tiempo alrededor de las colmenas para luego dispersarse en la búsqueda de nuevos lugares de cría en los bosques de los alrededores. A veces la pequeña niña y un amigo suyo del vecindario se sientan junto al jardinero y éste les enseña ciempiés y cochinillas que viven en los viejos leños secos, y les enseña cómo se hace una cerbatana de una vara de saúco negro o a soplar una hoja de lila hasta hacerla silbar.

## La visitante

Lo principal es que aquí ella puede volver a nadar. Incluso si en su primera visita no sabe que las porcelanas que hay sobre la mesa son para dejar los cubiertos entre los platos. Tampoco tiene éxito al intentar cortar con cuchillo y tenedor el panecillo del desayuno con lo que pensaba compensar su torpeza del mediodía anterior. Ambos malentendidos le causan a la anfitriona la misma risa tranquila, acompañada por el mismo suave roce del antebrazo de la visitante con su mano fría. El pan, dice la anfitriona, es tan valioso que tranquilamente se puede coger con la mano. De donde ella viene nunca había tenido que pensar si el pan era tan valioso que se podía coger con la mano o no. Allí ella misma había plantado el trigo, y desde la siembra hasta la cosecha y la cocción, su modo de tocarlo había sido siempre igual. Pero aquí tan sólo se trataba de tocar el pan ya preparado, la piel alrededor de una abundancia ajena, como un pavo de Navidad con relleno. Aquí, en este jardín, muy al contrario que en el jardín que le había pertenecido, no hay nada que sembrar y nada que cosechar. Aquí hay pinos y robles, a su sombra crecen lentos los arbustos, el jardinero riega el césped, las flores duran varios años, y la niña va a buscar el eneldo para las patatas a casa de la vecina, al comienzo del camino de arena. En este jardín todos están con el único propósito de estar en un jardín. Probablemente, ella llegó en el momento justo de su vida al lugar adecuado, porque ella también está ya en su vida con el único propósito de estar en ella, de estar viva. Había oído decir que había lugares donde abandonan a los viejos como ella en un árbol para dejarlos morir de hambre allí arriba, pero hoy en día se les da incluso dinero para que sobrevivan si ya no pueden trabajar. Ella nunca se acostumbrará a ese dinero que le dan todos los meses por no hacer nada. En este jardín ya no le queda otra cosa que hacer que quedarse sentada en pleno día con las manos en el regazo a mirar a las alondras volar. «No te entretengas —se oye decir a sí misma, allí sentada, con voz inaudible—, no te entretengas», como ella le decía a su hija desde la ventana de la cocina, cuando ésta estaba de cháchara con la hija de la vecina en el patio. La hija tenía que fregar, descamar pescados o desplumar aves de corral. La hija venía siempre inmediatamente, pero ahora sus propias manos permanecen quietas sobre su regazo y mientras permanece así sentada escucha como su marido toca el acordeón, como sus propios padres permanecen en silencio, como los nietos charlan, e inaudiblemente responde, consuela o canta o simplemente se queda callada, y lo principal es que cuando llega la tarde puede ir a nadar de nuevo, en ese verdoso y brillante y frío lago, casi como en casa.

Todavía es preferible ser extraño entre lo extraño. Había vuelto a la granja desde la ciudad a la que había huido con sus tres nietos, treinta kilómetros a pie, y durante un tiempo había trabajado como sirvienta en su propia granja para los polacos que

mientras tanto se habían apoderado de la casa. Para que la encontrase su hija si volvía después de ser movilizada para los planes de trabajo. Su nieto había querido desenterrar el tractor de juguete que había enterrado semanas antes en un esquina de la finca, cuando habían tenido que huir, pero ella se lo había prohibido. La hija nunca regresó, tan sólo la foto de boda que ella siempre llevaba consigo llegó por vías indirectas hasta las manos de la madre, gastada y arrugada, anotada con caracteres cirílicos en la parte de atrás. En el camino a través del jardín hacia la iglesia se le había enredado a la novia el velo en el grosellero y se había tenido que casar con el velo rasgado. Para la foto había colocado el velo de modo que no se viera el roto. La hija no regresó a casa. Entonces, la madre, que ahora tan sólo era abuela, se había puesto en camino por segunda vez. Mejor ser siempre extraña entre lo extraño, que en su propia casa.

El diente de león es igual que el de su casa, y también las alondras. Ahora, de vieja, llegó a comprender la frase que hace cuarenta años su marido siempre decía. Que el diente de león en el pueblo de ella era el mismo que en casa de él, en Ucrania, de donde él había venido, y también las alondras, decía. Y en Baviera, de donde sus bisabuelos habían emigrado hacia Rusia y a la que él había querido regresar sin conocer de esa tierra patria nada más que su nombre, seguramente también había esos dientes de león, parecidas alondras. Seguro que también los bisabuelos de su marido habían dicho alguna vez esa frase, otros setenta u ochenta años atrás. Ella se pregunta si las frases van hacia los hombres, o al revés, o si las frases se limitan simplemente a esperar hasta que alguien las utiliza, y al mismo tiempo se pregunta si ella no tiene otra cosa mejor que hacer que preguntarse tales cosas. «Tonterías», piensa y luego se da cuenta de nuevo de que no tiene nada mejor que hacer. Mira el taburete sobre el que descansan sus piernas torcidas, está revestido con el mismo cuero rojo sintético que el sillón sobre el que está sentada. Probablemente, todas las frases se llegan a alcanzar en algún momento y éste o aquél las pronuncia, aquí o allá, de la misma manera en que en la huida todo les pertenecía a todos, porque parecía que el devenir de las cosas y de los hombres, durante la vida, en el fondo, siempre era el mismo que en la huida. En la paz era la pobreza, y en la guerra era el frente el que desplazaba a los seres humanos. Como una larga fila de fichas de dominó, uno dormía en la cama de otro, utilizaba sus utensilios de cocina, se comía las provisiones que otros habían tenido que dejar atrás. Sólo que, cuantas más bombas caían, menor era el espacio en las habitaciones. Finalmente ella llegó aquí, a este jardín, y cuando el gong la llama a comer, ella tiene la impresión de que ese gong ya la había llamado entonces, cuando ella definitivamente dio la espalda a su granja y se puso en camino con sus tres nietos, un edredón y una cacerola moteada de azul. Si uno ha llegado finalmente a un sitio, ¿la huida se sigue llamando huida? Y si uno huye, ¿se llega alguna vez a alguna parte?

Su marido murió antes de todo eso. Cuando ella piensa en su muerte y desde allí mira atrás a su accidente con la trilladora, le parece como si su muerte hubiera entrado ya entonces por una puerta lateral, sin darse a conocer. También el roto del velo de novia de su hija fue un vislumbre parecido a través de una puerta lateral de lo que iba a suceder, pero como aquél era un tiempo en el que todo estaba por suceder, no pudo darse cuenta. Ahora que ella es vieja, y que tan sólo vive para estar en la vida, todo está ahí simultáneamente. Ahora que es vieja, podría haber sido el accidente de su marido la razón de que ella se enamorase de él, y la música que él tocaba cuando llegó a su pueblo podría tener sus raíces en su muerte temprana, y quizá su hija, cuando estaba embarazada de ella, tenía su mano en la estufa, cuando ella estaba allí encerrada por amar al vagabundo forastero, al padre de la criatura que llevaba en su cuerpo. Y si uno lo miraba así, seguramente era ella el motivo por el que él había vagado hacia allí, incluso antes de conocerla. Mientras ella mira hacia atrás, el tiempo se mezcla y pierde sus dimensiones. Las cosas se hacen sucesivamente mientras uno está vivo, quitar una astilla del pie de un niño, retirar el asado a tiempo del horno, o hacer un vestido con un saco de patatas, pero en la huida, con cada paso el equipaje se va aligerando y lo que se deja atrás es cada vez más, y en un momento cualquiera uno se detiene y no hace más que quedarse sentado, y lo que queda de la vida es tan sólo la vida y todo lo demás yace en muchos arcones de muchas calles, en un país tan grande como el aire, y seguro que allí también hay los mismos dientes de león y las mismas alondras.

«Con uno como ése no te casas», le había dicho su madre y la había encerrado en la gran estufa durante varios días. Y cuando resultó que ya estaba embarazada, la madre la sacó de la estufa y le dijo: «Podías haber tenido al cartero, al guardabosques, al consejero general de pesca». Para ganar dinero para la familia su marido había empezado a reparar los utensilios y las máquinas de los agricultores, entre ellos la trilladora. A partir de entonces tocaba su música sólo para su propio placer y para su mujer. Pero después de que él perdiera cuatro dedos de la mano izquierda en la trilladora, ya no podía tocar más ni el violín ni el acordeón. Junto con los dedos, la trilladora también le había amputado la música. Esa música que él había tocado hasta el accidente, provenía de Ucrania, de donde él había venido vagando. Después del accidente tenía la mano siempre fría, y por eso ella le había hecho una funda de piel que él llevaba año tras año, desde septiembre hasta bien entrado mayo. Con esa funda en la mano, y la mano en el regazo, también su marido había estado sentado a menudo en sus últimos años como ella ahora, aunque él todavía fuera joven. Cuando murió, con poco más de cuarenta años, ella no llegó a desprenderse de la funda. Pero en la huida la había dejado atrás, en la casa.

Aquí ella puede nadar como en casa, y nadar sigue siendo fácil, no como andar, para lo que sus huesos ya no le sirven. Por las noches, cuando ella deshace su moño gris antes de irse a dormir, todavía tiene el pelo húmedo. En verano, cuando era joven, había nadado y buceado en los lagos de Masuria, incluso pescado, y en invierno había patinado sobre el hielo, las cuchillas atornilladas a las suelas de sus botines. Ella se había adueñado de los lagos, se había lavado en ellos, bebido de ellos, comido sus peces y rayado su hielo, había vivido a fondo los lagos como más tarde su hija, a la que tanto le gustaba hornear bollos cuya masa amasaba cuatrocientas veces antes de meterla en el horno. Hasta hoy tiene las espinillas azules y violetas por los botines, que para patinar había que llevar muy apretados, azules y violetas y brillantes como las piedras por llevarlos horas y horas, horas y horas a toda velocidad sobre lagos helados que, por los cortes que la niña les hacía con sus cuchillas, lanzaban oscuros gritos de júbilo. Ahora sus piernas torcidas con las espinillas todavía azules, violetas y brillantes reposan sobre el rojo cuero sintético del taburete, y siguen siendo sus piernas. No sabe cómo es el lago aquí en invierno, la dueña de la casa la llama «casa de veraneo». En invierno sólo vive el jardinero en su habitación, si no, la casa está vacía, se protege contra el frío, se cierran las contraventanas, el acumulador eléctrico se pone al mínimo. Luego se van a la ciudad. Su marido había pescado también en invierno, siempre había sido uno de los primeros sobre el hielo, cuando todavía crujía. Una pequeña figura negra, en cuclillas al atardecer, sin moverse. En invierno calentaban su casa con leña, se comenzaba con astillas de pino, pero en cuanto el fuego quemaba bien, cambiaban a roble y haya, la madera dura arde durante más tiempo. Cogían el agua del lago cuando la bomba del pozo estaba congelada, a través de un agujero que su marido picaba en el hielo, cerca de la orilla. Ella tiene la impresión de que los taburetes para reposar los pies sólo se inventaron cuando el hombre comenzó a elegir entre las estaciones del año. Tan sólo aquí, en este tiempo, en el que ella está de visita para el resto de su vida.

La más pequeña de sus tres nietos, que durante toda su infancia tuvo estrabismo y que en su primer día de colegio tuvo que ir calva por la sarna, esa torpísima pequeña que al saltar el arroyo se cayó al agua y volvió a casa con la ropa toda verde, esa pequeña se casó con el hijo de la dueña y va ahora hacia el lago, con una toalla sobre los hombros y unas chanclas de madera que resuenan sobre los escalones de piedra, tararea y la saluda con la mano antes de desaparecer detrás del gran abeto. A veces se sienta junto a su abuela, charla un poquito y se pinta las uñas de los pies de rojo. Cuando a ella, la abuela, se le descoloca la dentadura postiza en la comida, se avergüenza más por su nieta que por la dueña de la casa. Allí, donde ella aprendió de los viejos a hacerse mayor, no había dentaduras postizas. Allí sencillamente se le hundía la boca a uno cuando se hacía viejo pero, hoy en día, donde ella está de visita, también se protegen los rostros del invierno.

No es fácil estar de visita. En su pueblo uno tenía que rechazar un regalo tres veces antes de aceptarlo, y cuando uno lo aceptaba había que ofrecer un regalo al otro, que a su vez lo debía rechazar tres veces antes de aceptarlo, etc. Una planta a cambio de unas fresas, una botella de vino casero a cambio de un pedazo de cerdo fresco, manzanas a cambio de peras. Hasta hoy en día le lleva su amiga, por Nochevieja, la única de su pueblo que tras la guerra ha ido a parar a Berlín, una maceta con trébol, en la que hay un minúsculo deshollinador de alambre; y ella tiene a su vez una maceta con trébol con un deshollinador escondido en la tierra preparado para su amiga. Las macetas con los deshollinadores se intercambian a medianoche, y en la mañana de Año Nuevo su amiga se lleva a su casa la maceta regalada en la misma bolsa en la que ha traído la suya. Desde que su nieta se ha casado la lleva consigo a ella, la abuela, para pasar el verano en casa de su suegra, y esa suegra es más o menos de la misma edad que tendría su hija que se quedó para siempre en sus trabajos forzados. Y cuando ella, la abuela, le pregunta a su nieta el regalo que debería llevar como invitada en la casa, ella siempre le dice: «Pero si tú eres de la familia». Sólo que ella no está segura de si pertenece a esa familia en la que desde hace cinco veranos ha sido muy amablemente acogida por la suegra de su nieta, pero donde siempre la tratan de usted. Esa suegra le recomienda ocasionalmente una pomada contra el reuma, le pregunta por su piso en Berlín, le dice que podría hacer arreglar por su costurera este o ese vestido, pero nunca la trata de tú. Ahora, ya en el quinto verano, le dice la suegra: «Tome un par de patatas más, ¿quiere un poquito más de verdura u otra tajada de carne?», y ella nunca sabe si es realmente más amable decir «Sí» directamente o servirse incluso ella misma de ollas y fuentes, como si estuviera en casa, o si no sería mejor, como haría entre extraños, decir «No» tres veces antes de aceptar. La visitante no sabe que le correspondería a ella, por ser la mayor, ofrecerle el tuteo a la suegra.

En el fondo le es incluso más fácil ser una extraña entre los extraños, porque ser una extraña le es muy familiar, lo conoce bien, desde ambos lados del gran portón que delimitaba su granja con la calle de arriba. Mientras la granja pertenecía a su familia, el gran portón de madera siempre permanecía cerrado a menos que hubiera que sacar la leche o traer el heno. Pero cuando tuvo que trabajar en su propia granja como sirvienta, golpeó la misma puerta desde fuera y buscó trabajo en la casa que mientras tanto habían ocupado los polacos. Estar en su casa era una parte de lo extraño, sin que ella lo supiera mientras estaba todavía allí, el capítulo primero, por decirlo así, y el marcharse tan sólo la otra parte, el capítulo segundo, lo extraño visto desde fuera, las dos partes eran igual de grandes y la una se correspondía con la otra, pero, en resumen: cerrar un portón y quedarse dentro o fuera, eso, en resumen, le es familiar. Alemania empezó y perdió la guerra, si la hubiera empezado y ganado, otros la hubieran perdido. Ella había aprendido a perder. Capítulo primero: El tener. Capítulo

segundo: El perder. Había perdido durante tanto tiempo que ya ella lo conocía todo sobre el perder. Puede ser que cuando alguien ha aprendido algo, otra cosa desaparezca de la cabeza a cambio. Cuando su nieta le preguntó una vez si no le daba pena haber perdido la casa, las vacas, toda la propiedad, ella ya ni entendió la pregunta. Ella había salvado a los niños, por lo que no había más que decir.

Ella se acuerda del forastero que un día, uno o dos años después de la muerte de su marido, pero todavía antes de que comenzara la guerra, había llamado al portón de la granja. Ella había abierto y le había preguntado qué quería. Y él había respondido que quería visitar a su hermano, el músico, del que le habían dicho que vivía en ese pueblo y que se había casado. El alemán en el que preguntaba por su hermano era igual de anticuado y de raro que el alemán de su marido muerto. «No —había dicho ella—, aquí no hay ningún músico». «Quizá tenga algo de beber para mí», le había preguntado el otro. Ella lo había dejado delante del portón, le había traído un vaso de leche, había esperado a que él se lo bebiera, luego le había cogido el vaso, le había deseado un buen día y cerró de nuevo el portón de la granja.

Lo principal es que aquí puede volver a nadar.

Allí, de donde viene, nunca había tenido que pensar si el pan era tan valioso que se tenía que coger con la mano o no.

En alguna parte había oído que se ponía a los viejos como ella encima de un árbol y se les dejaba morir de hambre.

Lo principal es que por la tarde puede ir de nuevo a nadar, en ese lago verdoso y brillante y frío.

Su nieto había querido desenterrar su tractor de juguete.

En el camino a través del jardín hacia la iglesia, su hija se había enredado el velo de novia en el grosellero.

El diente de león es el mismo que en su casa, y también las alondras.

Tonterías.

Cuando ella le dijo que ya estaba embarazada, la madre la sacó de la estufa.

Después de su accidente siempre tenía la mano fría.

Por las noches, cuando suelta su moño gris, antes de irse a la cama, todavía tiene el pelo húmedo.

La madera dura ardía más tiempo.

Allí, cuando uno se hacía viejo, se le hundía simplemente la boca.

Manzanas a cambio de peras.

En algún momento suena el gong y llama a la mesa. Entonces, tarareando, viene la nieta de tomar el sol en el embarcadero, como había hecho durante toda su vida, incluso ya de niña. Y eso significa que uno, en la huida, puede llevar bastantes cosas

que no pesen, la música por ejemplo.

## El jardinero

En otoño, los ancianos dueños le proponen al jardinero que se traslade a la casa, a la habitación de invitados, que está a nivel del suelo, tiene un lavabo propio, una entrada independiente y gracias a un acumulador eléctrico nocturno se calienta fácilmente incluso en los inviernos más fríos. El jardinero acepta el ofrecimiento. Un médico de Berlín, le dicen, va a arrendar ahora la parte de las colmenas y el terreno donde antes estaban los árboles frutales. Al recoger y ordenar el colmenar, el joven dueño encuentra entre los tarros de miel una caja con una cubertería de plata. Saca la cubertería y la coloca en el cajón de los cubiertos de la casa grande. Lleva al sótano el calefactor, que estaba desde el invierno pasado en el cuarto del extractor de la miel. En el mismo lugar en que ya había habido una valla una vez, el médico de Berlín, que apenas ha tomado posesión de la parte derecha del terreno, hace poner ese mismo otoño otra valla. Eso no es sólo su derecho, sino también su deber, ya que cada arrendatario es responsable de la delimitación izquierda de su terreno, mirando hacia el lago. El jardinero le enseña al lugareño que viene a hacer el trabajo algunas de las viejas piedras que delimitaban el terreno y que, enterradas bajo los matorrales, todavía se pueden encontrar.

En el pueblo se dice que el jardinero, desde el derribo de las colmenas, se niega a cortarse las uñas de los pies, y que éstas le han crecido hacia abajo y hacia los talones. Que él las esconde en los zapatos y los calcetines pero, por cómo cojea al andar, se puede ver claramente que hay algo raro. En el pueblo se dice que el jardinero había instigado a la hija pequeña de los dueños a que arrancara haces de hierba y los lanzara, con la tierra pegada y todo, a la recién revocada fachada de la casa del médico de Berlín. Dicen que todavía se pueden ver claramente las manchas de los terrones que la hija ha tirado. En el pueblo se dice que los trabajadores de Berlín, que tienen que trasladar la casa de baño colina arriba, iban todos con traje y corbata, y que sobre los trajes llevaban cazadoras oscuras para disimular, eso se sabía por el jardinero. En el pueblo se dice que el nuevo arrendatario de la que fue la parcela de los judíos, precisamente ese médico de Berlín, es el culpable de que su anciano vecino, que sólo tenía un constipado, haya muerto en el hospital. Que intencionadamente pinchó demasiado a su paciente porque no se conformaba con el estrecho camino hacia el lago y quería también el embarcadero, eso el jardinero lo podía atestiguar. Finalmente, el jardinero también ha contado que ese médico berlinés, hace poco, después de una fiesta en el mesón El abeto torcido, bajó con una chica de Frankfurt Oder por su propio terreno hasta el agua y desde allí saltaron la valla para engañar a su mujer justo en el embarcadero, para cuyo uso no tenía la autorización del municipio. Eso lo había visto el jardinero con sus propios ojos.

Después de la muerte del anciano dueño, el joven dueño alquila el taller como alojamiento a un matrimonio de la capital de la provincia que tiene un velero amarrado en el puerto del pueblo. A cambio, los dos se comprometen a cortar regularmente la hierba de la pradera grande y de la pequeña en verano. La hija del joven dueño y su novio del vecindario sostienen el embudo cuando el jardinero llena de gasolina el cortacésped para los subarrendatarios.

## El subarrendatario

«Eso lo tienes que decidir tú sola», le había dicho él. Y ella había dicho: «Sí». Y tras este «sí» ella se había desecho en lágrimas, sin que él hubiera comprendido inmediatamente de qué se trataba. Su mujer ni siquiera había llorado cuando por primera vez lo había vuelto a ver en la sala de visitas de la cárcel. Él le había dicho entonces: «Te habría ido a buscar». Y ella había dicho: «Lo sé». Nada más. Y no había llorado. Poco después de su liberación se casó con ella, en privado. Hoy, treinta años más tarde, en el transcurso de una conversación, él tan sólo ha dicho: «Eso lo tienes que decidir tú sola». Y ella había dicho algo que sonaba como un «sí», no obstante, no había sido un «sí» demasiado claro, y luego ella había comenzado a temblar, y como él había pensado que tenía frío le había pasado el brazo sobre los hombros. Muchas noches habían estado sentados juntos así, en el columpio, bajo la luz del farolillo del jardín, se habían quedado sentados hasta tarde en la noche, conversando o en silencio, mirando en paralelo al lago que murmuraba suavemente en la oscuridad. Cuando a él le sorprendió el sonido de su llanto, apartó inmediatamente su brazo y miró a su mujer como no lo había hecho en treinta años. Luego se levantó y se fue al embarcadero, sin apartar como solía las ramas del viejo sauce que colgaban como una cortina sobre la entrada. Allí se quedó y miró hacia la noche, y oyó a sus espaldas a su mujer todavía sollozando en la orilla. «Lágrimas en el columpio de las lágrimas», piensa él, y sonrío. Y la sonrisa tira tanto de las comisuras de sus labios que no pueden volver a su forma original. Permanece allí, en el final del embarcadero, al que, cuando su mujer de repente empezó a llorar, se encaminó con tanta determinación como si se fuera a la cantina o a la caja del supermercado, sin darse cuenta siquiera de que las ramas de los viejos sauces le pasaban por la cara. Está ahí y sonrío en la noche. Qué sabe uno. Hoy, durante el día, han salido a navegar, con un viento suave. Ella sostenía los cabos, él desplegaba las velas y de cuando en cuando manejaba el timón.

Navegar es hermoso. Por amor al agua, su mujer y él habían vivido en el camping cerca del puerto durante años antes de aprovechar la oportunidad de instalarse aquí. Les dejaron transformar el taller junto al agua en una casita de fin de semana, aunque habían aprovechado algunas cosas útiles, como una mesa de trabajo con un tornillo de banco, el estante para las cañas de pescar y un pequeño lavabo. Entre clavos, sogas, cinceles, destornilladores y botas de goma lograron convertirlo en un sitio acogedor. Televisión, mesa y cama, había de todo. Y su barca cabeceaba ahora a la vista entre dos boyas, cerca del embarcadero. Navegar es hermoso. Después de la caída del muro de Berlín, como la dueña de la casa trabajaba en el extranjero y ni ella ni su padre se ocupaban del terreno, su mujer había empezado a decorar con piedras el pequeño espacio entre el cobertizo y la orilla. Plantaron espárragos cerca de la

valla, y colgaron de las ramas bajas de los árboles, a la derecha y a la izquierda del columpio, cestas con flores, como hacían antes en el camping. A partir de la primavera, cuando botaban de nuevo el barco en el agua, navegaban hiciera el tiempo que hiciera. También podrían haber navegado con la piragua que colgaba en la pared posterior del cobertizo para cambiar un poco. La dueña de la casa se lo permitía. Pero a ellos nada les parecía más hermoso que dejarse llevar por el viento. Navegar es algo hermoso.

Cuando navega, todo le parece tranquilo. Incluso cuando el viento agita las velas y rompe las cuerdas, incluso entonces. A la propia sangre tampoco se la oye bombear, a no ser que uno se ponga las manos en los oídos, piensa, y se pone la mano en el oído. Navegando, él y su mujer sólo hablan lo necesario. Navegar es como estar de servicio. En servicio de qué, no podría decirlo, y tampoco sabría decir quién exige el silencio que su mujer y él mantienen. Cuando navega, el agua le parece infinita. Incluso si la orilla está a la vista. Incluso si navegan en círculos o de una punta del lago a la otra, y luego de vuelta, y así una y otra vez. La sensación de infinitud viene probablemente del movimiento, piensa, pero tampoco de eso habló nunca con su mujer. «¿Llamo a mi hermana o no?», le había preguntado ella, y él había respondido: «Eso lo tienes que decidir tú sola». Qué sabe uno. Ahora está el agua negra a sus pies y murmura, y detrás de él está su mujer, sollozando. Quizá sollozar no es más que un murmullo interno del agua, que ahora, al llorar, a ella le fluye de sus ojos y de su nariz, piensa, y de nuevo tiene que sonreír. Ni siquiera cuando había intentado nadar hasta la otra orilla del río el agua había estado tan negra y había murmurado tan suavemente. No había llegado muy lejos esa noche. Como hoy. Hoy permanece sonriendo al final del embarcadero y de nuevo está cogido, de nuevo atrapado sin cuerdas. Entonces por gritos desde la orilla, amenazas, maldiciones, hoy a través de sollozos. Entonces, sin una barca bajo el culo, nadando, y hoy de pie, al final del embarcadero. Su mujer, que ni siquiera había llorado cuando por primera vez lo había vuelto a ver en la sala de visitas de la cárcel, llora hoy.

En aquel entonces, él había sabido que tenía que regresar. Su amigo no lo había hecho. En ese río en el que estaba prohibido nadar, el agua fluía como en otros ríos. En otros ríos él y su amigo habían nadado a menudo por puro placer, habían buceado hasta el fondo o se habían dejado llevar por los remolinos. Todavía nadando, esa noche se había sorprendido de que lo que estaba tan terminantemente prohibido se pareciera, sin embargo, tanto al nadar de siempre. Hoy también sabe que en algún momento tiene que regresar a la luz del farolillo y a su mujer que llora sentada en el columpio. Cuando con ni siquiera dieciséis años aprendió a montar en moto, practicó con sus amigos muy cerca de aquí, en una autopista sin terminar que estaba arriba, en el bosque, una de esas pistas de hormigón que van de ningún lugar a ningún sitio y que uno descubre por todas partes en este país si lo conoce bien. Un tranquilo camino

de arena se transforma de repente en una autopista e igualmente, de pronto, se vuelve a transformar en un camino o termina en mitad de un bosque como delante de un muro. Entonces, cuando por primera vez tomó prestada la moto de un amigo mayor para practicar con ella en la autopista del bosque, sabía cómo acelerar, pero había olvidado preguntar por los frenos. Y cuando la autopista terminó ante el bosque como ante un muro, continuó a gran velocidad a través de él, zigzagueando con los grandes retrovisores que su amigo había montado en el manillar entre robles y pinos, sin saber cómo se detenía esa maquina. «Mierda», había pensado, y había conducido y conducido, y buscado la salida del bosque más con su culo que con sus ojos. Sin pensar simplemente en dejar de acelerar. A veces sucede que una broma tiene un fondo tan duro que uno se deja sus dientes en ella. «Mierda». Su mujer sigue llorando. «Mierda», piensa, y permanece de espaldas a ella. No sabe si una sola palabra puede ser ya un pensamiento, pero en todo caso todo lo que piensa es esa palabra, la piensa más con el culo que con la cabeza. Y si fuera un pensamiento, entonces se trataría de uno que empieza de repente, como el bosque en el que se adentró a toda velocidad, y que de repente termina. Sólo que el estrecho trayecto entre los robles y pinos parece interminable zigzagueando entre los troncos, y que la sombra del bosque en ese trayecto no refresca sino quema desde adentro. «Mierda». Cuando tras interminables curvas de nuevo sintió de repente la autopista bajo las ruedas, le dio, por primera vez en su vida, gracias a Hitler. Los dos retrovisores estaban intactos.

Así que dar la vuelta es un arte que domina, o que lo domina, quién sabe. Si uno nada hacia delante, o da la vuelta, nadar es siempre igual. Su amigo, con el que se había emborrachado aquella noche para luego, como de broma, saltar juntos al río, no había dado la vuelta. O bien no había oído al nadar los gritos a su espalda o bien los había tomado como parte de la broma o, lo que también era posible, simplemente no había querido dar la vuelta. Nadar es siempre igual. Su amigo no había llegado ni a ésta ni a la otra orilla. Navegando, había practicado con su mujer qué hacer en caso de zozobrar. Volcar el barco, darle la vuelta con toda la tripulación dentro, y luego de nuevo hacia arriba. Hay que agarrarse con fuerza al mástil, para que cuando el barco salga de nuevo a la superficie uno siga a bordo. Navegar es hermoso. Qué sabe uno.

La mujer sabe desde hace una semana que tiene una hermana. Hace una semana sonó el teléfono. Una compañera de colegio a la que la mujer no había visto ni hablado desde hace treinta o cuarenta años. «Qué sorpresa, tanto tiempo, y cómo me has..., ¿y el número?, un encuentro de clase, qué me dices, y esto y aquello, y aquella, ¿y cómo se llamaba éste?, el que tan pronto, ah, ya está, sí, qué pena, y sí, y cuántos niños, trabajo, marido, navegar, casa para el fin de semana, ¿y tienes la dirección?, y bueno, qué pasa». «Y bueno, qué ha sido de tu hermana». «¿Qué hermana?». «¿Y vive también todavía tu padrastro?». «¿Qué padrastro?». «Ah, ¿que todavía no sabes

nada? —dice entonces la amiga, todo por teléfono—, no era tu padre», «¿qué?», dice la mujer y mira hacia el agua, mientras sostiene el auricular junto a su oído, cerca del embarcadero cabecea el velero entre dos boyas, «ah, lamento haberte...», dice entonces la voz de su amiga a través del auricular, el marido no lo puede escuchar. El marido oye tan sólo que su mujer tras una pausa dice primero: «¿De qué hermana?», y unos momentos más tarde, tras otra corta pausa: «¿Qué padrastro?». Y como para terminar dice simplemente: «¿Qué?». El cable del teléfono lo había alargado él mismo en los tiempos del Este desde la casa hasta el taller. El padre de la dueña de la casa le había permitido derivar una línea suplementaria desde la conexión principal. Ellos todavía esperaban desde hacía trece años una conexión en su piso de la capital. Si hay un teléfono en alguna parte, acaba sonando.

«Mi infancia fue como un cuento», le decía siempre su mujer a la gente, y se reía. Hablaba entonces de su padre, que le había enseñado a pescar, a plantar espárragos y a rastrillar. Su padre siempre la había llamado «mi hijita». Cuando ella hablaba de su infancia, todo el mundo parecía desear haber tenido también una infancia como de cuento. De su madrastra no hablaba. Cuando su padre estaba en casa, su madrastra no se atrevía a pegarle. De su madre no se podía acordar, y su padre no la mencionaba. Pero ahora, con una vida de retraso, se entera por teléfono de que tampoco su padre era de verdad, y que había además de ella otra chica en un pueblo vecino, su hermana, de la que no se puede acordar. A ambas, le había dicho su amiga, a ella y a la otra, las habían traído de pequeñas fugitivas de la guerra desde las Montañas Gigantes y fueron entregadas en distintos pueblos a distintos padres. Todo el mundo en el pueblo lo sabía. Excepto ella. «Ay, lo lamento», dice la amiga.

¿Tiene uno que intentar con una vida de retraso encontrar a su hermana y, en el caso de que realmente se pueda averiguar dónde vive, llamarla, invitarla o visitarla? ¿Escribirle una carta, o mejor dejarlo todo como estaba, incluso si a partir de ese momento todo será distinto? Cualquier mujer mayor que pasa con una barca a su lado podría ser su hermana. O la loca que en el balneario vecino siempre va empujando un carrito de supermercado echando maldiciones. Una que en el café se sienta frente a un pedazo de pastel. Una de sesenta y tantos, llena de vida, que busca a través de un anuncio a un no fumador. O cualquier mujer flaca en Berlín. Quizá su hermana esté muerta y enterrada hace mucho. ¿Todo el mundo está ahora más cerca de ella, o es al revés y todo lo que estaba cerca ahora de repente es más extraño o está muerto? De niña siempre le preguntaba a su padre cuando estaba indecisa. Incluso más tarde, después de la muerte de su padre, se imaginaba, cuando ella no sabía qué hacer, lo que él le habría aconsejado en esta o aquella situación. Pero si su padre no era su padre, ¿quién la iba a aconsejar? Cuando le había preguntado a su marido si debía llamar a su hermana, él tan sólo había respondido: «Eso lo tienes que decidir tú sola». Ahora, con una vida de retraso, ella está sola. ¿Hacia dónde tiene que ir para

encontrar de nuevo el lugar en el que verdaderamente había nacido? ¿Hacia las Montañas Gigantes?

Tan sólo una semana antes de que entrasen en el negro río, del que él, al poco rato, helado y chorreando, volvió a salir y su amigo no, habían comenzado a reflexionar sobre su situación. Tenían por delante unos exámenes que ni él ni su amigo iban a aprobar, eso estaba claro. Por diferentes motivos habían desperdiciado con otras cosas el tiempo que debían haber pasado estudiado. Su amigo se había ocupado del carnaval de los estudiantes, visitado varios lugares y escrito innumerables cartas hasta que el Museo de Ciencias Naturales había cedido varias salas para la fiesta. Disfrazados de diablos y cerdos, colegialas, romanos y sirenas, los estudiantes habían tomado al asalto, después de la hora del cierre, el monumental edificio. Habían montado el bufé frío sobre las vitrinas, y luego bailado toda la noche entre esqueletos de saurios y gorilas disecados, algunos habían intentado beber el alcohol de las colecciones mezclado con agua, otros habían subido a los grandes dioramas y habían ofrecido, entre zorros y alces, cuadros vivos de sueño y amor. En el transcurso de la organización de esta increíble fiesta en la que se fundaron matrimonios y se concibieron niños, su amigo olvidó cualquier tipo de pensamiento sobre Estática o Física estructural. Él, por su parte, unas semanas antes, en una de sus excursiones por las ruinas de Berlín, se había topado con una catacumba del siglo pasado, en cuyas cuevas se habían conservado intactos muertos de la época Biedermeier, de principios del siglo XVIII, con vestidos y sombreros y todo. En sus ataúdes habían sobrevivido a la guerra y a muertos más recientes. Estaban arrugados, pero aún se reconocían las uñas de los pies y sus sombreros de copa. Él había preguntado a su actual esposa, entonces su prometida, si no le apetecía poner uno de esos muertos en la entrada de casa, como una especie de criado mudo. Pero su prometida había tomado toda la historia por una invención, y la idea del criado mudo como una broma de mal gusto y por tanto ni se había reído. Él había pasado muchas horas en esa cripta dibujando a los muertos, naturalmente sin el más mínimo pensamiento sobre los fundamentos físicos, por ejemplo, que hacen que una ruina se mantenga en pie.

«Tenemos que ir al Oeste —le había dicho una tarde su amigo, cuando sólo quedaba una semana para el examen— y repetir allí el año». A los estudiantes del Este les hacían repetir un año si querían continuar sus estudios en el Oeste, y ése era exactamente el año que a ellos les faltaba por haberse dedicado a fiestas y muertos. «Empezar de nuevo», le había dicho su amigo. Que aquí no había ninguna oportunidad, aquí correrían siempre los dosieres políticos y que el tiempo se les escaparía. Así que habían meditado por dónde era la manera más fácil de fugarse. De las líneas verdes fronterizas ninguno de los dos sabía demasiado, tampoco tenían un globo, así que se decidieron por el Elba. «Todavía estará tan frío —había dicho su amigo— que ningún puesto de vigilancia contará con que alguien se eche a nadar al

río. Nos emborracharemos antes para no sentir el frío, y luego adelante hacia el Oeste», había dicho el sajón. Ni él ni su amigo habían hablado de sus novias. Aunque a él hoy le parecía imposible, sencillamente se había olvidado de su prometida. Una semana más tarde, con unos alicates y tres botellas de vino, se habían subido a un tren con sus bicicletas, habían viajado hora y media y luego, desde una pequeña estación, habían pedaleado hacia las laderas del Elba. Allí se habían emborrachado en la oscuridad y, como habían planeado la tarde anterior al examen de Estática y Física estructural, se habían metido en el río para nadar un año hacia atrás.

Él había vuelto a ver a su prometida, hoy su esposa, sólo en la sala de audiencias. Ella había sido citada allí como testigo y le habían preguntado si sabía algo de sus intenciones de fugarse, y ella había respondido, conforme a la verdad, que no. En comparación con ese momento, todas las preguntas de Física estructural le parecían fáciles, y se dio cuenta de que había nadado hacia su examen en lugar de alejarse de él. Pero la forma de nadar es siempre la misma. Más tarde le rogó a su prometida que le llevara un libro de Física estructural a la cárcel, estudió el libro y luego dio clases de la materia a sus compañeros de prisión. El número de hombres del sector de la construcción que estaban en prisión era entonces más alto de lo habitual, ya que durante la construcción del muro muchos de los obreros habían intentado llegar al otro lado del muro que construían. Cuando salió de la cárcel, buscó a su antiguo profesor, le pidió que le dejara examinarse por libre y aprobó con facilidad, pero no retomó los estudios.

Ahora su mujer parece haberse tranquilizado, los vasos tintinean, probablemente se ha levantado y se ha puesto a recoger. Cuando él se da la vuelta, ve a través de la cortina del sauce cómo ella desaparece con una bandeja en la mano en el taller de las herramientas. Su vista se detiene en las blancas macetas de flores de plástico que ella ha colgado de los árboles, iluminadas por el farolillo, que en su artificialidad, están mucho más alejadas de la noche que la luz misma. El taller en el que él y su mujer se habían integrado entre las herramientas, permanece a oscuras. El acuerdo con la dueña de la casa ya sólo se mantiene de un modo provisional desde que los herederos del antiguo propietario, antes de los tiempos de la RDA, volvieran a reclamar el terreno. Como esa casita de vacaciones, también el contrato de arrendamiento se había vuelto una solución transitoria, ésas fueron las palabras de la dueña de la casa. Cuando la situación de la propiedad se aclare a favor de los herederos, ellos se tendrán que ir, él y su mujer, así se acordó. Pero nadie sabe cuándo sucederá eso. Subarrendatario, suena un poco a subterráneo, dijo su mujer después de la conversación con la dueña, y de algún modo, desde entonces, para él el término de «subterráneo» está relacionado con la felicidad que él encuentra aquí cuando navega. La felicidad nace del desorden, como la infinitud nace del lago finito, al cual le da la espalda ahora. Él y su mujer pasan sus fines de semana en un taller de herramientas,

atracan su barca de vela en un embarcadero que no les pertenece y, sin embargo, él diría que son muy felices en esta prestada y condicionada parcela.

Si hubiera tenido suerte en su fuga, seguramente habría logrado terminar sus estudios en el Oeste. En todo caso, sus dibujos de los muertos los habría comprado inmediatamente el Museo de Historia de la Ciudad después de que se hubieran abierto las catacumbas, trasladado a los muertos y reconstruido la iglesia. Pero después de su tiempo en la cárcel, como era de esperar en el Este, lo habían enviado a trabajar en una industria para depurarlo, en una fábrica de muebles. En realidad, eso debía haber sido tan sólo algo transitorio, una solución temporal. Medio año más tarde podría haber retomado los estudios pero él permaneció por decisión propia como obrero en la fábrica. La solución temporal había durado toda su vida, hasta ahora, que se jubilaba. Cuando una conversación tocaba el tema, él decía siempre que se había dado cuenta de que le gustaba más el trabajo práctico que los estudios. Que es lo que uno sabe hacer. Mientras siente los temblorosos tablones del embarcadero bajo sus pies, piensa que sería bonito si su mujer y él murieran antes de que se terminara de tomar una decisión sobre la propiedad. Y entonces, el orador en su funeral podría decir que ellos pudieron hacer lo que amaban hasta el final: navegar.

## El jardinero

En el pueblo se cuenta que a la hija de la casa se la había visto de noche junto con algunos chicos, sentada en el embarcadero del barco de vapor, bebiendo y fumando. Que salía sobre todo con luna llena, sin que lo supieran ni sus padres ni su abuela, por la barandilla del balcón de su habitación, descendiendo sobre el marco de la ventana de la sala y sobre el escalón que el jardinero formaba con sus manos, y que más tarde volvía por el mismo camino.

Los subarrendatarios están contentos de que el jardinero se quede tranquilo sentado en el umbral, con el cigarrillo apagado en los labios, cuando ellos comienzan a serrar el gran abeto; quieren alargar la línea telefónica desde la casa al taller lo más recta posible, para que alcance el cable que han conseguido por su cuenta. De todos modos, el abeto se había puesto amarillento últimamente y ya no era bonito de ver, además de que desde hace tiempo está hueco por dentro. Tratando de arrancar las enormes raíces, chocan con una caja que contiene porcelana. «Mira todo lo que crece en un jardín», les dice el dueño de la casa, cuando le enseñan la caja. «Maravillas de la naturaleza», dice. El jardinero asiente. El dueño coge la caja y la lleva al coche.

## El amigo de la infancia

A veces se sube a una escalera y estira bien la protección que puso sobre el tejado de cañas de la casa de baño el pasado otoño. Quizá de la misma manera estiraría por las noches la manta sobre su novia, cuando fuera su mujer, como lo habían acordado entonces, y dormiría a su lado. El tejado se había comenzado a descomponer por el lado del lago. No tenía mucho sentido lo que hacía, ya que el tejado quizá se pudriría antes bajo la protección, pero tampoco puede dejarlo simplemente expuesto a la intemperie. Así por lo menos se mantiene por un tiempo y parece un tejado.

Si su padre no le hubiera mandado desde la obra a casa para que trajera cerveza, no habría pasado por allí justo en el momento en el que ella, con su padre, estaba cogiendo frambuesas en la ladera de enfrente de su casa. El padre de ella le había hecho señas para que se acercara y le había preguntado si quería frambuesas, y él había dicho que sí. Desde entonces, desde que había cogido frambuesas junto a ella por primera vez, hasta hoy, cuando él se sube a la escalera para poner bien la protección sobre el tejado de la casa de baño, la vida ha seguido su curso. A veces se pregunta si su vida también hubiera sido su vida si aquel día ambos padres no parecieran haber conspirado para hacerles, a ella y él, compañeros de juegos. Pero probablemente hubiera habido otros «síses» y «hubieras» y su vida habría sido de todos modos su vida. Entonces, cuando él tenía cinco años, y ella tan sólo cuatro, sus padres, o quién sabe quién, habían determinado de una vez por todas los gestos con los que él ahora, con sus cincuenta y tantos años, de pie encima de una escalera trataba de arreglar la protección descolocada por el viento.

¿Te atreves a trepar más lejos por la rama?, ¿nos columpiamos?, ¿sabes que las cañas se pueden fumar?, ven, construimos una casa de azulejos en el agua, he encontrado un casquillo de bala, yo también, ¿nos columpiamos?, si colocas un tabla sobre unos neumáticos haces una balsa, cerbatanas sólo de saúco, que está hueco por dentro, ha dicho el jardinero, vamos al salvaje Parque Liedtke, allí crecen manzanas que no son de nadie, vamos a columpiarnos, venga, yo hago una escalera con las manos, ¿hasta dónde puedes bucear?, mi barco tiene un timón de latón, o sea el dormitorio va desde los cojines hasta la manta, vamos a columpiarnos, puedes conducir sin manos, ya sabes que sí, el pequeño Daniel ha hecho pis desde el antepecho de la ventana, mierda, se me ha caído el remo al agua, dame un beso.

Ahí, entre las raíces del gran roble, que él ve bien desde la escalera, habían enterrado la cajita de madera que, como un tesoro, contenía los céntimos de aluminio de la boda de su hermana, y entonces habían encontrado las jarras de estaño que alguien había escondido en la tierra justo en el mismo sitio. Cuando ahora está sobre la escalera, no

mira hacia las raíces del roble, pero probablemente la cajita esté todavía ahí, en la tierra. O si con el tiempo se pudrió, por lo menos estarán los céntimos. ¿Sabías que el pequeño Daniel murió? ¿Sabías que ya estaba muerto cuando su padre quería disparar a su madre? ¿Te acuerdas de cómo buceó con nosotros, entre los lucios, en el cañaveral, y qué fríos estaban cuando con sus bocas chocaban contra nuestras piernas? Poco después de que abrieran la frontera, fue a bucear al Caribe y allí se ahogó. Sí. Como si para él, al abrirse la frontera, solamente hubieran aumentado las posibilidades de morir. El viaje fue su «hubiera» y su «quizá». Ahora queda para siempre como «el pequeño». Después de la noche en la que el padre de Daniel, que tenía cáncer y que estaba a punto de morir, disparó a la madre de Daniel, ella también agonizó. Sí. Como si la muerte se hubiera cebado con una familia así. ¿Leíste los periódicos? Durante tres días mostraban el bungaló en las portadas, con la ventana desde la que el pequeño Daniel había hecho pis. Ahora la ventana es negra y está vacía, como todo el bungaló desde los disparos. Se decía que la casa era la causa de la disputa. Desde la cama el padre de Daniel disparó a su madre. Dicen que la disputa era por la herencia del hermanastro de Daniel. El del Oeste. Sí. Parece que, al abrirse la frontera, también aumentaron las posibilidades de morir para los padres de Daniel.

Fue para poner la protección sobre el tejado por lo que el pasado otoño pisó por primera vez de nuevo el terreno de su amiga, desde que, años atrás, la había ayudado a hacer cajas y a ordenar la casa. Saltó el pequeño muro de piedra y caminó a través de los arbustos del terreno, ya que la puerta por la que entraba de niño estaba cerrada con llave. Muchas tardes había estado sentado con ella encima de los postes que flanqueaban la puerta, sacando la lengua a los que pasaban. Cuando ahora piensa en aquel fin de semana en el que ella había recogido y dejado la casa, o en su visita a Berlín cuando él tenía trece años, o, todavía más atrás, en la tarde en el cobertizo de la madera en la que él y ella habían visto algo que no deberían haber visto, le parece extraño que, independientemente de lo que suceda, a un día siempre le sucede otro, y hasta hoy no sabe qué es exactamente lo que prosigue. Tal vez la vida eterna ya existe en vida, pero como su aspecto no es el esperado, no se distingue tanto de lo ya vivido, nadie la reconoce. También la casa está todavía ahí, y él no sabe qué es lo que está todavía ahí. Y él mismo. Y probablemente ella también, en algún lugar del mundo.

En nuestro jardín hay grosellas de las espinosas y de las normales, y manzanas, pero las grosellas espinosas y las normales ya han pasado, había dicho, y el padre de ella le había dado permiso para que le mostrara a ella su jardín. «En el nuestro sólo hay rosas», había dicho ella cuando estaban en el jardín de él mientras mordía una manzana verde. A partir de entonces empezó lo que ahora, mirando atrás, llamaría su infancia. Empezaba cuando ella llegaba para las vacaciones y terminaba cuando ella se marchaba. El día en que su hermana, vestida de novia, se puso en marcha hacia su boda en la iglesia y vaciaron un cazo con céntimos encima de ella para darle suerte,

que luego él y su amiga habían recogido en la arena, dinero de aluminio, que apenas pesaba, aquel día, ella y él, mientras los invitados de la boda ya se alejaban y ellos seguían rozando la clara arena con las manos, habían hablado la primera vez de casarse.

Puedes abrir las avellanas con una piedra grande, todavía están blancas por dentro, ¿vamos a los columpios?, puedo girar con la rueda delantera por la izquierda y con la rueda de atrás por la derecha del charco, ¿quieres que nos inventemos un lenguaje secreto?, gorjear querrá decir besar, sí, vamos a los columpios, cuando se está pescando no se tiene que hablar, sujeta la hoja de lila muy recta entre las manos, así suena mejor, eso lo ha dicho el jardinero, vamos a los columpios, venga, enterremos el topo bajo el árbol, de las plantas zurrón se pueden comer los pequeños frutos, nos escondemos bajo el abeto, dame uno, quiero gorjear, yo también.

Sus padres salían de casa por la mañana a las seis, su amiga desayunaba a las ocho, a partir de las ocho y media él podía ir. En las mañanas frescas todavía había rocío en el pomo del portón con postes a ambos lados por el que pasaba. De camino llamaba a la puerta verde de la cocina para que la cocinera le abriera, luego entraba y se quedaba en el cuarto de estar junto a la gran mesa en la que su amiga con su familia y los amigos de la familia desayunaban. Él se quedaba de pie, apoyado en la estufa fría y esperaba a que hubieran terminado de comer. Después jugaban en el jardín de ella o en el de él, se bañaban en el embarcadero de ella o de él, se escondían en el armario secreto de la habitación de ella entre abrigos y vestidos, o miraban en casa de él, donde el televisor estaba encendido también de día, vaqueros en blanco y negro galopando a través de una llanura blanca y negra y que al final caían y morían en blanco y negro.

Había leído alguna vez que los embriones, en el seno materno, recorrían todos los pasos de la Evolución. Es decir empezaban como peces y anfibios, luego adquirían piel, luego tenían un tiempo la columna vertebral de los cerdos, y finalmente nacían como hombres. Quizá, piensa él entretanto, tras el nacimiento empieza una especie de segundo tiempo primitivo. La historia de la humanidad a cámara rápida, aquello que llamamos infancia. Como si el tiempo del cazador y del recolector debiera ser otra vez común a todos como base a partir de la cual se desarrollan los diferentes tipos de adultos. De los peces y los anfibios habían procedido en el curso de la evolución las más distintas criaturas. Algunas se habían desarrollado como animales terrestres, de éstos procedían los monos o los gatos. Otros se habían decidido por la vida en el agua y se hicieron delfines o ballenas. Si eso fuera así, él había conocido a su amiga en la Edad de Piedra y había compartido con ella su vida hasta aproximadamente la Edad Media tardía, y eso son por lo menos dos millones y medio de años.

Quizá, piensa ahora, esa especie de tiempo primitivo que uno ha pasado en común es una unión más indisoluble que una promesa. Y es que los ojos con los que él y ella vieron en el cobertizo de la madera algo que no deberían haber visto, todavía están en sus cabezas, aunque esas cabezas, entretanto, estén físicamente lejos la una de la otra. Y es que la mirada de entonces todavía permanece. En el cobertizo de la madera, él y ella se habían hecho un escondite encima de los leños, en el metro de espacio entre éstos y el tejado. Con los leños habían hecho separaciones como si fueran habitaciones y en ellas habían puesto trozos de alfombras, clavados aquí y allá pedazos de tela a la madera y colgada una linterna como iluminación, así tenían, arrastrándose, un piso completo. Desde su escalera puede ver el tejado del cobertizo de la madera, que está totalmente cubierto con hojas y ramas secas caídas. *Mi prima Nicole está de visita, y siempre quiere bañarse sin bañador y me deja que la bese cuando está desnuda.* René, el sobrino del director del Consorcio Estatal de Neumáticos, era un poco mayor, venía por vacaciones, y cada vez que estaba se deslizaba hasta el escondite del cobertizo, se sentaba con la cabeza doblada y les proponía esto o lo otro. *Mi prima Nicole está de visita, y siempre quiere bañarse sin bañador y me deja que la bese cuando está desnuda, tan sólo tiene doce años, como vosotros, pero seguro que también hará el amor conmigo.* En cada conexión eléctrica hay tres cables, el azul, el rojo y el amarillo. El azul y el rojo son necesarios para que circule la corriente, y el amarillo está simplemente ahí aunque no esté conectado a ninguna parte, y se le llama «toma de tierra». *Mi prima Nicole está de visita, y siempre quiere bañarse sin bañador y me deja que la bese cuando está desnuda, tan sólo tiene doce años, como vosotros, pero seguro que también hará el amor conmigo. Si os escondéis detrás de la madera podéis mirar, ¿queréis?*

En ese tiempo ya sabían desde hacía mucho cómo es cuando sale sangre de un corte, ellos mismos se habían cortado con la navaja en el brazo para hacer un juramento de hermandad. También sabían cómo es cuando, al cagar, la salchicha sale del agujero, lentamente al principio para luego caer rápidamente; entre los sauces, junto al agua, primero se había acuclillado él y le había dejado mirar a ella y luego al revés. Y mirar era sólo mirar, sin tocar, ni oler, ni probar y ni siquiera escuchar, porque escuchar ya podía hacer vibrar la mano cuando se la ponía por ejemplo sobre el altavoz del aparato de radio. Y como el solo mirar nunca se podía relacionar con la más mínima parte de realidad, en aquel tiempo les parecían ilimitados los almacenes de detrás de sus ojos, y ésa fue la razón probable por la que inmediatamente respondieron que sí a la propuesta del niño de los vecinos.

Naturalmente hubieran podido dar un golpe contra los leños que limitaban el dormitorio de su escondite cuando René le preguntó a su prima Nicole si ella sabía cómo se hacían los niños. Naturalmente también podían, un poco más tarde, cuando

René le explicó a su prima Nicole lo que ella no sabía, haber aparecido de golpe y así todo hubiera quedado como una broma. Pero cuando René, que era algo mayor, le preguntó a Nicole si tenía ganas de probar ella misma lo que le acababa de explicar, y ella dijo que No, y luego de nuevo y de nuevo que No, mientras René la sujetaba con fuerza y le separaba sus piernas con su cuerpo, ambos todavía desnudos después de bañarse, y cuando Nicole, que tan sólo tenía doce años y era más débil que René, que después del verano ya empezaría con una formación profesional, lloró y él le tapó la boca, y luego empezó a moverse encima de ella con pequeñas sacudidas, ella y él seguían mirando por la pequeña rendija entre los leños que les dejaba verlo todo. Al principio hubiera sido muy pronto aparecer de golpe, y luego fue demasiado tarde, y la línea divisoria entre muy pronto y muy tarde era tan afilada que ni siquiera se hubiera podido llamar «Tierra de nadie». Detrás del muro de madera, detrás del cual René había confinado a los que miraban, estaban en una estrecha oscuridad, y con un sólo movimiento todo se hubiera derrumbado.

Miraron. Miraron durante mucho tiempo, mucho, hasta que todos los almacenes de detrás de sus ojos se llenaron con lo que no debían haber visto. No recuerda cómo su amiga y él salieron después de su escondite, de cómo bajaron apoyándose en las pilas de leños de diferentes alturas y salieron al aire libre. Si todo dependiera de lo que uno recuerda, entonces creería que ellos nunca salieron y que todavía estaban acurrucados bajo el techo del cobertizo, que ahora está totalmente cubierto por hojas y ramas secas. Que las ansias y la vergüenza compartidas podían atar a uno a un lugar con más fuerza que la felicidad compartida es algo que él hubiera preferido no haber aprendido.

Tan sólo una cosa no había entendido entonces: que su amiga sólo pasara las vacaciones allí donde él vivía. Él todavía vive allí, aunque sus manos comiencen a ser las manos de un viejo. Sólo durante su visita a Berlín, poco después de la Ceremonia de Madurez Socialista, en un increíble fin de semana en el que por una vez el movimiento fue al revés —era él el que iba de excursión y ella la que estaba en su casa—, lo había entendido, pero había sido demasiado tarde. «Tú eres el sol de mi corazón», le había escrito a ella un compañero de colegio, siempre la misma frase: «Tú eres el sol de mi corazón», y un montón de otras cosas más en papelitos que ella guardaba en su estuche. Ella se había reído cuando él había encontrado por casualidad las notitas y le había preguntado quién tenía derecho a llamarla «Sol de su corazón», aparte de él. «Es sólo de broma, en serio, sólo una broma», le había dicho ella, pero como él no cedía y no quería empezar a reír, ella se había enfadado y le había dicho por primera vez lo que para ella al parecer ya entonces estaba muy claro y para él hasta ese día no, y era que ella en Berlín, donde estaba en casa, podía hacer lo que le apeteciera.

A partir de las siguientes vacaciones ya no pudo esperarla junto a la larga mesa mientras ella estaba sentada junto a su familia desayunando. De repente se había visto allí, de pie, como un camarero que se servía a sí mismo en una bandeja, de la cabeza a los pies, con perejil en la boca y entre los dedos de los pies, y relleno de manzanas asadas. ¿Me quieren comer? A partir de entonces, el anfibio que él había sido se había decidido por la vida terrestre y el anfibio que había sido ella por una vida acuática, o al revés. En todo caso su especialización de la tardía Edad Media tuvo como consecuencia que ella, en algún momento, sin tener ya que explicarle nada a él, se presentara delante de su puerta con un novio que quería presentarle a su amigo de la infancia, así lo había llamado a él. Él, el amigo de la infancia, había permanecido en la puerta de su casa con un trozo de papel higiénico en la nariz porque justo antes de que llamaran se había puesto a sangrar y había tenido que parar la hemorragia. Su manera de llamar a la puerta fue la señal secreta que habían tenido durante toda su infancia. Él había abierto y se había encontrado con su amiga y su invitado. «Buenas tardes, ¿queréis pasar?». El novio de Berlín había mirado el papel ensangrentado que salía de la nariz del amigo de la infancia de su amada. «No quiero molestar». Luego ella llamaba raras veces a su puerta cuando pasaba por delante de su casa en compañía de algún amigo que había invitado al campo, pero cuando veía las piernas de él sobresaliendo por debajo de un automóvil en el taller que se había construido al lado de su casa, siempre le mandaba un saludo. Cuando ella se casó con uno de esos amigos, con los años resultó natural que él ayudara al marido en invierno a dejar en tierra el bote de remos y a darle la vuelta, y a colgar la piragua en la pared de detrás del cobertizo de la madera. Así como en primavera, junto al subarrendado, a instalar de nuevo el embarcadero, o cuando fuera necesario y ella y su marido no tuvieran tiempo para venir, ocuparse de podar los setos, de rastrillar la maleza y hacer todos los demás trabajos para los cuales el jardinero ya era mayor desde hacía mucho. Lo que ella le pagaba por hora estaba muy por encima de las tarifas de la zona.

¿Coges la caja con los libros?, sí, claro, todavía tengo la mano izquierda libre, aquí están los zapatos, bien, el molinillo de café se queda aquí, naturalmente que sí, de todas formas ya está oxidado, los vestidos y abrigos del armario los he puesto sobre la cama, no caben en ninguna maleta, hay que colgarlos, vale, ¿tienes la ropa de cama?, sí, entonces deja la llave puesta en el armario, quién sabe si alguna vez alguien la puede necesitar, eso a mí me da igual, ¿estuviste en el sótano para cortar la electricidad?, ¿y el agua?, no, mejor no, por si acaso se le ocurre aparecer de nuevo al jardinero, y hay que cerrar las contraventanas de la casa de baño, voy ahora, pero deja la piragua, les he dicho a los arrendatarios que pueden quedarse con ella si quieren. ¿Y qué hago con las toallas? Regálalas, si no las necesitas, ayúdame con la lámpara, ya no cabe más, probablemente tienes razón.

Cuando ella se mudó, la casa pertenecía todavía a ella y a su padre, porque no la

podían vender mientras no se hubiera decidido la situación de propiedad. Les pertenecía a ella y a su padre, y el teléfono todavía funcionaba. La electricidad y el agua se habían cortado cuando el inversor a quien su padre le había confiado el terreno para que especulase con él canceló los trabajos de reforma y no se ocupó más de la casa; pero si ella hubiera regresado, hubiera podido, con poco trabajo, ponerlo todo de nuevo a funcionar. Tan sólo mucho más tarde dicho inversor lo llamó y le rogó que excavara en busca del cable de electricidad en la tierra del camino hacia la casa y que lo cortara, y que interrumpiera la conducción de agua, para que no se produjeran gastos si a alguien se le ocurría instalarse en la casa vacía. Únicamente dejó intacta la conexión telefónica, ya que los subarrendatarios la habían llevado hasta el taller con el permiso del padre de ella.

Con tales trabajos en los alrededores del lago se había ganado algún dinero suplementario en los últimos años. Antes, a los trabajos en negro se los llamaba chapuzas, trabajos sin permiso, ahora chapuza significaba casi siempre cierre o derribo. Antes ya había excavado, por deseo del hermanastro de Daniel, en el camino de arena que llevaba al bungalow de Daniel, para cortar la conexión eléctrica e interrumpir el agua. Después del incendio de la casa de Schmeling, había ayudado con los trabajos de desescombro. Después del incendio, el terreno había bajado mucho de precio, pero no lo bastante para él. A su edad, de todos modos, no habría valido la pena comprar un terreno sin edificar, y tampoco tenía herederos. «La siguiente tormenta tirará abajo la protección ya que no se pueden poner clavos en la caña, eso sí que es una chapuza, unas cuantas cuerdas atadas alrededor del tejado», piensa, y ata las cuerdas más fuerte. Cuando se tome la decisión sobre su propia casa, también reclamada por un antiguo propietario, se buscará un pequeño piso en la ciudad, con calefacción, tiendas cerca y no muy caro.

## El jardinero

En los fines de semana de invierno, cuando vienen para patinar sobre hielo en el lago, los subarrendatarios ven las huellas del jardinero en la nieve. Desde la habitación de invitados van una vez hacia aquí, otras veces hacia allá, atraviesan las praderas o el jardín delantero a través del portón. Pero, como se puede ver por las huellas, ninguna de las sendas es recorrida más de una vez. Cuando se encuentran con el jardinero, cosa que rara vez sucede, le preguntan si necesita cualquier cosa que ellos le puedan traer en la siguiente visita, pan fresco de la panadería del pueblo, huevos, fruta o bebidas. Pero el jardinero tan sólo se lo agradece, mueve la cabeza y continúa su camino con un cigarrillo apagado en los labios. En el pueblo se cuenta que los subarrendatarios habían malvendido la porcelana de Meissen a gente del Oeste tras la caída del Muro. En el pueblo se cuenta que el jardinero se alimenta tan sólo de nieve desde hace mucho tiempo.

Cuando la dueña de la casa llega de Berlín para vaciar la casa para el inversor, el jardinero no está. En su habitación están la mesa, la silla y la cama, algunas prendas sobre un gancho, en la esquina están las botas de goma, tan sólo falta el jardinero. Los subarrendatarios tampoco saben dónde está, dicen que tampoco ellos se lo han encontrado desde hace tiempo, y que últimamente cada vez caminaba con más dificultad, sobre todo cuesta abajo. «¿No le habrá pasado algo?». «No», dicen los subarrendatarios, ellos creían que no. Junto con la dueña y su amigo del pueblo buscan a conciencia por todo el terreno hasta la orilla. En todo caso es evidente que no está en casa.

Al jardinero no se le vuelve a ver, así que dos meses más tarde la dueña y su padre consienten cuando el inversor les insta a separar la húmeda habitación del jardinero con un muro del resto de la casa, para poner fin de una vez a las humedades de hongos que de allí proceden.

## La propietaria ilegítima

Demandante: entrega y desalojo del terreno, de la casa, a cambio de debida compensación. Contrademandante: Si compra legal, si derecho de usufructo existente, no es relevante para la causa litigiosa. Base de la reclamación del demandante: artículo nueve ocho cinco del Código Civil. Indiscutible. Propiedad directa. Propiedad directa significa: El que está en posesión de algo. Artículo diecisiete del Código Civil. Se puede dar el caso de que le corresponda un derecho de pago porque terceros, en pleno conocimiento de las reclamaciones de restitución, procedieron a gastos, y que un derecho de retención se pueda excluir por la naturaleza de la reclamación acreedora. El derecho del contrademandante, en base a un régimen legal de enriquecimiento injusto, podría consistir en la diferencia entre el valor comercial actual y el valor sin las inversiones efectuadas. El momento en el que se procedió a los gastos. Acto de conciliación. La certificación registral de la propiedad es necesaria para una resolución firme. Inscripción de una deuda hipotecaria en el organismo pertinente. Con el acuerdo presente. Añado: Con el cumplimiento del acuerdo presente. Con el cumplimiento del acuerdo presente todas las reclamaciones en relación a la causa litigiosa. Anexo: Todas las reclamaciones de la causa litigiosa. Con el cumplimiento del acuerdo presente quedan liquidadas todas las reclamaciones del pleito con respecto al objeto de la disputa.

Y ahora quiere ir todavía una vez más a la casa. Con las llaves que todavía cuelgan de su llavero, con las que se pueden abrir y cerrar todas las puertas de la casa y del cobertizo de la madera, con la desgastada llave de seguridad, Zeiss Ikon, que ella legalmente tenía que haber entregado hacía dos días, con esa llave quiere abrir una última vez la puerta cuya cerradura siempre se atranca después de dar media vuelta. Los cristales de la puerta vibran ligeramente, de los zarcillos de hierro que protegen el cristal caen trozos de pintura roja y negra. Levantar la puerta, como siempre lo había hecho, para poder continuar girando la llave, y luego abrir la puerta totalmente hasta que golpea contra el muro, poner la piedra que todavía está ahí para sujetarla, y entrar.

La puerta pintada del armario de las escobas está descolgada, por eso lo primero que ve cuando entra, no es, como antes, el *Jardín del Edén* en doce estampas cuadradas, sino una vieja escoba, una escobilla, una pala y unos cuantos trapos. También falta la puerta del salón, por eso no tiene que empujar el picaporte de latón para entrar, y por eso no hay ningún sonido metálico al entrar en la habitación. Todo lo que había de madera en las dos paredes que habían sido atacadas por los hongos lo habían tenido que quitar o tirar hacía nueve años, por eso falta también el largo banco. En su día, los obreros habían llevado la mesa y ambas puertas a la casa de baño. Como la casa

de baño era demasiado pequeña, habían tenido que poner la mesa a un lado, y todavía está allí así, la vio al llegar a través de una rendija de las contraventanas. La llave de la casa de baño cuelga, como antes, del tablero de las llaves junto a la llave del taller y de éste cuelga, como antes, el cebo dorado. El tablero de llaves está, como antes, en la esquina junto a la estufa, tan sólo que la estufa no está, porque se encontraba en la pared mohosa. Hasta al piso de arriba habían subido los hongos, mientras ella trabajaba en el extranjero y su padre negociaba durante un otoño, un invierno y una primavera con el hombre al que a cambio de las reparaciones urgentemente necesarias había ofrecido especular con la casa que oficialmente todavía les pertenecía. No podían vender hasta que no hubiera una decisión de la administración, pero tras la devaluación de la moneda del Este no tenían los medios para mantener la casa ellos mismos. Reclamación presentada. Terreno en litigio. Examen del régimen de tenencia. Número de registro 654.

A su padre nunca le había importado mucho la naturaleza, siempre había pronunciado la palabra «naturaleza» con desdén. Siempre había dicho que odiaba cortar el césped, que las flores le aburrían, que nadar no le interesaba, sólo de vez en cuando buceaba con el arpón entre las cañas para pescar lucios. Por eso a ella no le había sorprendido cuando su padre, tras la muerte de su madre, la inscribió a ella como copropietaria de la casa. Rúbrica de cancelación, encima de la primera y debajo de la última línea se encuentra una raya horizontal y las dos rayas están conectadas por una raya diagonal que va de la izquierda, abajo, a la derecha, arriba. Tampoco se había asombrado de que él no hubiera ido a la casa desde que los herederos del Oeste de la mujer del arquitecto habían solicitado recuperar la casa, y tampoco de que no hubiera participado en vaciar la casa después de que finalmente hubiera llegado a un acuerdo con el inversor. Al ayudarla a vaciar la casa, su amigo de la infancia había descubierto la madera con los hongos. Tan sólo una vez, en algún momento durante esos años en que la casa estaba sin habitar, mientras ella y su padre esperaban el fallo de la administración, le había dicho algo que nunca le había oído antes, y era que a él, cuando tenía que mirar algún paisaje como el de allí, un paisaje con colinas y lagos, le parecía como si escuchara a alguien hablar en ruso, la lengua de la tierra en la que había nacido. Lo que quería decir con eso no lo explicó. Ella sólo sabía que cuando él había salido del internado en el que sus padres lo habían metido durante cuatro años porque creían en la educación colectiva, ya era lo suficientemente mayor para cortar la hierba. La naturaleza.

Las zanjas de drenaje de la lluvia estaban llenas de raíces. Cortar las ramas de seis árboles. El derecho de usufructo corre la misma suerte que el contrato de compraventa que no ha entrado en vigor. Préstamo anulado. Registrado. Los órganos ejecutivos no están capacitados para evaluar el importe compensatorio adecuado con los medios de conocimiento que tienen a su disposición. El importe y los intereses

quedan legalmente pendientes. Con efecto pasado y futuro.

El inversor había quitado los hongos, recubierto el tejado, derribado los viejos baños con el propósito de renovarlos totalmente, tapiado la habitación del jardinero atacada por la humedad, lo que compensó abriendo una puerta hacia el garaje para ganar una nueva habitación. Pero cuando sus esperanzas de llegar a un acuerdo con los herederos y adquirir la casa resultaron ilusorias, había cortado el cable de electricidad y dejado la casa tal como era. Hacía mucho tiempo que no había hablado con su padre sobre el terreno. Jurisprudencia, Sec. III, N.º 1, hipoteca sobre el terreno, demarcación, campiña, parcela. Terreno en litigio. Orden admonitoria.

La escalera que conduce al piso de arriba está cubierta de polvo, trozos del enlucido del techo abovedado cayeron sobre los escalones y se rompieron, también arriba el antes brillante suelo de corcho está cubierto por una uniforme capa de polvo, edificación abandonada, legitimidad para interponer una demanda. Del baño tan sólo quedó la ventana de cristales de colores. Lavabo, ducha, inodoro y azulejos han desaparecido. Ahora ella mira a través de las vigas del suelo hacia el vestíbulo, abajo, más o menos hacia el lugar en el que en las tardes de televisión su abuela estaba sentada en el sillón de jardín más cómodo, como muestra de su elevada posición. En la habitación del pajarito, que durante toda su infancia había ocupado durante las vacaciones de verano, abre poco a poco, en oposición al desalojo del terreno demandado, la pesada puerta del armario secreto, acto arbitrario prohibido, la secreta puerta de su infancia cuyas ruedas dibujan un semicírculo en el polvo. En el colgador de la ropa todavía están las perchas vacías que ella misma había dejado cuando tuvo que abandonar la casa. A través del interior del gran armario puede ir ahora al vestidor de sus abuelos, ya no está la pared de en medio, imposibilidad forzosa de autorización, efecto real de los avisos en caso de cambio de propietario, revocación de atribuciones. El vestidor, al que llega a través del armario, huele, como en vida de su abuela, a menta y alcanfor. En el despacho de su abuela todo el techo está carcomido por los excrementos y la orina de las martas, sobre la mesa hay briznas del tejado, a través de un agujero se ve en la oscuridad. Las cortinas de las ventanas tan sólo cuelgan en algunos puntos de la varilla, el resto de las telas están descolgadas y caídas, dobladas sobre el polvo. Las ventanas están tan alabeadas que ya no se pueden abrir. Infiltraciones observables. Infiltraciones futuras. Solicitud de ayuda rechazada por contenido no ejecutable y por tanto ilegítimo. Oposición. Suposición de buena fe. Sólo si suposición básica puesta en duda. Carga de la prueba.

Sin pensarlo, comienza a quitar las pajas de la mesa, luego baja y coge escoba, recogedor, escobilla y trapos. En el despacho de la abuela, en el pasillo y en la habitación del pajarito, quita primero las telas de araña de las esquinas y las ventanas,

luego quita el polvo de los zócalos del revestimiento de la pared, luego barre el suelo en todas las habitaciones, y llena el viejo cubo que ha encontrado en la cocina con polvo, escombros, pajas y excrementos de marta, que están por todas partes. Luego barre la escalera, peldaño a peldaño, hacia abajo, y vuelca el contenido del cubo, lleno hasta los bordes, entre los arbustos, afuera. Luego baja, con el cubo vacío en la mano, entre las dos praderas, pasando por delante del gran roble, hacia el agua. Hacía medio año que había tenido que rescindir el contrato a los subarrendados, después de que el terreno de la orilla en cuestión fuera de nuevo adjudicado al terreno de los judíos al que había pertenecido originalmente. Por eso el embarcadero está sin montar delante del taller, pero como la valla todavía no está modificada, ella va al lugar de siempre, allí donde el camino que antes conducía al embarcadero ahora está cortado. Allí se agacha para sacar agua del lago. Con una mano se agarra al sauce, con la otra arrastra el cubo por el fondo, luego vuelve a la casa y comienza a limpiar el piso de arriba. Cinco veces tiene que bajar al lago para coger agua clara, hasta que todas las habitaciones están limpias, y con bastante esfuerzo logra al menos abrir la puerta del balcón de la habitación del pajarito, para que el suelo se seque antes. A través de la ventana abierta entra el cálido aire del verano en la casa, y cuando sale al balcón todo es como siempre lo había conocido. Sobre el pino que está junto a la casa cae la luz del sol y anuncia un día hermoso.

En el piso de abajo hay más trabajo porque ahí arrancaron la estufa, hicieron el agujero en la pared que daba al garaje y tapiaron la habitación del jardinero. Por eso hoy no le da tiempo a limpiar las ventanas. Por la tarde cierra los postigos negros de la planta de abajo con el mecanismo escondido en la pared, cierra la puerta desde dentro y se echa a dormir en el armario de la habitación del pajarito. Al día siguiente limpia las ventanas, y al otro coge las puertas que están en la casa de baño y las vuelve a colocar, tira de la mesa, que es muy pesada, a través de la pradera y la terraza hasta la casa y la coloca de nuevo en el vestíbulo, donde siempre había estado. Las sillas con las iniciales talladas las encontró en el garaje, los cojines de cuero están llenos de moho. Se acostumbra a aparcar su coche arriba, junto a la avenida, de allí baja la colina de Schäferberg, serpentea entre matorrales y arbustos de frambuesas y atraviesa el camino de arena cuando no hay nadie a la vista. Nunca se cruza con ningún vecino, ya que o bien sus casas han sido demolidas o bien están abandonadas como la suya. Una vez, un día de lluvia, ve desde la habitación del pajarito a su amigo de la infancia bajar por la pradera y poco después regresar con la gran escalera que todavía cuelga en la parte de atrás del taller, y colocarla junto al tejado de la casa de baño. Sube a la escalera, ajusta la protección que cubre el tejado de paja pero que se había movido por el viento, y la ata de nuevo a las esquinas.

La mañana en la que la agente inmobiliaria va por primera vez con clientes a la casa, por suerte no se ha levantado todavía y está durmiendo en el armario, donde también

tiene sus provisiones y algo de ropa para cambiarse. Sólo se despierta cuando la de la inmobiliaria coge el pomo de latón de la puerta con el espejo, la abre y dice: «Y aquí hay un espejo». Oye como el cliente acaricia con la mano la plancha de madera de arce y dice: «Lástima, ya se ondula». «Pero se puede arreglar», dice la de la inmobiliaria y tira, aparentemente con algo de esfuerzo, de la puerta del balcón para abrirla, y dice: «Y la vista desde aquí». El cliente dice: «Un poco abandonado». La de la inmobiliaria dice: «Esta de aquí es sin duda la mejor orilla, y es que el sol se pone por el oeste», y se ríe, el cliente no, y «además —dice la agente—, las propiedades del otro lado están separadas del lago por el paseo». «¿No tienen acceso directo al agua?». «No —dice la agente—, la mayoría no». Luego dice: «Mire el pájaro, aquí, sobre la barandilla». «Sí, sí», dice el cliente. «Eso está hecho todavía con amor», dice la agente. El cliente calla. «El arquitecto —dice la agente— colaboraba con Albert Speer, Proyecto Alemania». «Ah —dice el cliente—, qué interesante».

Luego la agente y el cliente van por el pasillo al vestidor, y allí también puede escuchar todo lo que se dice, ya que sólo les separa una puerta delgada. La agente dice: «Ya no se hacen trabajos como éstos». «Es cierto —dice el cliente—, pero huele un poco raro, como a gato o a marta». «Bueno, yo no me he encontrado en esta casa con ninguna marta», dice la agente, se ríe y continúa hacia el despacho, los cristales mates de la puerta vibran suavemente, el cliente parece que la sigue, luego se hace el silencio, después de un rato regresan, la agente continúa riéndose o se ríe de nuevo, «por cierto, ¿está la casa protegida por la ley de patrimonio nacional?». «No, no, lamentablemente no», dice la agente, el cliente tose, luego bajan la escalera y sólo cuando todo está en silencio sale la antigua propietaria del armario y mira a través de la ventana de la habitación del pajarito cómo la agente y su cliente atraviesan ahora el jardín, parándose a veces, señalando en una u otra dirección, por ejemplo al roble, del cual se cayó una gran rama hace poco, o al tejado de la casa de baño. Luego retoman su camino despacio, continúan hablando, asienten o mueven la cabeza, hasta que se paran de nuevo allí o allá para hablar de algún detalle.

Después de esta primera visita de la agente y su clientela cuelga de la ventana de la cocina una tela impermeable y arrugada en la que está escrito: «En venta». Y un número de teléfono, en blanco sobre fondo azul oscuro. A veces, cuando hay viento, la tela tira tanto de las cuerdas que se oye hasta dentro de la casa. Más tarde se suelta una de las cuerdas y la propietaria ilegítima ve, cuando viene de la colina de Schäferberg, cómo la tela se enrolla, se golpea a sí misma en su rostro escrito en blanco, y luego vuelve a colgar.

La casa está ahora tan vacía que no pesaría mucho si ella le ordenara elevarse en el aire y volar lejos. La luz que entra a través de las ventanas de colores viajaría con la

casa, incluso el brillo del suelo, encerado de nuevo, y el crujir del segundo, decimoquinto y penúltimo peldaño. Se acuerda de que cuando su abuela hizo trasladar la casa de baño, ella y su amigo de la infancia habían acompañado a los obreros todo el camino cuesta arriba: el tejado de cañas, las ventanas y contraventanas, el alero y dos columnas de madera fueron transportadas lentamente sobre ruedas por entre alisos, robles y pinos. Y cuando estuvo arriba, la vista que se tenía del lago desde la galería era casi mejor. Sólo que ahora tan sólo no sabría hacia dónde volar.

Muchas veces más, mientras el verano lentamente llega a su fin, ve desde la habitación del pajarito a la agente con este o aquel cliente en el jardín. Un cliente toca con la punta del zapato las losas de piedra de la escalera para probar si los peldaños son estables, otro hace que la agente le enseñe la fosa séptica, un tercero mueve la valla del vecino, cuyos postes están podridos, y la agita hasta que dos de los postes, que tan sólo se mantienen en pie por estar sujetos con un cable, quedan inclinados hacia un lado. Como la casa y el terreno no son baratos, ella escucha muchas conversaciones. Muchas veces más se abre la delgada puerta del armario, muchas veces se habla sobre la mejor orilla, sobre Albert Speer, los gatos y las martas. Risas. «¿Está la casa protegida?». «No, no». Risas y toses. Como la agente no tiene la exclusiva para la venta de la casa, y siempre puede ser que alguno de los miembros de la comunidad de herederos de Austria o de Suiza o de la parte oeste de la República Federal Alemana venga para ver por sí mismo sus propiedades, o mandar obreros o mostrar la casa a algún conocido, no se extraña si no encuentra las cosas como las había dejado en la última visita.

«¿Qué quieres? —le decía siempre su marido, cuando ella, la ahora propietaria ilegítima, hablaba con él sobre el terreno—. Tú has tenido tu tiempo allí». Ella no habría podido explicarle a su marido que, desde el momento en que se dio cuenta de que no se haría vieja en esa casa, el pasado comenzó a echársele encima, que su infancia tan hermosa le crecía sobre la cabeza, con tanto retraso, ahora que ya era adulta, que se había convertido en una hermosa cárcel donde siempre estaría prisionera. El tiempo ataba como con lazos el lugar allí donde estaba, ataba la tierra a sí misma, y la ataba a ella a esa tierra. La ataba a ella y a su amigo de la infancia, al que no había visto desde hacía nueve años y con el que probablemente no se volvería a encontrar. Los ataba para siempre.

Oye cómo se cierran las puertas del coche de los nuevos propietarios en el camino de arena, luego la puerta del coche de la agente, y finalmente la puerta del coche del arquitecto. La agente tan sólo ha venido con ellos para llevarse el cartel impermeable que cuelga de la ventana de la cocina. Esta vez no tiene que ir con los clientes, que

ahora son los nuevos propietarios, a través de la casa y no tiene que repetir las frases por las que, después de haberlas repetido tantas veces, recibirá en los próximos diez días su comisión del seis por ciento del precio de venta más el IVA. Tampoco los nuevos propietarios y el arquitecto entran en la casa, van por la pradera grande y señalan desde allí primero al lago, luego a la casa de baño y, finalmente, a donde está la casa.

Nunca fue mayor la paz en la casa que en el día en el que por última vez quita el polvo, barre, limpia y encera; en el que abre de nuevo todas las ventanas que se puedan abrir para ventilar la casa y luego las cierra por última vez, transformando la luz del día por última vez en luz verdosa, azul oscura, rojiza o naranja; en el día en el que corre las cortinas lavadas con agua del lago y vueltas a colgar; en el que cierra la puerta de cristales mates que conduce al despacho, como su abuela hacía cuando escribía y luego, retrocediendo más, también cierra la puerta que da a la habitación del vestidor. Cuando su abuela se estaba muriendo, ella había buscado su camisón más bonito y lo había lavado y planchado, para cuando llegase el momento dárselo a la muerta para el camino. El dueño de la funeraria le había prometido ponérselo a su abuela y en el funeral hacerle una foto a la difunta con el bonito camisón. Así que seguro que el enterrador, antes de la incineración, le había puesto el camisón de encajes, seguro que había hecho la foto y seguro que la había guardado en algún cajón de su oficina. Últimamente había visto a menudo en sueños a la muerta, ceremoniosamente tendida, curiosamente con el rostro de una india. Eso tenía que ver probablemente con que en uno de los periódicos que ella había utilizado para limpiar las ventanas, ponía: «Barrer era considerado por los aztecas como una tarea sagrada».

Ahora cierra también la puerta de la habitación del pajarito, luego la puerta del baño, que ya no tiene suelo, y ahora baja la escalera, que cruje en el segundo, el decimoquinto y en el penúltimo escalón, cierra las contraventanas negras con el mecanismo oculto en la pared, cierra, retrocediendo cada vez más, la puerta del salón tras ella, cuyo picaporte profiere un quejido metálico, cierra la puerta de la cocina, pone el cubo, la escoba, la escobilla, los trapos, el recogedor y el cepillo de nuevo en su sitio y cierra la puerta del armario, que de niña creía que llevaba en realidad al Jardín del Edén, luego sale de la casa y cierra finalmente la puerta principal, aunque no sepa cómo es eso posible, porque todo lo que cierra allí la lleva muy profundamente dentro, en ella, y la parte del mundo hacia la que se vuelve es muy lejana. Cierra la puerta y pasa por los gigantescos rododendros que hay a la izquierda de la casa; «Defensa antiaérea Mannesmann» pone en las rejillas que cubren las ventanas del sótano, abre el portón, lo cierra de nuevo tras de sí, abandona el jardín delantero a través de la puertecilla de la verja y deja la llave manoseada puesta, a pesar de que pronto la llave sólo servirá para dar paso al aire. Los intereses devengan a mi favor. En proceso judicial. Legajo adjunto B 3. Solicitamos se reconozca.

## Epílogo

En este derribo —como en todos los otros a los que se procede según las normas vigentes— hay dos cosas de gran importancia. Primera: cada empresa de derribos tiene la obligación, antes del derribo de una casa, de arrancar todos los elementos empotrados, sean de madera (ventanas, puertas, armarios, revestimientos, escaleras), de metal (radiadores, tuberías, rejas), o, si hubiera, suelos de moqueta; y de eliminar los residuos selectivamente, es decir, separarlos por materiales para más tarde, en el derribo, mantener la contaminación por emisiones lo más baja posible. Se quitarán los cristales y se dejarán en la casa después de haber desmontado las hojas de las ventanas, y serán eliminados junto con el resto de los escombros, ya que son de origen mineral como éste.

Segunda: el derribo ha de hacerse causando las menos sacudidas posibles para reducir el perjuicio al medio ambiente por el polvo y el ruido, así como prevenir que surjan grietas en los edificios vecinos.

El primer paso será por tanto el vaciado de la casa, para lo que, tratándose de una vivienda unifamiliar, se necesitarán unos cinco operarios que estarán ocupados entre tres y cinco días preparando todo para la segunda fase, el derribo mismo de la casa. El derribo de ésta se llevará a cabo mediante un grupo de tres operarios, entre ellos un capataz que conducirá la excavadora, y dos ayudantes, que, durante el derribo, arrancarán con las manos las partes pequeñas que hayan quedado, restos de madera o metal, y las colocarán en el contenedor correspondiente. Estos dos ayudantes deben además contener el polvo con una manguera mediante un velo de agua. Este último grupo trabajará alrededor de semana y media. Su tarea más importante es la llamada pala excavadora, una máquina de entre 20 y 25 toneladas de peso, y un máximo de 9 metros de extensión, cuyo brazo se mueve mediante un cilindro hidráulico. Esta excavadora comenzará el derribo de la casa por el entramado del tejado con las pinzas separadoras, cuyos dientes no estarán cerrados completamente para que puedan agarrar las vigas del techo una a una y puedan cargarse en el contenedor para la madera, mientras los pequeños escombros caerán como a través de un cedazo.

Luego se derribará la mampostería de arriba abajo, pieza a pieza, bien con las pinzas de demolición o con la pala, y se cargará en el contenedor previsto. La superestructura de la pala excavadora es un instrumento abierto que se utiliza sobre todo para cargar pequeños materiales o para arrancar cimientos, pero también sirve, por ejemplo, para derribar un muro que permanece en pie mediante un tirón.

Esta casa, con una longitud de alrededor de 14 metros, una anchura de 8 y una altura de un piso y medio más el sótano, es decir, también de unos 8 metros, ocupa una superficie construida de cerca de 900 metros cúbicos que, multiplicados por 0,25, son 225 metros cúbicos de masa fija. Para calcular el número de cargas de camión hay que tener en cuenta, sin embargo, la masa suelta, para lo que hay que aplicar el coeficiente de cálculo 1,3. Con esta casa, por lo tanto, se obtendría un volumen de

masa suelta de alrededor de 290 metros cúbicos. Considerando que por camión se pueden transportar de 17 a 18 metros cúbicos de escombros, se necesitarán alrededor de 17 viajes con el camión para llevar todo el material a una de las muchas escombreras que hay por los alrededores de Berlín. El agua tiene una densidad de 1, la madera de 0,25, para los escombros de ladrillo se establece un 2,2. Ése es el factor de cálculo para el tonelaje. El peso se deduce fundamentalmente de la masa fija. Así que el peso de la casa de baño sin sótano (longitud 5,50 m, anchura 3,80 m), cuyos muros y elementos son íntegramente de madera, asciende apenas a 4 toneladas, el peso de la casa principal sin embargo ronda las 500 toneladas.

Durante dos semanas trabajarán primero cinco, luego tres hombres en el terreno. La pausa para desayunar es de 9 a 9.30 h, la de mediodía de 12 a 13 h. En las pausas, los hombres se sientan sobre la hierba para comer o beber, algunos se apoyan en algún árbol y fuman mirando hacia el lago. Cuando han terminado con el derribo, tan sólo una fosa recuerda el lugar en el que antes estaba la casa. El terreno parece mucho más pequeño. Antes de que sobre el mismo sitio se construya otra casa, el paisaje se parece de nuevo, por un breve momento, a sí mismo.

## Agradecimientos

Por su apoyo financiero, por hacer posible estancias de trabajo y viajes de investigación para este libro, estoy muy agradecida a Indra Wussow y Beate Puwalla, del Senado de Berlín y de la Fundación Bosch.

Por la preparación de las cuantiosas actas y cartas, así como por las películas y fotografías, que fueron fundamentales para mi trabajo, estoy muy agradecida a la señora Diekman, del Centro Moses-Mendelssohn de Postdam; a la señora Vespermann, del LISUM Berlín; a la señora Pohland, del Archivo del Distrito de Oder-Spree; a la señora Wagner, del Archivo Nacional; a la señora Kandler, del Archivo Principal de Brandenburgo; a la señora Schroll, del Archivo de Berlín; al señor Jagielski, del Instituto Histórico Judío de Varsovia; y al Archivo de Actas de Construcción de Copen.

Por su ayuda con las investigaciones, por el estímulo, consejo y respuestas a tantas preguntas estoy muy agradecida al doctor Weissleder, Andreas Peter, Ellen Jannings, Christel Neubelt-Minzlaff, Elisabeth Engel, Sascha Lewin, Gottlieb Kaschube, Irmgard Fischer, Botho Oppermann, Marga Thomas, Bernd y Angela Andres, Bernd Andres senior y Juttadoris Andres, el señor y la señora Benke, Rainer Wagner, Marion Welsch, familia Müller-Huschke, doctor Faber, Karla Mindach, señor Mindach, Reinhard Kiesewetter, Hans-O. Finke, señor Herfurth, Jens Nestvogel, Frank Lemke, doctor Zaumseil, señor Torznski, doctor Alexander, Klaus Wessel, Dirk Erpenbeck, Anke Otten, Eliza Borg, señora Erdmann, Rüdiger y Sigrid Galuhn, así como a mi padre y mi madre.

Por escuchar con infinita paciencia todas mis preguntas, que, de lo contrario, tan sólo me habría podido preguntar a mí misma, le doy las gracias a Wolfgang.



JENNY ERPENBECK (Berlín, 1967) estudió dramaturgia y dirección de teatro musical y trabajó durante muchos años en el mundo de la ópera y el teatro, donde es una directora reconocida. Consiguió un gran éxito con su primer libro, *Historia de la niña vieja* (1999), tras el que vinieron un libro de relatos, *Tand* (2001), y una novela, *Wörterbuch* (2005). Sus libros se han traducido a quince idiomas.